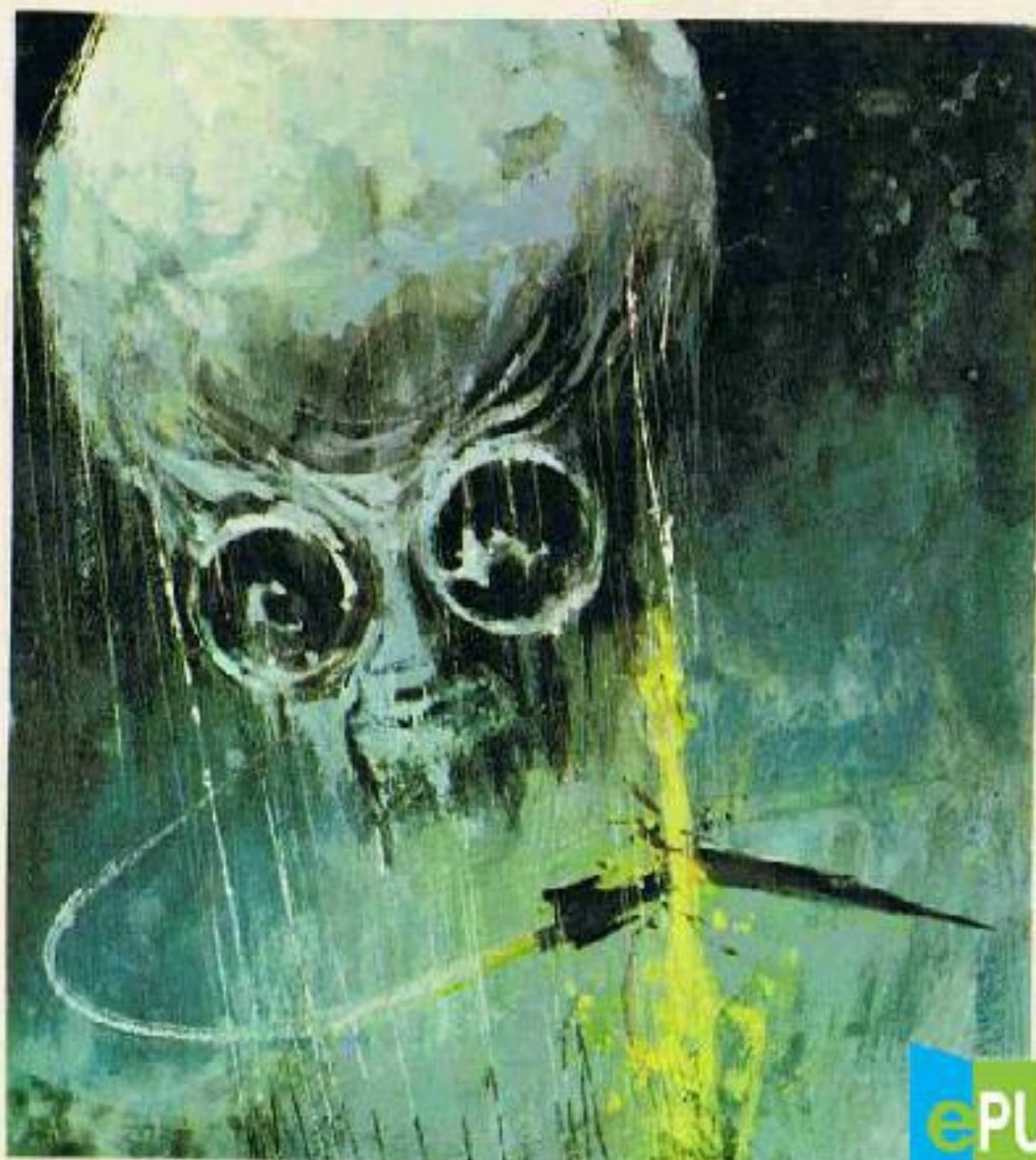


CIENCIA FICCION

6



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 6

ePub r1.1

viejo_oso 14.06.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 6*

VV. AA., 1972

Traducción: M. Bustamante & F. Corripio & J. Piñeiro

Portada: Angel Badía

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *¿Tecnología o humanismo?*, Carlo Frabetti.

Patente de corso (Marque and Reprisal), Poul Anderson, 1965.

Viajero al infierno (After Enfer), Philip Latham, 1969.

La explosión (Explosion), Robert Rohrer, 1965.

Contra la autoridad (Against Authority), Miriam Allen deFord, 1965.

Este momento de la tormenta (This Moment of the Storm), Roger Zelazny, 1966.

PRESENTACIÓN

¿Tecnología o humanismo?

Con frecuencia se ha acusado a la SF^[1] de dar una prioridad absoluta a los aspectos tecnológicos y científicos, descuidando los humanísticos. Los personajes de los relatos de SF, se ha dicho, carecen de definición, de profundidad humana; son meros estereotipos, despersonalizados engranajes de la trama narrativa.

Esta acusación es ciertamente válida en lo que se refiere a un sector de la SF, sobre todo, en su etapa inicial; pero no es, en absoluto, aplicable al género globalmente considerado (como podrán comprobar los lectores de esta antología).

Por el contrario, un relato como Este momento de la tormenta, en el que se expresa la soledad de un hombre que huye de su pasado a través del espacio y del tiempo, entra de lleno en la narrativa psicológica, y traza un convincente retrato humano. Y La explosión aborda uno de los problemas sociológicos más candentes de la actualidad: los enfrentamientos raciales, mientras que Contra la autoridad se centra en el no menos actual tema de la subversión contra la tiranía. Patente de curso, de ese «clásico» de la SF que es Poul Anderson, es un pequeño estudio, no exento de ironía, de los intereses creados que condicionan ese juego sucio entre capitostes que es la política internacional.

Pero en la SF hay diversas tendencias, y es cierto, como he señalado antes, que existe una gran producción básicamente centrada en los aspectos

tecnológicos y científicos del relato. Algunos comentaristas interpretan esto como una señal de inmadurez, y opinan que la SF ha de evolucionar más hacia lo humanístico, mientras que otros ven principalmente en el género una forma de anticipación y divulgación científica.

Esta disparidad de opiniones refleja la tradicional dicotomía entre «ciencias» y «letras». Pensar que la evolución del género se halla ante una disyuntiva entre lo tecnológico y lo humanístico es partir de un planteamiento equivocado, pues una de las características más interesantes de la SF como fenómeno cultural es precisamente que, por su propia naturaleza, a la vez especulativa y fantástica, a la vez literaria y científica, tiende a superar la citada dicotomía, y en este sentido se orienta su evolución hacia un humanismo que tenga en cuenta, en toda su complejidad y trascendencia, los factores tecnológicos que modelan nuestro entorno; hacia una especulación científica que no ignore al hombre, en toda su profundidad, como protagonista y beneficiario obligado de los avances tecnológicos; hacia una crítica, por ende, de las estructuras opresivas que convierten al individuo en esclavo de un progreso que debería estar a su servicio.

CARLO FRABETTI

PATENTE DE CORSO

Poul Anderson

La space-opera, o novela de aventuras del espacio, en la que los elementos futuristas eran utilizados como meros recursos decorativos de una trama tópica y convencional, proliferó en los comienzos de la SF, como una especie de sarampión que afectó al género en su ya superada infancia. Las conocidas series sobre Marte y Venus escritas por Edgar Rice Burroughs (el autor de Tarzán) son una clara muestra de ello.

Pero pronto surgieron autores que, sin renunciar al aspecto aventurero, aprovecharon realmente las posibilidades especulativas e innovadoras de la SF. Poul Anderson —junto con Heinlein, Van Vogt y alguno más— es uno de los grandes autores de la aventura espacial, y, lo que es más importante, uno de los pocos que han superado los tópicos de la narrativa de «intriga y acción» tradicional y han logrado la difícil —y explosiva— mezcla de la aventura con la especulación (quien haya leído Los corredores del tiempo, revista Anticipación, números 5 y 6, sabrá a qué me refiero).

La novela corta Marque and reprisal, en la línea de la mejor producción de Anderson, es un absorbente relato de aventuras; pero, sin duda, el lector atento encontrará en ella algo más que eso.

I

*Le roi fait battre tambour,
le roi a fait battre tambour...*^[2]

Gunnar Heim iba caminando con largos pasos. De pronto, se detuvo y miró a su alrededor, tratando de localizar de dónde procedía la voz que se oía en las tinieblas:

*Pour voir toutes ces dames.
Et la première qu'il a vue...*^[3]

La voz parecía estar bastante alejada, casi perdida en medio del fragor de la maquinaria, detrás de los muelles. Sólo un hombre podía estar mofándose con aquella antigua y siniestra balada, en una noche como aquella en San Francisco:

*Lui a ravi son âme.
Rataplan! Rataplan!
Rataplan-plan-plan-plan!*^[4]

Heim volvió a caminar más de prisa, dirigiéndose hacia el lugar de donde partía la voz. Aún podía moverse rápida y suavemente cuando lo necesitaba. A los pocos segundos, sus oídos captaron el sonido de la voz y el rasgueo de una guitarra, tocada con verdadera furia:

Rataplan! Rataplan!
Rataplan-plan-plan-plan!

Los tinglados de los almacenes y depósitos de mercancías se divisaban a su derecha, como unas bestias enormes agazapadas en la sombra. El alba estaba a punto de despuntar; la ciudad entera se hallaba sumida en la niebla y sólo se distinguía un leve fulgor rojizo por encima de los tejados y, a lo lejos, el resplandor de las torres del palacio sito en la colina de Nob Hill. A su izquierda, un submarino de carga, atracado al muelle, semejaba un luciente dragón cuyas escamas refulgieran bajo la luna; pero los cargadores — hombres o robots— no trabajaban junto a él. La bahía parecía un cristal de ébano bajo el leve resplandor de las proximidades del día. Unos cuantos kilómetros más allá, las colinas costeras formaban una masa salpicada de luceros artificiales. Las verdaderas estrellas palpitaban débilmente, al igual que el satélite de defensa, que surcaba raudo la bóveda celeste como si todos los soles se hubiesen desprendido de una galaxia carente ya de energía. La Luna se encontraba en cuarto creciente, cerca del cénit. No podía divisarse el resplandor de la ciudad de Apolo, sumida aún en la oscuridad, en su parte occidental, en el aire húmedo de otoño.

—Marquis, dis-moi, la connais-tu?
Marquis, dis-moi, la connais-tu?
Quelle est cette jolie dame?
Et le marquis a répondu:
—Sire Roí, c'est ma femme.
Rataplan! Rataplan!
Rataplan-plan-plan-plan!
Rataplan! Rataplan!
Rataplan-plan-plan-plan!^[5]

Heim dio un vistazo por el muelle y vio al trovador. Sentado sobre un

bolardo, con la mirada fija en el agua. Era un hombre mucho más pequeño y andrajoso de lo que Heim esperaba. Sus dedos rasgueaban las cuerdas del instrumento como si atacara a un enemigo y la Luna hacía resplandecer las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Heim se detuvo a la sombra del muro de un almacén, procurando no estorbar ni interrumpir al que tocaba. En la sala de espera de los Hombres del Espacio le habían dicho que el tipo estaba loco y era un salvaje. El *barman* le explicó:

—Cuando se gastó el último céntimo, quiso cantar sólo por la bebida que le ofrecieran. Le dije que aquí no se admitían esas cosas. Entonces me contestó que había estado cantando de ese mismo modo a través de una docena de planetas, y preguntó: «¿Qué pasa en la Tierra, que nadie quiere escucharme?»

»Le dije que, dentro de un minuto, iba a comenzar en el programa de la 3V un espectáculo de *strip-tease* y que por eso los clientes del bar no prestarían la menor atención a un extranjero. Entonces cogió la puerta y se fue cantando a las estrellas y profiriendo palabrotas. Ya le había dicho antes que se marchara si no quería que lo echara de mala manera. Y se marchó; de eso hará como una hora. ¿Es amigo suyo?

—Tal vez —dijo Heim.

—Entonces, vale más que salga en su busca, no sea que le pase algo. Del modo que andaba gritando, es posible que alguien le zurre para que se calle.

Heim asintió al consejo del *barman* y se tragó su cerveza. Se hizo noche cerrada, y como sucede en todas las capitales el servicio de Asistencia Social no funcionaba a la perfección y era expuesto andar solo por las calles inmediatas al puerto. Incluso la propia policía de los países occidentales se preocupaba muy poco de vigilar a los que no estaban muy bien de la cabeza. Se conformaba con dejarles deambular por sus propios barrios, alejados de las casas de quienes consideraba que eran personas de provecho para el mundo. En sus paseos por los *ghettos* de la gente irrelevante, Heim solía llevar siempre una pistola. En alguna ocasión había tenido que usarla.

De todas maneras, era bastante conocido por las personas del distrito. Les había dicho que era un hombre espacial retirado —pues no era aconsejable

manifestarles algo más cercano a la verdad— y desde hacía tiempo lo tenían como a un estupendo compañero de juegos y de francachelas, menos excéntrico que la mayoría de los transeúntes que solían ir de un lado para otro, saliendo y entrando en sus diferentes zonas. Saludó a algunos conocidos, los unos alegres y los otros totalmente vencidos por la desesperación; y salió del bar dirigiéndose hacia el puerto con la idea de que allí encontraría al que buscaba.

Efectivamente, el cantante se había dirigido al embarcadero. Heim fue alargando sus zancadas a medida que avanzaba en aquella dirección. Al principio le pareció que no tenía sentido él tratar de encontrar a aquel hombre. Era más bien una mera excusa para justificarse su vagar por la zona portuaria. Sin embargo, a su mente acudía toda una serie de ideas descabelladas.

Y ahora que había terminado felizmente su búsqueda, la canción le impresionaba y notó que su pulso latía con más fuerza. Aquel desconocido parecía enterado realmente de la verdad acerca de cuanto había ocurrido en las lejanas constelaciones.

*La reine a fait faire un bouquet
de belles fleurs de lys.
Et la senteur de ce bouquet
a fait mourir la marquise^[6].*

Como en la vieja leyenda, la tiranía, la traición y la muerte llegaron a su fin; y Heim adoptó una decisión.

*Rataplán! Rataplán!
Rataplan-plan-plan-plan!
Rataplán! Rataplán!
Rataplan-plan-plan-plan!*

Siguió un silencio, quebrado solamente por el embate del agua contra el muelle y el incesante latido del pulso de la ciudad, parecido a una máquina gigantesca. Dio unos pasos hacia el hombre.

—Buenas noches —dijo.

El trovador se levantó de su asiento, respiró profundamente y se volvió hacia él. Heim alargó sus manos al tiempo que sonreía.

—Soy inofensivo —dijo—. Sólo estaba admirando su actuación. ¿Le molesta que me acerque?

El otro se restregó los ojos con furia y le lanzó una mirada inquisidora. Gunnar Heim era uno de esos individuos que a nadie le hubiera gustado encontrar por una zona como aquella, a solas. Medía casi dos metros de estatura, y su aspecto era el de un luchador. Sus rasgos eran bruscos, rudos; una de sus cejas estaba marcada por una vieja cicatriz por debajo de su cabellera de color castaño rojizo, que a sus cuarenta y seis años empezaba a teñirse de gris. Empero, iba pulcramente vestido con una túnica que le llegaba hasta el cuello y sus pantalones metidos en las cañas de sus medias botas, como era lo corriente. Llevaba la capucha del abrigo echada para atrás y no se veía su pistola.

—Bueno —puntualizó el trovador bruscamente—, éste es un lugar público.

Su inglés era bastante correcto, pero con un acento mucho más cargado que su francés al cantar. Heim se sacó del bolsillo un frasco plano de whisky.

—¿Quiere usted beber conmigo, señor?

El trovador cogió la botella. Después del primer trago, lo estuvo paladeando un instante.

—¡Ah! Perdona mis malos modales. Necesitaba ese trago. —Levantó nuevamente el frasco—: *Isten eltesse* —brindó y, echándose otro trago, devolvió la botella.

—*Skaal* —dijo Heim bebiendo a su vez y acercándose más al trovador. Entre lo que ya había empinado y este nuevo trago, empezó a sentir cierta excitación. Hizo un esfuerzo para mantenerse sereno.

El trovador bajó de su asiento para sentarse a su lado.

—Entonces, ¿no es usted americano? —preguntó con tono vacilante.

Por lo visto, se esforzaba en mantener una conversación sin emoción alguna, mientras se secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—He tomado la nacionalidad americana —contestó Heim—. Mis padres eran noruegos, pero yo nací en Gea, de Tau Ceti II.

—¿Qué? —La esperada vehemencia surgió en el acto en el trovador. Se levantó instantáneamente—. ¿Es usted un hombre del espacio?

—Estuve en la Armada hasta hace unos quince años. Mi nombre es Gunnar Heim.

—Yo..., me llamo Endre Vadasz.

Sus finos dedos se perdieron en el apretón de manos de Heim.

—Soy húngaro, pero he pasado los últimos diez años fuera de la Tierra.

—Sí, lo sé —dijo Heim con discreción—. Últimamente, le vi en un noticiario.

Los labios de Vadasz se retorcieron; escupió en el suelo.

—No tuvo ocasión de decir grandes cosas durante la entrevista —manifestó Heim con simpatía.

—Desde luego; se las apañaron para hacerme callar.

—Así que es usted músico, señor Vadasz. Se ha abierto camino como ha podido, de estrella en estrella, llevando las canciones de la Madre Tierra a los colonos y a los no humanos... Interesante, ¿verdad?

La guitarra dejó escapar un sonido, acariciada por sus dedos.

—Usted quería hablar de Nueva Europa y ellos estuvieron desviándole constantemente del tema. No me explico por qué —objetó Heim.

—Tenían orden de hacerlo así. Todo eso por culpa de las autoridades americanas, influenciadas por la valiente Federación Mundial. Ya era demasiado tarde para cancelar mi anunciada presentación en el programa, pero debían hacerme callar.

Vadasz echó la cabeza hacia atrás y se rió, como un coyote aullando a la Luna.

—¿Soy acaso un paranoico? ¿Tengo manía persecutoria? Sí; pero, ¿qué puedo hacer, si realmente me persiguen? ¿Acaso hay, entonces, alguna diferencia entre mi cordura y mi locura?

Heim se frotó la barbilla, procurando no dar rienda Suelta a sus

sentimientos. No era impetuoso y, además, ¿cómo podía estar seguro?

—Quinn lo admitió luego —prosiguió Vadasz—, cuando se lo eché en cara. Dijo que le habían anunciado que la emisora perdería su licencia, en caso de permitir declaraciones susceptibles de perjudicar a la Federación en estos tiempos aciagos. Desde luego, a mí no me sorprendió; había conversado con varias personas, tanto civiles como militares, a mi llegada a la Tierra. La expresión más amable que me dirigieron fue que podía estar en un error. Sin embargo, vieron mis pruebas. Lo sabían.

—¿Probó usted entre los franceses? A lo mejor habrían hecho algo. Por lo menos, así lo creo.

—Sí. En París. Y solamente conseguí relacionarme con el ayudante de un subsecretario. Se asustó al escuchar mi relato y se negó a presentarme a alguien de más categoría que pudiera creerme. Seguí hasta Budapest, donde tengo parientes. Mi padre concertó una entrevista con el propio ministro de Relaciones Exteriores. Al menos, fue sincero conmigo. Hungría tenía poca influencia en Nueva Europa y en ningún caso podía enfrentarse con toda la Federación. Abandoné su despacho y paseé durante algunas horas. Finalmente, me senté al pie del monumento a la Libertad. Observé el rostro de Imre Nagy, pero no era más que un frío bronce. Estuve estudiando las expresiones de los mártires que yacían a sus pies y entonces comprendí por qué nadie me haría Caso. Así es que fui a emborracharme...

Vadasz alargó la mano hacia la botella.

—Desde entonces, ando bebido casi siempre.

«¡Ahora le preguntaré!», pensó Heim. Su voz ya no estaba serena, pero Vadasz no lo advirtió.

—Su relato, según lo que he podido deducir personalmente de lo que han dejado filtrar los censores, tanto oficiales como oficiosos, viene a significar que la gente no ha muerto en la Nueva Europa, ¿no es así?

—Efectivamente, señor. Huyeron todos a las montañas.

—La *Haute Garance* —Heim asintió con la cabeza—. Buen terreno para las guerrillas. Muchas zonas por cubrir, la mayoría sin cartografiar, y con posibilidades de vivir sobre el mismo terreno.

—¿Ha estado usted allá? —preguntó Vadasz, soltando la botella y

mirándole fijamente.

—Bastante a menudo, cuando estaba en la Armada. Era uno de los lugares favoritos para efectuar las reparaciones e ir de permiso planetario. Luego pasé cuatro meses en un hospital de Nueva Europa para restablecerme. —Heim se tocó la cicatriz que llevaba encima de la ceja.

Vadasz aguzó los ojos a través de la tenue luz de la luna.

—¿Se lo hizo en Alerion? —preguntó.

—No. Fue hace más de veinte años. Precisamente, cuando estábamos sofocando el conflicto germano-hindú, en Lilith, lo cual posiblemente no recordará porque, a la sazón, debía usted ser aún demasiado joven. Las escaramuzas con Alerion no comenzaron hasta más tarde.

Heim se expresaba distraídamente. En aquellos momentos, su ímpetu y su ferocidad habían quedado a un lado. Recordó los rojos tejados y las angostas callejuelas de Bonne Chance, que se extendían a lo largo del río Carsac, hasta la bahía de los Pescadores, que parecía un cristal de púrpura y plata, infinito. Los días de ocio, bebiendo *pernod* en la terraza de un café y tomando el sol con la fruición de un gato ante un plato de leche...

—Cuando me restablecí, organizamos expediciones de caza por los montes, con Jacques Boussard y Toto Astier... Unos buenos muchachos, valientes y con el corazón en la mano; un poco locos, como suelen serlo los jóvenes... Y Madelon...

Heim tuvo un ligero estremecimiento y preguntó con voz ronca:

—¿Sabe quién está, o estaba, al mando de esas gentes?

—El coronel De Vigny, de la gendarmería planetaria. Él fue quien tomó el mando y organizó la evacuación después de ser bombardeado el Ayuntamiento, la *Mairie*.

—¡No me diga! ¿El viejo Robert de Vigny? ¡Dios mío! Le conocía. —El puño de Heim golpeó el suelo—. Sí; en tal caso, la guerra aún sigue.

—No puede durar —farfulló Vadasz—. Llegará el momento en que los de Alerion acabarán con ellos.

—También conozco a los de Alerion —dijo Heim.

Suspiró profundamente y dirigió su mirada hacia las estrellas. No hacia el sol Aurora. Alerion se hallaba a Ciento cincuenta años luz; se perdía de vista,

sencillamente. De todas maneras, estaba en Phoenix, separado de él por la pronunciada curva de la Tierra. Pero no pudo mirar directamente al trovador mientras le preguntaba:

—¿Encontró usted a una tal Madelon Dubois? Este era su nombre de soltera. Supongo que hace tiempo que se casó.

—No —la voz de Vadasz, algo ronca por la bebida, se tornó súbitamente clara y amable—: No; lo siento, pero no la encontré.

—Bueno —dijo Heim, con un leve encogimiento de hombros—, era difícil que la encontrase, desde luego. Se supone que en Nueva Europa habrá medio millón de habitantes. ¿Fueron muchas las... bajas?

—Me dijeron que la ciudad de Coeur d'Yvonne, en el Pays d'Or, fue arrasada por una bomba de hidrógeno. De todas maneras, yo no lo creo. La lucha se desarrolló, sobre todo, en el espacio, cuando la flota de Alerion dispuso de las pocas naves que se hallaban cerca y pertenecían a la Federación. Luego, desembarcaron sus fuerzas, primeramente en las zonas deshabitadas, y salvo un par de incursiones con rayos láser y armas químicas, los habitantes de las ciudades tuvieron tiempo de evacuar. Se les pidió que se rindieran, pero el coronel De Vigny se negó a ello y muchos se marcharon con él.

—¿Cómo escapó usted? —preguntó Heim—. El comentario de la agencia que habló de usted, a su llegada a la Tierra, se expresaba con vaguedad. Supongo que intencionadamente.

Vadasz echó otro trago de whisky y afirmó:

—Estaba allí cuando el ataque comenzó. Los franceses capitaneaban una nave mercante y salieron en su ayuda, pero la nave fue destruida cuando apenas había rebasado la atmósfera. También se presentó una nave colocadora de minas espaciales, procedente de Naqsa —Vadasz había asimilado casi a la perfección la pronunciación de los no humanos. Prosiguió diciendo—: Ha de saber que, posteriormente, se llegó a un acuerdo: los de Naqsa podían ocupar la Tierra del Sur, para establecer un reino. Fuera de aquel territorio, no habían visto nada, no sabían nada y las nubes que envolvían las montañas de Garance les mantenían en la más completa ignorancia. Tras una discusión por radio, el mando de Alerion les dejó

marchar. Me atrevería a decir que para evitar el enfrentamiento con dos razas a la vez. Desde luego, no se permitió a la nave tomar pasajeros. Sin embargo, poco antes había estado en ella para visitarla y me pude colar en aquella nave. El capitán era un buen tipo y me gané su confianza diciéndole que un humano podía interesarse por sus canciones y hasta aprenderlas. Así que me metió en la nave a escondidas de los inspectores de Alerion. De Vigny pensó que yo podía llevar su mensaje..., ¡ji, ji, ji...!

La risa de Vadasz rayaba en la histeria; se le saltaban las lágrimas. Prosiguió su relato tras calmarse un poco:

—Y desde Naqsa, como ya le he dicho, recorrí un largo camino hasta llegar aquí; pero todo ha sido en balde, de nada me sirvió. Nadie me hace caso.

Colocó la guitarra sobre sus rodillas, le arrancó unos acordes y empezó a canturrear en voz baja:

Adieu, ma mie, adieu, mon coeur.

Adieu, ma mie, adieu, mon coeur.

Adieu, mon espérance...^[7]

Heim cogió la botella, luego la dejó de un golpe, con tanta fuerza que el cristal resonó; se levantó y empezó a andar. Su sombra iba de un lado para otro, junto al trovador, y el reflejo de su capote se movía en el agua a la luz de la luna.

—*Nej, ved fänden!* —exclamó con rudeza.

—¡Eh! —soltó Vadasz con los ojos entornados.

—Mire, dice que tiene pruebas, ¿no es así?

—Efectivamente. He ofrecido dar testimonio bajo la influencia del pentotal y otras drogas que obligan a decir la verdad. Y De Vigny me entregó cartas, fotografías y todo un paquete repleto de microfilmes con toda la información que logró conseguir. Sin embargo, nadie admitirá en la Tierra que esas pruebas sean auténticas. Incluso serán contados los que se dignen mirarlas.

—Yo las miraré —dijo Heim. La sangre afluía a su rostro.

—Está bien. Aquí mismo están, en este paquete —dijo Vadasz, al tiempo que tocaba su sucia túnica.

—No. Esperaremos un poco. Me basta con su palabra. Todo cuanto me ha dicho encaja con lo que yo he podido captar por ahí.

—¿De manera que he convencido a un hombre? —preguntó Vadasz con cierta amargura.

—Mucho más que eso —dijo Heim dando un fuerte suspiro—. Mire, amigo, con todo el respeto que siento por usted y por todos aquellos que tuvieron el valor de marcharse para abrirse camino y vivir a su modo, he de manifestarle que no soy ningún juglar andrajoso. Soy el jefe y propietario de la sociedad Heimdal.

—¿El fabricante de motores nucleares? —exclamó Vadasz, moviendo la cabeza, totalmente aturdido por lo que acababa de oír, y objetó con violencia —: *Non. Non. Nein. Niet.* ¡Jamás podría estar usted aquí! He visto sus motores en zonas tan remotas como el Dominio Rigel.

—Excelentes motores, ¿verdad? Pues bien —explicó Heim—, cuando decidí establecerme en la Tierra, estudié todas las posibilidades existentes. Los oficiales de la Armada que habían dimitido de sus cargos y no querían ingresar en la flota mercante no tenían una oportunidad para no acabar entre los parados. Entonces me di cuenta de que, quienquiera que fuera, el primero en introducir el sistema de control bifásico inventado por los de Alerion, conquistaría el mercado humano y la mitad del extrahumano. Y así lo hice... Me encontraba en el lugar cuando los Servicios de Investigación Técnica desguazaron una nave de Alerion capturada en los alrededores del lejano Achernar. Mi suegro quiso que me arriesgara. Salí adelante en mi empresa y así he llegado, hoy en día, si no a ser uno de los gigantes financieros, cuando menos a disponer de un montón de dinero...

Vadasz le seguía mirando, totalmente estupefacto.

—¡Quién podía creerlo!

—Como le venía diciendo —prosiguió Heim—, mantuve contactos con mis compañeros de la Academia. Algunos de ellos son ahora almirantes, y estoy seguro que prestarán atención a mis proyectos. Además, soy un buen

contribuyente del partido libertario, lo cual significa que el senador Twyman ha de escucharme también. ¡Más vale que lo haga así!

La cabeza del trovador seguía moviéndose de un lado a otro, agitando su negra y despeinada melena.

—No; eso no es posible, no puedo haber encontrado a un...

—Hermano —completó Heim—. Pues precisamente de eso se trata: en mí tiene a un hermano —afirmó, al mismo tiempo que se asestaba un puñetazo en la palma de la mano.

Heim estaba maravillado por la noticia de que la gente no había muerto en Nueva Europa. La confirmación del trovador lo llenaba de alegría, así como el pensar que él, Gunnar Heim, podía provocar un cortocircuito en aquel maldito Alerion. O, a lo mejor, era sencillamente el deseo que le embargaba tras cinco años sin estar con Connie... Heim se daba cuenta del vacío que había tenido durante aquel lustro.

Se agachó, agarrando la botella con una mano y a Vadasz con la otra.

—*Skaal!* —gritó al cielo, en dirección de Orión el Cazador, y se echó un trago que dejó al trovador sorprendido—. ¡Uf! Vamos, Endre. Conozco lugares donde podemos celebrarlo a bombo y platillo. Cantaremos, cantaremos leyendas y beberemos cuanto nos venga en gana, hasta que la luna se acueste y el sol se levante. Y entonces iremos a trabajar. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Vadasz, más aturdido que nunca.

Cogió la guitarra bajo el brazo y se fue titubeando detrás de Heim. La botella aún no estaba vacía del todo cuando éste empezó a entonar *The Blue Landsknechts*, una canción plagada de palabrotas e imprecaciones. Vadasz, a su vez, se colgó la guitarra al cuello y empezó a hacerla sonar. Luego, a dúo, corearon *La Marsellesa*, *Die Beiden Grenadiere* y el *Skipper Bullard*, al cabo de las cuales ya se habían juntado con toda una pandilla de bribones, por lo que todo anunciaba que la noche acabaría estupendamente.

II

Las 17,00 horas en San Francisco equivalía a las 20,00 en Washington; sin embargo, Harold Twyman, el decano de los senadores por California y jefe de la minoría parlamentaria de Estados Unidos, en el Parlamento de la Federación Mundial, era una persona ocupadísima cuyo secretario no podía concertar una cita sin antelación para tratar de la breve información que Heim debía facilitarle. No obstante, eso le venía muy bien a este último, ya que le daba tiempo para recuperarse de la noche anterior sin tener que recurrir excesivamente a las drogas, para delegar los asuntos más urgentes de la empresa Heimdal en las personas idóneas, y para estudiar los documentos probatorios aportados por Vadasz.

El húngaro se hallaba aún dormido en una habitación de huéspedes. Su cuerpo necesitaba todavía recuperarse mucho de los abusos cometidos.

Poco antes de las 17,00 horas, Heim resolvió que ya estaba lo suficientemente enterado del material reunido por Robert de Vigny como para informar sobre el mismo. Cerró el visor, se restregó los ojos y suspiró. Aún le dolía el cuerpo. Tiempo atrás podía haber repetido aquello veinte veces, haber hecho el amor a tres o cuatro mujeres y luego partir en una nave a la mañana siguiente... Sin embargo, no habían pasado tantos años... «Estoy en una edad crítica —pensó, haciendo una mueca de disgusto—; demasiado joven para un tratamiento antisenectud, y demasiado viejo para..., ¿qué? Nada de eso, ¡demonios! Lo único es que, durante estos últimos días, permanecí excesivo tiempo sentado. Debo caminar un poco hasta hacer desaparecer esta tripa.» Se dio un manotazo en el estómago, cogió la pipa y siguió golpeándose el vientre con innecesaria violencia.

«¿Por qué no me tomaría unas vacaciones? Me marcharía al bosque a cazar.» Por cierto, aún seguía en pie la invitación de su amigo Ian McVeigh para usar su coto privado, en Columbia Británica, o bien navegar con su catamarán hacia Hawai; también podía marchar a bordo de su yate interplanetario, hasta los Alpes lunares, corretear por las colinas de Marte... ¡La Tierra se hallaba tan asquerosamente congestionada! Igualmente, podía comprar un billete para un viaje interestelar. No había estado en Gea, su lugar de nacimiento, desde que sus padres le mandaran a Stavanger para que recibiera una buena educación. Luego, tuvo que pasar por la Academia de

Groenlandia, en la Armada del Espacio Profundo, y de nuevo a la Tierra; siempre muy atareado.

El recuerdo acudió a su memoria: Tau Ceti, una esfera de oro rojo en el firmamento; las montañas deslizándose hacia el mar, al igual que en Noruega, pero los océanos de Gea eran templados, de color esmeralda y tenían una fragancia sin calificativo humano; los *sindabans*, sus pequeños compañeros de juego, salían corriendo hacia las olas para subirse en una piragua, izar la vela y navegar con el viento de cara; acampaban en una isla; el fuego de campamento ardía alegremente bajo el frondoso follaje de los gigantescos *daodas* y los cuerpos finamente velludos de sus amigos se agitaban en la noche llena de cantos y de tambores y solemnes ceremonias; y otros recuerdos...

Heim encendió su pipa y echó fuertes bocanadas de humo.

«Tenía doce años cuando me marché. Ahora mi padre y mi madre han muerto ya, y los *sindabans* de mi época serán unos adultos que los humanos seguirán esforzándose aún en comprender. No, allí solamente encontraría una pequeña y aislada base científica que no se diferencia en nada de las doblemente mayores que he visto en otros lugares. Sólo hay un camino a seguir... Además —su mirada se fijó en los micrófonos que se encontraban sobre su escritorio—, aquí hay mucho trabajo que hacer.»

Se oyeron pisadas fuera del estudio. Satisfecho de tener una distracción, Heim se levantó y las siguió. Fue a parar al cuarto de estar. Su hija, de regreso en casa, se había dejado caer en un sillón.

—Hola, Lisa —dijo él—. ¿Cómo te ha ido en el colegio?

—¡Psch! —Lisa puso mala cara y le espetó—: El viejo Espinosa me dijo que volviera a redactar mi composición.

—¿La ortografía, verdad? Bueno, mejor será que te apliques y aprendas mejor.

—Lo peor de todo es tener que corregir la ortografía, no sé por qué arman tanto ruido por eso. ¿Acaso no me conocen? ¡Esa vieja cara de pepino pretende que la semántica es colossal!

Heim se apoyó en la pared, y se dirigió a la muchacha:

—Tu gramática no es mejor que la ortografía. Además, intentar escribir,

hablar o pensar sin conocer los principios de la semántica es como querer bailar sin saber andar. Me temo que mis simpatías estén del lado del señor Espinosa.

—Pero, papá —sollozó Lisa—, ¿no te das cuenta? ¡Tengo que volver a empezarlo todo desde el principio!

—Desde luego.

—¡No puedo!

Sus ojos, azules como los de su padre, y que también se parecían a los de Connie, daban la impresión de nublarse como el cielo antes de la tormenta.

—Es que tengo una cita con Dick. ¡Oh! —añadió llevándose la mano a la boca.

—¿Con Dick? ¿Querrás decir Richard Woldberg?

Lisa movió la cabeza furiosamente.

—Por el infierno, te digo que no —gruñó Heim—. Estoy harto de decirte que no debes ver a ese patán.

—¡Oh, papaíto! ¿Por qué?

—Ya sé. Es posible que sea altivez de mi parte. Pero considero que se trata de una equivocación del propio padre de Dick, el juez Woldberg. Y te digo que la muchacha que se una a esa gente tendrá problemas. Y no se trata, ni por asomo, de algo tan suave como el embarazo, sino de algo más grave...

Heim se dio cuenta de que estaba chillando. Recobró su tono normal y dijo:

—Sencillamente, el concertar esta cita no es más que desobediencia y deslealtad. Te has burlado de mí. Muy bien, quedarás confinada en tu habitación durante una semana, mientras no estés en el colegio. Y espero que tu composición esté bien redactada, mañana por la mañana.

—¡Te odio! —gritó Lisa. La muchacha salió corriendo de la habitación.

Durante unos segundos, el vestido brillante, el cuerpo esbelto y el cabello castaño claro de su hija permanecieron en la mente de Heim, después de que ella desapareciera. Pudo oír cómo cerraba su habitación de un portazo, casi como queriendo que el mismo impulso la hiciera abrirse nuevamente.

—¿Qué más podía hacer yo? —siguió gritándole a la chica; pero, naturalmente, no obtuvo ninguna respuesta.

Empezó a dar vueltas por toda la estancia; contestó gruñendo a una muchacha que se atrevió a entrar para preguntarle una cosa; y salió a la terraza, entre las rosas, para contemplar San Francisco.

La ciudad tenía un aspecto grisáceo y frío, bajo el sol que ya se estaba poniendo. Desde el lugar donde se encontraba, sobre Telegraph Hill, su vista alcanzaba las cimas y las altas carreteras, las aguas relucientes y las islas del parque. Tal era la razón que le movió a quedarse con esa mansión, después que Connie perdiera la vida en aquella catástrofe aérea y que la casa del condado de Mendocino quedase demasiado grande y quieta. Ya, desde el año anterior, Lisa había empezado a decir que aquella residencia estaba pasada de moda. Pero, ¡al diablo con la muchacha!

La verdad es que a los catorce años se está en la edad difícil; además, faltaba la madre. Probablemente hubiese podido volver a casarse, en bien de su hija. Tuvo innumerables oportunidades para hacerlo, pero todo había fracasado porque... ninguna mujer era como Connie. Incluso ni como la misma Madelon. Hubiese podido contar con Jocelyn Lawrie, pero estaba totalmente perdida con su maldito movimiento en favor de la paz. En pocas palabras, tuvo que cuidar y educar personalmente a su hija, con todas las deficiencias que ello comportaba forzosamente... ¿Qué más podía hacer por su hija, por aquella criatura para quien él era lo único que existía en el mundo?

Miró su reloj y blasfemó. Había pasado la hora de llamar a Twyman.

Volvió a su estudio y esperó un rato antes de ponerse en contacto con su secretaria y que ésta le pasara línea. No podía estar sentado; anduvo por el estudio, hojeando los libros, tocando las clavijas de la computadora, recordando al oficial de lanceros bajo cuya tutela había crecido. Le había sido difícil abandonar el *Star Fox*. Después de casarse, permaneció durante un año en la Armada, pero no pudo seguir en ella, ya que a Connie no le gustaba. Acarició su retrato con la mano, sin atreverse a colocarlo en el sistema de animación en ese preciso momento: «Después de todo no es tan duro, cariño. Todo esto vale la pena», murmuró.

El teléfono sonó y la secretaria le comunicó entonces:

—El senador al aparato, señor.

La imagen de la secretaria dio paso, en la pantalla, a la distinguida y canosa figura de Twyman. Heim se sentó en el borde del sillón.

—¡Hola, Gunnar! —Twyman sonrió—. ¿Cómo van las cosas?

—*Comme ci, comme ça* —contestó Heim en francés, agregando—: con un poco más de *ci* que de *ça*, creo yo. ¿Y a usted, cómo le van?

—Todo va a una velocidad vertiginosa. Ya está enterado de la crisis de Alerion, ¿verdad?

—De eso quería hablarle, precisamente.

Twyman pareció alarmarse un poco.

—No puedo decirle gran cosa.

—¿Por qué no?

—Bueno, bueno, realmente todavía no hay mucho que decir. La delegación de Alerion sólo estuvo aquí unas cuantas semanas, recuérdelo, de modo que no han empezado las negociaciones formales. La diplomacia entre diferentes especies siempre es así. Hay una cantidad enorme de preliminares, de intercambios de información y, además, es preciso realizar incluso estudios epistemológicos, semánticos y xenológicos antes de hallarse medio seguros de que están refiriéndose a los mismos temas que nosotros.

—Harry —objetó Heim—, sé tan bien como usted que es una explicación y una manera de obrar bastante necia. Las conferencias oficiosas andan por buen camino. Cuando el Parlamento se reúna con los de Alerion, ustedes ya lo tendrán todo trillado: los argumentos preparados, las votaciones amañadas; todo estará a punto y no habrá más que pulsar un botón y comprobar que la máquina ratifique la decisión que ustedes ya tendrán preparada. Bueno, digamos que usted no espera que, por ejemplo, los representantes del imperio de Kenya entiendan algo tan complejo como eso.

Y Heim volvió a encender nuevamente su pipa, a la vez que preguntaba:

—De todas maneras, ¿qué va a hacer usted?

—Lo siento, pero no puedo decírselo.

—¿Por qué no? ¿Acaso la Federación no es una democracia de estados? ¿No estipula su Constitución y garantiza el libre acceso a la información?

—Tendrá usted cuanta información pueda desear —gritó Twyman— cuando empecemos a trabajar sobre unas bases oficiales.

—Entonces será demasiado tarde —replicó Heim—. Veo las cosas tan claras como dos y dos son cuatro: dejarán que Alerion ocupe Nueva Europa. ¿No es así?

—No puedo decir nada.

—No necesita decirlo. Las señales se advierten en todas partes. Los jefes de Estado aseguran a sus pueblos que no hay motivos para sentir pánico y que no tendremos una guerra. Los políticos y los comentaristas denuncian a los «extremistas». En suma, supresión de cualquier señal evidente que pudiera ser una poderosa razón para ir a la guerra...

Twyman se enfadó.

—¿Qué quiere decir?

—He encontrado a Endre Vadasz —replicó.

—¿A quién? ¡Ah, sí! ¿Ese aventurero qué pretende...? Mire, Gunnar, existe cierto peligro de guerra. No lo niego. Especialmente, Francia está bajo las armas; hay manifestaciones y disturbios; las multitudes arrancan las banderas de la Federación Mundial y las pisotean. Hemos de velar porque las pasiones no se desborden; hemos de evitar que los locos, como ese Vadasz, arrastren a la gente...

—No es ningún loco —replicó Heim—. Además, el pasado de Alerion no hace sino corroborar sus afirmaciones. Basta con preguntarle a cualquier hombre de la Armada.

—Por eso mismo —objetó Twyman, cuya voz manifestaba su preocupación—. A medida que vamos penetrando en su esfera de intereses, los choques van aumentando cada vez más. ¿Acaso podemos echarles la culpa? Los de Alerion ya cruzaban la zona de Phoenix cuando los hombres aún vivían en las cavernas. Al fin y al cabo, les pertenece.

—Pero no Nueva Europa —replicó Heim—, pues fueron los humanos quienes la descubrieron y colonizaron.

—Lo sé, lo sé. Pero no faltan las estrellas... Podemos escoger; el problema es que hemos sido demasiado ambiciosos; hemos ido demasiado lejos, demasiado rápidamente.

—Es cierto, hay muchas estrellas —admitió Heim—, pero no son tantos los planetas en los que el hombre pueda vivir; y los necesitamos.

—Igual dicen los de Alerion.

—Conformes, pero, ¿qué necesidad tienen de un mundo típicamente humano? ¿Por qué no colonizaron otro planeta? ¿Por qué, precisamente, escogieron el de Nueva Europa?

—En respuesta a nuestro desafío —contestó Twyman—. ¿Qué haría usted si una civilización ajena comenzara a adueñarse de los sistemas planetarios, tan cercanos al Sol como Aurora lo está de la Octava constelación?

Twyman hizo un firme ademán antes de proseguir:

—Sé muy bien que los de Alerion no son unos santos. En varias ocasiones se han comportado diabólicamente según nuestro punto de vista. Pero hemos de coexistir con ellos en el mismo cosmos. La guerra es incalculable.

—¿Por qué?

—¿Me pregunta por qué? ¿Acaso no está usted en sus cabales, Gunnar? ¿No conoce la historia? ¿No ha contemplado los cráteres? ¿No se da cuenta de lo próximos que estamos de una conflagración nuclear?

—Tan cerca como siempre lo estuvimos, debido al carácter irracional de la raza humana en esta materia —replicó Heim—. Pero yo he visto algunos análisis objetivos, y usted no puede negar que una conflagración, y sus consecuencias, nos librarían de todos esos gobiernos ideológicos.

—¡Una guerra nuclear acabaría con la Tierra!

—¡Tonterías! Un planeta con unas defensas espaciales como el nuestro no puede ser atacado desde el cosmos por ninguna de las flotas actualmente existentes. Cualquier tentativa sería sofocada, cualquier cohete sería interceptado, toda nave aniquilada.

—Eso no serviría de nada con respecto a Nueva Europa —objetó Twyman con voz airada.

—Claro que no —admitió Heim—. Nueva Europa no cuenta con ninguna fortaleza espacial ni con ninguna flota. Solamente unos cuantos lanzacohetes y algunas fuerzas de persecución que, casualmente, se hallaban en las proximidades cuando se presentó la armada de Alerion.

—No sea ridículo, Gunnar. El caso era simplemente de otro tipo; fue otro

choque, que no pudimos evitar.

—Eso afirman los de Alerion —murmuró Heim—. Si fuera cierto, ¿por qué no regresó alguna de nuestras naves? ¿Acaso no escapó ninguna?

Twyman no hizo caso a las preguntas y dijo evasivamente:

—Nunca sabremos con certeza quién disparó primero. Sin embargo, podemos estar seguros de que Alerion no habría lanzado sus cohetes contra Nueva Europa si nuestro mando no hubiese intentado abatir sus naves en la atmósfera, tras una maniobra insensata. ¿Qué otra razón podía existir?

«Admitiendo que Nueva Europa fuese atacada con cohetes —pensó Heim—, pero no lo fue.»

El senador, que parecía estar indignado por las palabras de Heim, quedó sentado en silencio durante un instante; luego prosiguió, casi amablemente:

—Todo lo sucedido demuestra hasta qué extremo se ha llegado en esta intolerable situación; si no ponemos remedio ahora mismo, luego será demasiado tarde para detener la escalada. ¿Y para qué tenemos que luchar? ¿Por unos desgraciados planetas? Solamente precisamos dejar aislada la esfera tradicional de Alerion y tendremos abierto el camino a todo el resto de la galaxia. ¿Combatir para vengarse? Bueno, está claro que no podemos escarnecer la memoria de medio millón de seres humanos que han muerto; sin embargo, el hecho es que murieron. No quiero sacrificar más vidas por ellos.

—Muy bien —dijo Heim con igual calma—. ¿Qué piensa hacer, pues?

Twyman estuvo mirándole antes de contestar:

—Es usted mi amigo, además de mi colaborador político. Confío en que conservará usted la boca cerrada y me ayudará cuando sepa las cosas. ¿Me lo promete?

—Hay que guardar el secreto... Bueno... Sí. En cuanto a ayudarle. Eso depende. Prosiga.

—Los pormenores aún siguen debatiéndose; pero, en general, Alerion nos ofrece una indemnización por Nueva Europa. Bastante considerable, además. También adquirirán muchos de nuestros intereses en Phoenix. Aún quedan por redactar las cláusulas concretas. Está claro que no lo pagarán todo de golpe, pero las perspectivas son buenas. Tan pronto como nosotros hayamos

abandonado su esfera, ellos reconocerán una zona similar para los humanos en los planetas que se encuentran en las proximidades del Sol y se mantendrán alejados. Pero, como usted entenderá, no vamos a levantar ninguna muralla. Intercambiaremos embajadores y misiones culturales y, a su debido tiempo, se negociará un tratado comercial. ¿Eso le satisface?

Heim miró a los ojos de quien antaño consideraba como a un hombre honrado consigo mismo y dijo:

—No.

—¿Por qué no? —preguntó el senador, mucho más amablemente.

—Por toda una serie de razones que es obvio enumerar; su esquema ignora la naturaleza de Alerion. Tan pronto como se hayan consolidado, ya no respetarán nuestra esfera, y por si fuera poco, ¿aún quieren hacerles un regalo...? Y digo un regalo, porque hasta que se firme el tratado comercial (que, a juicio mío, nunca se realizará), ¿cómo podemos gastar esas divisas que nos ofrecen tan generosamente?

—Gunnar, ya sé que algunos de sus amigos han muerto en manos de Alerion. Sin embargo, padece de manía persecutoria.

—Hay problemas, Harry —dijo Heim, recordando las propias palabras que Vadasz le dijera la noche anterior—: La persecución es real. Ustedes son los únicos que viven de sueños. Están tan obsesionados por evitar la guerra que olvidaron cualquier otro tipo de consideración, incluyendo la del honor.

—¿Qué pretende decirme con eso? —preguntó Twyman.

—Que Nueva Europa no ha sido atacada con cohetes. Los colonos no han muerto. Se han ido a las montañas y allí están esperando que vayamos en su ayuda.

—Eso no es cierto.

—En mi despacho tengo todas las pruebas.

—Quiere usted decir esos papeles, esa trampa urdida.

—No se trata de ninguna trampa; todo puede probarse: hay firmas, huellas digitales, los mismos cálculos isotópicos filmados directamente en Nueva Europa, Harry. ¡Nunca me hubiese imaginado que usted podía vender a medio millón de seres humanos!

—Protesto contra esas insinuaciones —replicó Twyman fríamente—.

Míster Heim, es usted un fanático, eso es todo. Aun siendo cierto cuanto dice, ¿cómo se propone salvar a nadie de otro planeta ocupado y cuyo espacio está guardado? Pero lo que usted afirma no es verdad. He hablado con algunos supervivientes que Alerion trajo hasta aquí. Los pudo ver usted mismo en la 3V. Dieron fe del bombardeo.

—¡Bah! ¿Recuerda de dónde procedían?

—De la zona de Coeur d'Yvonne. Todo lo demás quedó arrasado.

—Eso pretenden los de Alerion —replicó Heim—. E, indudablemente, los supervivientes lo creen también. Quien no lo hubiese creído no habría salido con vida del interrogatorio. Yo afirmo que Coeur d'Yvonne fue la única zona afectada por el bombardeo. Además, agrego que podemos combatir si debemos hacerlo y triunfar. Pero solamente en una guerra espacial; no me refiero a la tontería de atacar la inexpugnable Alerion, cosa que nuestros sumisos comentaristas ponen en boca de los «extremistas» y añadiendo que la Tierra es del todo inexpugnable. Digo, además, que si nos movemos con toda rapidez, con todas nuestras fuerzas, es muy posible que no tengamos ni que luchar. Alerion se batirá en retirada. Pues todavía no es lo suficientemente poderoso como para invadirnos. Diré, finalmente, que si abandonamos a los que fuera de nuestro planeta confían en nosotros, entonces nos estará bien empleado cuanto los de Alerion puedan tramar contra nosotros.

Heim volvió a cargar su pipa y dijo:

—Senador, eso es cuanto tenía que decirle.

Twyman afirmó, temblando:

—Entonces le diré que hemos superado su agresivo militarismo y no permitiré que nos arrastre a ese extremo. Si tiene la osadía de divulgar las cosas que aquí se han dicho, le destruiré. Dentro de un año, puede encontrarse en el distrito controlado por los servicios de Asistencia o en un reformatorio.

—Ni hablar —replicó Heim—. Yo mantendré mi promesa. Los hechos hablarán por sí mismos al público; solamente preciso destacarlos.

—Bien; siga adelante, si es que desea despilfarrar su dinero y su fama. Se convertirá en otro hazmerreír igual que los demás *halcones* guerreros.

Desconcertado, Heim hizo una mueca. Durante las semanas anteriores, tras las noticias que procedían de Nueva Europa, había observado que los medios de comunicación masiva decían a quienes se manifestaban como él lo mismo que el senador acababa de expresarle. Es decir, a aquellos que tenían influencia y a quienes había que destruir. La gente de la calle, la que no estaba metida en política, les tenía sin cuidado. Los sabios se conformaban con anunciar que la opinión mundial exigía la paz.

Tras haber escuchado a bastante gente, desde los ingenieros hasta los médicos, a los hombres del espacio y los simples mecánicos, para pulsar sus sentimientos y opiniones, Heim dudaba de si se había dado a conocer correctamente la auténtica opinión mundial. Pero no tenía ningún medio para probarlo.

¿Quizá a través de un sondeo de la opinión? En el mejor de los casos, los resultados podían espantar a unos cuantos profesores, quienes se verían obligados a manifestar que dichos resultados estaban basados en falsas estadísticas; y a cierto número de estudiantes que organizarían desfiles denunciando a Heim, *el Monstruo*.

¿Propaganda? ¿Politicastos? ¿Una sociedad a lo Paul Reveré? Heim movió la cabeza, cegado y deprimido.

El rostro de Twyman se suavizó.

—Lo siento, Gunnar —dijo—. Ya sabe usted que sigo siendo su amigo, y ello aparte de donde vaya a parar su donativo en la próxima campaña electoral. Llámeme cuando guste... —Vaciló unos segundos y optó por agregar sencillamente—: ¡Adiós! —Y colgó.

Heim se acercó al escritorio para sacar una botella que allí tenía guardada. Al cogerla, su vista se fijó en el modelo del *Star Fox* que su tripulación le había regalado cuando se retiró de la Armada. Estaba fabricado con acero procedente de aquel transporte bélico capturado a los de Alerion, al ser interceptado por una nave lanzatorpedos que logró meterles un cohete atómico en plena mitad del transportador.

«No sé si los de Alerion también harán trofeos a base de nuestros restos —pensó Heim—. ¡Bah! Es curioso, nunca había pensado en eso hasta ahora. Sabemos tan pocas cosas de ellos.»

Heim puso los pies sobre el escritorio y acercó la botella a sus labios, mientras seguía pensando: «¿Por qué no me acerco a uno de los delegados de Alerion y se lo pregunto?»

Una vez entregado a la bebida y que hubo refunfuñado, sus pies no le sostuvieron, pero ni se dio cuenta. La idea había sido demasiado sobrecogedora: «¿Por qué no ir a preguntárselo?»

III

El techo resplandecía con la luz de un simulado y diminuto sol que proyectaba sus rayos de color sangre sobre las hojas de las enredaderas y las flores suavemente retorcidas. En un rincón de aquella estancia, instalada al borde de la selva, estaba el panel de los instrumentos terráqueos: el teléfono, el receptor de la 3V, la computadora, la grabadora, el servicio celular y el aparato de control del ambiente... El silencio era tan profundo como aquellas sombras purpúreas en que estaba sumida la extraña habitación. Cynbe estaba aguardando, inmóvil.

La cámara de descompresión finalizó su proceso y Gunnar Heim salió de ella. La atmósfera ligeramente cáustica le secaba la garganta; pese a ello, se hallaba sumergido en una extraña y agradable fragancia. No podía decir si procedía de una de aquellas plantas que trepaban por las paredes hasta llegar al techo, donde se doblaban como si fueran hojas de acero azuladas, acabando en capullos de color moreno, carmesí, negro y violeta; aquel perfume era agridulce, punzante y almizclado. La poca gravedad parecía producir cierta ingravidez a su cabeza, así como al resto de su cuerpo. El piso de plumas daba la sensación de tener la elasticidad de la goma. El lugar era tan cálido como una zona tropical; notó que los rayos infrarrojos le calentaban la piel.

Se detuvo a observar los alrededores. Sus ojos iban acostumbrándose gradualmente a la cruda iluminación.

—*Imbiac dystra?* —dijo con incertidumbre.

—Señor mío —contestó una voz, como apagada, en aquel tenue ambiente.

Asomando entre los árboles, iba caminando hacia él Cynbe ru Taren, maestre intelectual del Jardín de la Guerra, almirante de la Armada y especialista militar de la Alta Comisión de Negociadores.

—¿Hizo un feliz viaje, señor? —preguntó canturreando—. ¿De manera que comprende usted el sublime lenguaje?

Heim hizo el saludo inclinado de los de Alerion, correspondiente a un ser de grado distinto, aunque de pareja entidad.

—No, señor mío; lo siento mucho, solamente conozco algunas palabras. Para los de mi raza es un idioma muy difícil de aprender.

La hermosa voz de Cynbe soltó una escala musical jamás emitida por los humanos:

—¿No quiere sentarse, capitán Heim? ¿Mando traerle un refresco?

—No, gracias —contestó el humano, que ni quería perder la ventaja psicológica que le daba su alta estatura ni brindar con el enemigo.

En su fuero interno se sentía asombrado. El de Alerion había pronunciado su nombre. ¿Cuánto más sabía Cynbe? Ya tuvo tiempo para investigar, en el par de días que había seguido a la demanda de una audiencia. Pero uno no podía imaginarse lo interesado que se hallaba un jefe de Alerion en un simple individuo. Muy posiblemente, el deseo de Heim había sido satisfecho gracias a la necesidad en que Twyman se encontraba y no por ninguna otra razón. Además, el senador tenía mucha fe en el valor de la discusión entre rivales: «Cualquier discusión, y si hemos de fracasar, por lo menos fracasaremos dialogando».

—Confío en que su viaje hasta aquí le resultó agradable —volvió a canturrear Cynbe.

—Muy bien, señor, siempre y cuando a uno no le molestara viajar con los párpados sellados y tras haber sido cacheado de pies a cabeza —contestó Heim con fina ironía.

—Mucho lamentamos tener que recurrir a tales extremos, señor, pero nos vemos en la necesidad de guardar el secreto de los temas de nuestras negociaciones y sobre la ubicación de nuestra delegación —explicó Cynbe—.

Pues sus fanáticos...

La última palabra se perdió en un *glissando* que acarreaba mucho más desprecio que el que Heim se hubiera imaginado.

—Sí —replicó Heim—, en su civilización el populacho está mejor... controlado. No me atrevería a decir «domesticado», pero espero que comprenda mi significado.

La risa de Cynbe estalló como una lluvia primaveral.

—Es usted un hombre eminente, capitán —dijo, al tiempo que avanzaba con una mirada de gato—. ¿Desea pasear por mi bosque, mientras vamos conversando? Supongo que no figura usted entre los pocos humanos que en cierta ocasión pusieron pie en Alerion, ¿verdad?

—No, señor; siento decirle que aún no tuve ese placer.

Cynbe se detuvo. Durante unos segundos se miraron el uno al otro, sin verse, en medio de aquella noche oscura. Y Heim solamente pudo pensar qué hermoso era el de Alerion.

Abstraídamente, admiraba aquel cuerpo de piernas largas, ligeramente inclinado hacia delante, de ciento cincuenta centímetros de estatura, su pecho hundido y la cintura fina como la de un galgo; y aquel rabo de balancín que jamás estaba quieto. El pelo, suave y plateado, lanzaba destellos de luz. Admiraba con qué seguridad los tres dedos largos del pie digitígrado se posaban en el suelo; lo graciosamente que movía los brazos; con qué gallardía levantaba el esbelto cuello. Rarísimos eran los humanos que podían ataviarse, como Cynbe, con una malla metálica de una sola pieza, adornada en el cuello, las muñecas y las caderas con cobre pulimentado. Aquello era hartamente revelador.

La cabeza, sin embargo, no dejaba de ser desconcertante, pues el pelaje acababa a la altura de la garganta; y el rostro de Cynbe, con su aspecto marmóreo, sus grandes ojos bajo las arqueadas cejas, la nariz pequeña, los labios de un rojo vivo, las mejillas anchas y la estrecha barbilla, bien podía haber sido casi el de una mujer. Pero no del todo: ciertos detalles eran diferentes y aquella perfección resultaba realmente nada humana. Detrás de la cabeza, entre las dos puntiagudas orejas y hasta el extremo del rabo, llevaba un mechón de cabellos finos como la seda y de un color de miel dorada. El

hombre que contemplara aquel semblante corría el riesgo de olvidarse del resto del cuerpo.

«Y el cerebro», se acordó Heim.

Un dosel de membrana pestañeante cubría ligeramente la esmeralda de aquellos ojos sesgados y felinos.

El de Alerion se sonrió y prosiguió su camino, apoyando su brazo sobre el de Heim. En su mano había tres dedos dobles y un pulgar que acababa en una especie de uña.

—Venga —dijo el de Alerion.

Heim le siguió, penetrando en la lobreguez de la selva.

—Señor mío —dijo el humano, en tono bronco—, no quiero hacerle perder tiempo. Hablemos de negocios.

—Usted mismo dirá, capitán. —La mano libre de Cynbe tocó una rama fosforescente.

—Estoy aquí en bien de los de Nueva Europa.

—¿Por los lamentados muertos? Hemos repatriado a los supervivientes y les indemnizaremos.

—Me refiero a los que quedaron vivos en el planeta, que son casi todos los que allí había.

—¡Ah...! —Cynbe suspiró.

—El senador Twyman le habrá advertido que plantearía este tema.

—Cierto. Es más, aseguró que las alegaciones resultaban increíbles —dijo Cynbe.

—La mayoría de los que lo apoyan no se atreven a creerlas, y los que lo creen no se atreven a admitirlas —replicó Heim.

—Tales acusaciones pueden perjudicar el curso de las negociaciones.

Heim no estaba seguro de lo sardónica que era aquella objeción. Tropezó con algo que no vio; blasfemó, y al final se alegró de salir del bosque y hallarse en un pequeño recinto de césped, cubierto de flores. Allí se alzaba un edificio en el que penetraron. En la primera sala había varios centenares de libros sobre unas estanterías: no solamente los estrechos y altos infolios de los de Alerion, sino también muchos libros terrestres que parecían bastante antiguos. Heim no pudo leer los títulos; tampoco pudo observar lo que había

en la siguiente estancia, al otro lado del arco; pero en las proximidades debía de haber una fuente: se oía el murmullo del surtidor.

Se detuvo; miró al otro fijamente y le habló:

—Poseo pruebas de que los humanos no fueron exterminados en Nueva Europa. Sé que se refugiaron en las montañas y que allí siguen resistiendo a las fuerzas ocupantes. Los documentos probatorios se encuentran en lugar seguro y yo estaba pensando en publicarlos. Lo cual, como usted dice, sería contraproducente para su conferencia.

Heim contaba muchísimo con la idea de que el de Alerion no estuviera tan enterado de cómo andaban las cosas en la Tierra, como para comprender hasta qué punto su amenaza era desesperada.

Pero Cynbe se limitó a hacer una rápida mueca y dijo:

—Al parecer, capitán, decidió seguir por otro camino.

—Ello depende de usted —contestó Heim—. Si proceden a repatriar a esa gente también, le daré a conocer las pruebas y no se hablará más del asunto.

Cynbe volvió a jugar con la enredadera. La cogió en la mano e intentó alcanzar sus capullos con la boca.

—Capitán —dijo con su voz cantarina—, usted no es ningún loco. Supongamos que su creencia esté fundada en hechos reales. Entonces, nos referiremos a gentes enfurecidas que andan por las montañas. ¿Cómo las obligaremos a trasladarse a nuestras naves?

—Están combatiendo porque esperan ayuda. Si los representantes del Gobierno francés les dijeran que regresaran, sin duda, lo harían. El acuerdo puede llevarse a cabo por radio.

—Pero, ¿acaso Francia está dispuesta a colaborar en estos momentos?

—No le queda otra alternativa. Usted sabe mejor que yo que la mayoría de los miembros de la Federación no desean luchar en Nueva Europa. Lo único que pudiera provocar una guerra semejante es la mala situación de los colonos; deje que regresen ilesos y... obtendrá su maldita conquista.

—Bueno, todo eso no deja de ser aceptable —dijo Cynbe; su rostro se enrojecía cuando asentía con la cabeza. Su mirada permanecía fija en los capullos de las flores—. Pero, ¿y luego? —canturreó—, ¿y luego?

—Ya sé —dijo Heim— que los de Nueva Europa serían una viva prueba

de que ustedes han mentido, y no sólo acerca de ellos, sino de la batalla misma. Demostración de que las cosas sucedieron únicamente porque alguien se sentía feliz en disparar y, además, porque ese mismo había planeado el ataque.

Tragó algo, desagradable, y prosiguió:

—Basta con leer la historia de la Tierra, señor mío, y en ella verá cómo los humanos no nos tomamos esos asuntos con la debida seriedad. Las mentiras son consideradas como parte natural de la diplomacia y unas cuantas naves perdidas, la muerte de unos cuantos hombres forman parte de nuestra vida diaria. En todo caso una concesión por parte de ustedes no dejaría de contribuir al fortalecimiento del partido de la paz: «¡Miren! —dirían—. Alerion no es tan malo como parece; es posible negociar con Alerion; nuestra política salvó esas vidas y evitó una guerra costosa».

Ahora aquel rostro afeminado se volvió y, durante unos segundos, clavó sus ojos luminosos sobre Heim. Este notó que su pulso se aceleraba. Parecía como si el murmullo de la fuente fuera disminuyendo y cerrándose el tibio y purpúreo crepúsculo.

—Capitán —murmuró Cynbe, de un modo casi inaudible—, el planeta Eith es un antiguo Sol. Los de Alerion cuentan con una civilización de millones de años según su manera terrestre de medir el tiempo. Nosotros no buscábamos establecer un vasto imperio capaz de convertirse en un orden tan antiguo como duradero; sin embargo, nuestros descubridores de nuevos mundos anduvieron buscando y nuestros intelectuales investigaron y compararon. Es muy posible que tengamos muchos más medios de influir sobre el destino que cualquier imprudente recién llegado. Posiblemente hayamos descifrado su propia naturaleza interna más profundamente que lo hicieron ustedes.

Y Cynbe prosiguió:

—Además, afirmo que la palabra tiene otro peso cuando repercute a través de un millón de años. Mi mirada no contempla un decenio, una generación, un siglo, sino milenios. Dejemos que la verdad siga entre estos muros tal y como usted la ha proclamado. Hagamos que esa verdad no llegue a los de Alerion y haga que medio millón de seres se dejen embargar por el

odio a su raza.

»Si se hubiesen rendido, las cosas serían muy diferentes. Le hubiéramos podido decir a la Tierra que esta batalla era un incidente más y ahora podríamos tener nuestra propia esfera libre de extraños. Pero ninguno de sus colonos quiso avenirse a nuestras razones y convertirse en súbdito de Alerion. Hubiéramos ofrecido una inspección para que la Tierra estuviese segura de que no estaban oprimidos. Tales enclaves carecen de importancia y Alerion dispone de los medios necesarios para integrarlos en la civilización: caminos lentos si los mira desde el punto de vista del tiempo, pero caminos sutiles, caminos apacibles y seguros en absoluto.

»Digo entre estos muros —prosiguió Cynbe—, que los colonos de Nueva Europa no se rindieron. Incluso podríamos capturarlos vivos (pero no queremos) y aún así no habrían de convertirse en súbditos de Alerion. No los guardaríamos prisioneros, ya que ello siempre resultaría peligroso, si pensamos que la Tierra podría liberarlos. Es más, si Francia los repatriara, ellos lo considerarían como una traición a los que no se rindieron y tenderían a conseguir un gobierno de la Federación con hombres más valientes. Miro hacia el futuro y observo cómo se avergüenzan de los que no son como usted, capitán. Sí, sí, capitán, la historia de ustedes está formada por esos hechos intangibles, ustedes son así, pertenecen a esa especie. La verdad es que no debería estallar una guerra para recuperar Nueva Europa. Esos hechos históricos se vuelven amargos ante los líderes cuando hablo de alcanzar el poder. Pero cuando se presente el próximo acontecimiento, ¡ah...!

Heim pensó: «Así que habrá una próxima fase. No me ha dicho nada al respecto, ni yo tampoco lo adiviné. Me pregunto cuándo ha de tener lugar la segunda crisis. Es posible que no sea durante mi existencia, pero sí que se producirá, con toda seguridad, en la de Lisa».

Su voz sonó profunda y remota, como si estuviera hablando alguien más:

—¿Entonces, admite que los colonos están vivos? ¿Qué piensan hacer? ¿Perseguirles hasta destrozarlos?

—Estoy al frente de las flotas espaciales, capitán, y no de unos villanos...

Asombrosamente, el mechón de cabellos de Cynbe se puso a temblar, en tanto quedó mirando sus manos, cuyos dedos se enroscaron:

—He dicho mucho más de lo que debía. Pero, al fin y al cabo, no soy un viejo alerionense. Mi raza se formó después de que empezaran a llegar naves de la Tierra. Y... estuve en Achernar —Cynbe levantó la vista y añadió—: Capitán del *Star Fox*, al igual que suelen hacerlo los hombres de la Tierra, ¿me estrechará la mano para despedirse?

—No —contestó Heim. Dio media vuelta y se dirigió a la cámara de compresión.

IV

Los soldados del Cuerpo de Vigilancia de la Paz que le habían escoltado le quitaron la venda de los ojos y le dejaron salir de la nave oficial, al aterrizar en Port Johnson, en el estado de Delaware. La nave había tardado mucho más de lo normal en realizar el viaje al seguir otro itinerario que el que Heim imaginaba. Le quedaba escaso tiempo para acudir a su cita con Coquelin. Se apresuró en llegar al sector donde se hallaban las naves civiles; se abrió paso entre la multitud que habitualmente se aglomeraba en aquella zona y se dio cuenta de que tendría el tiempo justo para efectuar todo el recorrido.

Durante las horas que permaneció a ciegas, fue disminuyendo el mal humor que lo embargaba e intercambió frivolidades con el joven oficial de su escolta:

—Los servicios meteorológicos dejaron escapar, sin avisar, el último huracán. ¿Qué le parece?

—Sí, por Nueva Europa los asuntos marchan pésimamente; sin embargo, aún hemos conseguido superar bastantes cosas como el imperialismo y la venganza, ¿verdad? De todas maneras, la galaxia es grande.

—Le envidio a usted por la manera como ha viajado por el espacio. Es cierto que en este trabajo se circula bastante, pero parece como si las naciones y los pueblos de la Tierra se identificaran cada vez más, año tras año.

En los momentos en que no conversaba con el joven oficial, Heim estuvo

pensando en sus cosas. Realmente, nunca había esperado llegar a un acuerdo con los de Alerion, y su tentativa no era más que una obligación.

Todo seguía confuso en su mente y se preguntaba lo que realmente podría conseguir yendo hasta París.

A Heim le costaba abrirse camino. Un hombre mal vestido le empujó, mostrando una agresividad totalmente innecesaria. Heim contuvo sus nervios con esfuerzo; odiaba a las multitudes y se abstuvo de devolver el empujón. Uno no puede reprochar a un pobre diablo el que se muestre hostil hacia una persona cuya buena indumentaria le daba a conocer como miembro de la tecno-aristocracia.

«Esa es la razón por la cual hemos de movernos en el espacio —se decía a sí mismo por milésima vez—; el espacio: una oportunidad de evadirse de aquella horrible confusión existente sobre la Tierra, de pasear libremente, de ser uno mismo, de intentar descubrir nuevos modos de vida, de trabajo, de pensar, de crear, de admirar. Había mucha más felicidad en Nueva Europa, entre aquel medio millón de seres, que lo que pudieran imaginar jamás los diez mil millones de habitantes de la Tierra.

»¿Qué hay en ellos? ¿Temor, inercia, desesperanza o una total y antigua ignorancia? ¿Acaso se les atraganta la idea de que el resto del universo nos está abierto?»

Pues, realmente, se trataba de eso: los planetas habitables no son tan numerosos. Y la mayoría de los existentes cuentan con nativos inteligentes, y muchos de los restantes ya han sido colonizados por los otros. Heim no quería que su raza se viera obligada a la casi postrera acción inmoral de tener que quedarse con algo legítimo de otro Estado.

Sin embargo, había muchas más cosas involucradas en el asunto Phoenix. Una pérdida de nervios, a través de la historia, accediendo a una injustificable demanda en beneficio de unos cuantos años más de paz, lo cual había dado origen a una larga decadencia. Se había admitido el mal principio de las «esferas de influencia», cuando ya no debían de existir fronteras en el espacio. Y para estar seguros, una fatuidad espantosa: la clara negación a leer el informe que probaba las intenciones de Alerion con respecto a la Tierra; la ansiedad de proporcionarle al enemigo el tiempo y los recursos necesarios

para preparar su nueva incursión.

«Pero, ¿qué puede hacer un hombre?»

Heim reclamó su aparato en el garaje y permaneció impaciente, mientras el control de vuelo le daba la autorización de despegar. Pasó bastante rato antes de que la pista quedara libre para que arrancara su nave. Durante unos momentos voló con el timón manual para sentir la satisfacción de llevar personalmente el aparato. En este «rascaluna» —así se denominaba su tipo de nave—, los gravitadores estaban contruidos normalmente para ascender a la estratosfera; pero, de todos modos, el aparato no tenía nada que fuera muy especial, pues Heim no se preocupaba lo más mínimo del confort. Tras conducir un rato, puso el piloto automático con rumbo a Orly; se tomó un baño caliente, sacó de la nevera un trozo de carne de ballena y se preparó el almuerzo. Luego se echó a dormir un par de horas.

El reloj lo despertó, con la obertura de la *Caballería ligera*, y se tomó una taza de café. Se mudó de ropa, poniéndose un traje más fresco, aunque algo de etiqueta —dorado en las solapas y en la parte baja de los pantalones—, mientras el aparato iba perdiendo altura para tomar tierra. Por un momento, pensó si no le convendría ir armado, al llevar consigo el paquete de Vadasz. Pero rechazó la idea, puesto que eso podría ocasionarle más dificultades que ventajas. Si fracasaba aquí tampoco le serviría, probablemente, el recabar cualquier respuesta positiva al llamamiento de Nueva Europa. Ya no sería posible ninguna acción, salvo tumbarse a roncar después de una borrachera y luego tratar de emigrar hacia cualquier lejano planeta.

Al entrar en el edificio de la Aduana, presentó su documento de identidad y le concedieron en el acto un permiso de estancia de treinta días. Por estar bastante menos poblada que otros países, Francia no solía poner muchas trabas a la inmigración. De todas maneras, el oficial que le atendió se deshizo en atenciones y halagos:

—¡Ah, sí, sí, sí, monsieur! Ya se nos había anunciado su llegada. Hay un coche esperándole. ¿Desea que le llevemos el equipaje? ¿No? Bien; por aquí, por favor, y le deseamos una feliz estancia.

La acogida contrastaba absolutamente con cuanto hubiera experimentado el trovador Endre Vadasz. El caso es que él era sólo un músico genial,

mientras que Gunnar Heim dirigía una empresa muy famosa y era, además, hijo político de Curt Wingate quien, a su vez, era presidente de la General Nucleonics. Si Gunnar Heim deseaba entrevistarse con el ministro francés de Asuntos Extraterrestres, Coquelin, quien ostentaba a la vez la presidencia de la delegación de su país en el Parlamento Mundial, desde luego no tropezaría con dificultad alguna.

El coche entró en París cuando comenzaba a anochecer. A lo largo de los bulevares, los árboles iban perdiendo sus hojas, sembrando de rojo y amarillo la avenida Haussmann; grupos de hermosas muchachas, acompañadas por sus hombres, discurrían por las aceras. En esta estación del año, en las terrazas de los cafés se veían pocos clientes. Heim se alegró de ello. París podía recordarle muchísimas cosas... El vehículo se detuvo ante el Quai d'Orsay y Heim se apeó. Podía sentir cómo el Sena corría entre los sombríos malecones, bajo el viento frío que soplaba. Con todo, aquel barrio era tranquilo, no había mucho tráfico ni se oía el fuerte rumor de la capital. La bruma impedía ver las estrellas en el cielo.

Varios gendarmes montaban la guardia ante el edificio; sus rostros parecían hoscos bajo el quepis. Había oído decir que toda Francia se hallaba en tensión y sentía amargura. Heim fue conducido a través de largos pasillos, en los que se advertía poco personal a aquellas horas, hasta llegar al despacho de Coquelin.

El ministro apartó hacia un lado de su escritorio todo un legajo de papeles y se levantó para saludarle:

—¿Cómo está usted? —preguntó con tono cansado, pero en un inglés perfecto.

Heim estaba de suerte: pues al correr de los años se había ido olvidando de su francés. Coquelin le indicó que se sentara en una butaca magníficamente forrada y confortable, de viejo estilo, que se hallaba junto al escritorio.

—Por favor, siéntese. ¿Desearía un puro?

—No, gracias. Prefiero la pipa —y Heim sacó la suya.

—Y yo también. —El rostro de Michel Coquelin tomó un aspecto sonriente y empezó a cargar su pipa.

Era un hombre de pequeña estatura, pero fornido, de aspecto cuadrado, calvo, con una mirada profunda bajo sus negras cejas.

—Bien, señor Heim —dijo—, ¿en qué puedo serle útil?

—U..., se trata de Nueva Europa.

—Ya me lo imaginaba —dijo el ministro, dejando de sonreír.

—Según mi criterio —Heim optó por expresarse de manera pomposa—, señor Coquelin, creo que la Tierra debería hacer todo lo necesario para recuperar Nueva Europa.

La mirada de Coquelin no se apartaba ni un segundo de las facciones de Heim y le observaba de pies a cabeza, mientras encendía su pipa.

—Le agradezco mucho sus palabras —dijo pausadamente—. En Francia nos sentíamos aislados.

—Aquí le traigo ciertos materiales que podrían ayudar.

Coquelin aspiró ligeramente aire por la boca y le dijo:

—Por favor, vaya al grano.

Se sentó de manera inexpresiva, fumando, sin apartar la vista de Heim, mientras éste le exponía sus ideas. Solamente le interrumpió en una ocasión:

—¿Cynbe? ¡Ah!, sí; ya le he conocido. Se trata del último a quien han destrozado. Bueno, más vale que no diga nada. Oficialmente no sé nada. Prosiga usted, por favor.

Tras haber expuesto el asunto, Heim abrió el paquete. Coquelin colocó algunos microfilmes en el visor que había sobre la mesa, leyó y movió la cabeza. El silencio llegó a su punto culminante. Heim se hinchó como un volcán, miró hacia la oscuridad que había tras la ventana, se hundió seguidamente en la butaca hasta hacerla chirriar y escuchó sus propios latidos.

Finalmente Coquelin murmuró:

—Corren rumores acerca de eso —y tras un nuevo silencio, prosiguió—: Haré todo lo posible para que a usted y a Vadasz se les conceda la Legión de Honor. Pase lo que pase.

—¿Qué pasará? —preguntó Heim. Las mandíbulas le dolieron por haberlas cerrado con fuerza.

—Probablemente, nada —farfulló Coquelin con tono anodino—. Están

dispuestos a comprar lo que califican de paz.

—¡Ah, sí!, es mejor que lo sepa: yo también conozco el plan —dijo Heim.

—¿Que Alerion tendrá Nueva Europa?, bueno; podemos hablar sin tapujos. Naturalmente, me encuentro ligado por compromisos de honor y no puedo revelar los planes mientras mis compañeros del Comité no lo acuerden; sería fútil y acarrearía malas consecuencias políticas si ahora rompiera mi promesa. De todas maneras, me siento muy satisfecho de contar con un oyente extranjero. —Coquelin se restregó los ojos y añadió—: Pero es muy poco cuanto podemos decir, ¿no?

—Hay mucho que decir —exclamó Heim.

—Venga a la sesión oficial y podrá presentar todo eso al Parlamento, agregando las pruebas oportunas al respecto. Asimismo, podrá preguntarles cómo es posible esperar ser reelegido vendiendo a tantos seres humanos...

Coquelin echó una mirada a su pipa donde el fuego se apagaba y se reanimaba, y afirmó con fuerza:

—¡Venga a la sesión!

—Sí, sí, debo ir allí. Claro que algunos me dirán que miento, que mis pruebas son falsas y lo de mis científicos una quimera. Otros dirán, probablemente, que todo eso es espantoso, pero que, al fin y al cabo, ¿qué son medio millón de personas? Me harán ver que unos cuantos *misiles* lanzados sobre la Tierra pueden matar a veinte veces más gente, a cien veces más... y que no tenemos derecho alguno a situarnos en la constelación de Phoenix, y que no hay más remedio que seguir la amistad con los de Alerion, porque de otra manera la guerra durará muchos decenios; que sólo podemos compadecer a los nuestros que están allí, pero que nos es imposible ayudarles.

Heim tenía al hablar una sonrisa llena de irónico sarcasmo:

—Me atrevería a decir que habría que levantarles un monumento como mártires de la paz. Pero eso es totalmente ridículo: la Tierra no puede ser atacada. Y si puede serlo, también Alerion puede ser atacada, y se guardarán de provocar una guerra por cuanto nosotros contamos con fuerzas doblemente superiores a las suyas. En estos momentos, bastaría con una sola

flotilla para expulsarles del sistema Aurora.

—La mitad de la Armada —dijo entonces Coquelin— ha sido puesta en alerta para la defensa nacional. La otra mitad se encuentra en nuestros confines espaciales, observando las maniobras de la flota de Alerion. Incluso, algunos de los almirantes que he consultado no están dispuestos a desplazar una flotilla hacia Aurora. Como ya debe saberlo, señor Heim, las fuerzas disponibles en ambos lados no son grandes, máxime teniendo en cuenta que una sola nave con armamento nuclear posee una gran capacidad destructora.

—¿De modo que no hacemos nada? —gruñó Heim—, y ello precisamente en un momento como éste en el que, incluso una sola nave, podría causar grandes dificultades al enemigo. Todavía no han de contar con muchas fuerzas en Aurora. Pero si les dejamos un año o dos de tiempo podrán hacer que Nueva Europa sea tan inexpugnable como lo es la Tierra.

—Lo sé —asintió Coquelin; girando sobre sí mismo, descansó sus codos sobre el escritorio y hundió su cabeza entre sus hombros—. Lo discutiré, pero... esta noche me siento viejo, señor Heim.

—¡Dios mío! Si la Federación se niega a actuar, ¿no lo puede hacer Francia sola?

—Imposible, no puede hacer nada. No podemos negociar, ni tan siquiera como simple nación, con ningún país extraterrestre, pues así reza en la Constitución. No nos está permitido usar cualquier fuerza o cualquier nave de guerra, salvo lo preciso a nivel de policía. Todas las demás fuerzas se hallan bajo el mando de las Autoridades de Control de la Paz. Tal como lo oye. De hecho, y ahora que pienso en lo que me ha traído —Coquelin clavó la mirada en el techo y su mejilla tembló—, no sé si debería darlos a la publicidad...

—¿Qué?

—Mire, señor Heim: Francia está bastante airada. Si dejamos que se conozca toda la verdad, incluyendo la traición, no me atrevería a vaticinar lo que podría ocurrir. Podría muy bien ocurrir que las fuerzas del Control de Paz ocuparan nuestro territorio. Y esto, realmente, perjudicaría mucho más a la propia Federación que a Francia. Es preciso permanecer fieles a la Federación por encima de todas las demás cosas. La Tierra es demasiado pequeña para ostentar una soberanía nacional. Las armas nucleares son demasiado

poderosas.

Heim observaba el rostro abatido de su interlocutor y se sentía estallar de rabia:

—¡Me gustaría ir yo solo! —gritó.

—Eso sería un acto de piratería —replicó Coquelin.

—No..., bueno; espere, espere —la idea se acababa de hacer totalmente luminosa en su mente y Heim se levantó de golpe—: ¡Los corsarios! Hubo un tiempo en que los piratas contaban con sus propios barcos de guerra.

—¡Vaya, veo que ha leído usted un poquitín de historia! —dijo Coquelin, quien pareció reanimarse de pronto, contemplando aquel cuerpo recio y lleno de vida con los ojos muy abiertos—, pero yo leí mucho más y sé que la piratería fue declarada fuera de la ley en el siglo XIX. Incluso las naciones que no firmaron esa convención acerca del corso observaron su prohibición como si se tratase de un artículo de la ley internacional. Como cosa ya admitida, la Constitución Federal no hace referencia alguna a tema tan arcaico. Es decir, que todavía...

—¡Precisamente! —rugió Heim; parecía que el mismo demonio se hubiese apoderado de su mente.

—No, no, si uno vulnera la ley, acudirán las fuerzas del Control de la Paz. Soy demasiado viejo y me siento demasiado cansado para comparecer ahora ante el Tribunal Mundial; sin hablar de las demás dificultades. Francia no puede declarar la guerra por sí misma; no puede producir armas nucleares.

Coquelin musitó tristemente:

—Soy abogado de profesión. Si hubiera una... ¿Cómo dicen ustedes: alguna rendija por donde colarse? A lo mejor trataría de pasar por ella. Pero aquí...

—Palabra por palabra —dijo Heim—. Yo puedo encargarme de las armas.

Coquelin saltó de su asiento.

—¿Qué está usted diciendo?

—Fuera de la Tierra. Conozco un lugar. Fíjese que Alerion ha situado defensas espaciales en órbita alrededor de Nueva Europa, pero no podría resistir seguramente contra cualquier ataque.

Heim se apoyaba ahora sobre el escritorio, cara a cara con su interlocutor, expresándose como una metralleta:

—Nueva Europa sólo dispone de una industria reducida. De manera que Alerion no tendrá más remedio que sacar todos sus pertrechos de su propio territorio, lo cual supone una larga línea de abastecimiento; en tal caso, ¿imagina lo que representaría una nave de corso? ¿Lo que se les podría hostigar, y todo lo que podríamos hacer en ayuda de nuestra pobre gente espantada?

—Pero ya le he dicho...

—Usted me acaba de decir que era, material y legalmente, imposible. Puedo demostrar que es posible materialmente, y usted ha dicho que era abogado.

Coquelin se levantó a su vez, se fue a la ventana y estuvo contemplando el Sena durante un largo rato. Los pasos de Heim resonaban por el piso. Los planes afluían a su mente, junto con los datos, los temores y las esperanzas; nunca se había sentido tan fuerte.

Coquelin acabó por dar media vuelta; su voz cortó el silencio:

—*Peut-être...* —y sé fue hacia el escritorio donde empezó a remover un fichero.

—¿Qué está buscando? —preguntó Heim.

—Datos acerca de la época anterior a cuando los países se adhirieron a la Federación Mundial. La Liga Musulmana no reconoció que tuviera derecho alguno en injerirse en sus asuntos. Mientras duraron las dificultades, la Autoridad se encargó de proteger los intereses de la Federación en África.

Coquelin se entregó de lleno a su labor. En cierto momento sus ojos se cruzaron con la mirada de Heim.

—*Merci, mon frère* —dijo—. Puede que no sea más que para esta noche, pero me ha devuelto mi juventud.

Endre Vadasz levantó la tapadera de la olla, aspiró el sabroso olor que salió de la misma, la removió y la volvió a tapar.

—Esto está casi cocido —dijo—. Sería mejor que prepararas la ensalada, ¿tienes ya todas las cosas a punto?

Lisa Heim se sonrojó.

—Me... me temo que no supe hacerlo muy bien para cortar los pepinos y las demás cosas —dijo la muchacha.

—Eso no es tan complicado, mira —Vadasz cogió las verduras y las metió en un cazo—. Para ser una aprendiz lo hiciste muy bien. ¿Puedes darme los condimentos?

La chica obedeció, toda sonriente, y le pasó los tarros de la sal y las especias.

—Uno ha de ser casi ingeniero para manejar esta maldita máquina que llaman cocina; pero no te apures, que ya aprenderemos a manejarla; y, como te venía diciendo, yo seré tu jefe cocinero y lavaplatos (de categoría *junior*); ¡y nuestro blasón tendremos también! —Vadasz enunció enfáticamente—: Muebles: cabeza de jabalí perfilada, con manzano y campo de gules barrado de esmeralda y oro. ¡Bien! Ahora, echaremos la col y la crema cuajada...

Lisa se reía, sentada en la misma mesa y balanceando las piernas, mientras seguía mirando ardorosamente al atareado Vadasz, quien se afanaba por complacer a la hija de su anfitrión mientras éste se hallaba fuera. Prestó mucha más atención de la realmente necesaria a las hierbas y los condimentos.

—Mi madre me enseñó un dicho español —observó el trovador—: Para hacer una ensalada, se necesitan cuatro personas, a saber, una que se muestre espléndida con el aceite, un filósofo para saber proporcionar las especias y la sal, un tacaño para el vinagre y un loco para removerlo todo.

Lisa volvió a reír.

—¡Qué ingenioso es usted!

—¡Ea, a trabajar!

Y Vadasz volvió a afanarse a través de la cocina, cañando:

Había un hombre rico que vivía en Jerusalén.

Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
Llevaba un gorro en la cabeza
y su vestimenta era hermosísima.
Gloria, aleluya ¡hi-ro-de-rung!
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
Skinna-ma-rinky, cocoricó,
Skinna-ma-rinky, cocoricó.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!

—¿También es ésa una antigua canción? —preguntó Lisa cuando Vadasz se paró para recobrar alientos.

El trovador asintió con la cabeza.

—Me gustan mucho sus canciones —dijo ella.

Vadasz volvió a entonar:

Ahora, sentado a la puerta de su casa,
una piltrafa humana limosna pedia.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
Llevaba un sombrero en la cabeza
y un collar alrededor del cuello-ung.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!

Lisa cogió una cazuela y una cuchara para marcar el compás y le hizo coro:

¡Hi-ro-de-rung! ¡Hi-ro-de-rung!
Skinna-ma-rinky, cocoricó,
Skinna-ma-rinky, cocoricó,
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
Le pidió al rico un poco de pan y de queso.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
«A por los guardias iré» —dijo el hombre rico.

Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
¡Hi-ro-de-rung! ¡Hi-ro-de-rung!

De pronto, una fuerte voz de bajo se unió al coro; Gunnar Heim asomó la cabeza por la puerta de la cocina:

Skinna-ma-rinky, cocoricó,
Skinna-ma-rinky, cocoricó.

—¡Papá! —gritó Lisa llena de alegría.

Agarró a su hija, la lanzó al aire, la volvió a coger y comenzó a dar vueltas con ella por la cocina, loco de alegría, mientras Vadasz se acercaba a él lleno de júbilo. Heim se unió al coro, marcando el compás en unión de la chica, que gritaba:

El pobre se murió
y su alma al cielo subió.
Gloría, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
¡Hi-ro-de-rung! ¡Hi-ro-de-rung!
Skinna-ma-rinky, cocoricó,
Skinna-má-rinky, cocoricó.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!

—¡Oh, papaíto! —Lisa se moría de risa.

—Bien venido a casa —dijo Vadasz—. Por lo visto todo te ha salido bien.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó Heim—. ¿Dónde están los criados? ¿Por qué han puesto una estufa de camping en una cocina tan perfecta como ésta?

—Pues porque las máquinas podrán ser todo lo buenas cocineras que se quiera, pero jamás serán chefs —objetó Vadasz—. Prometí a tu hija un auténtico *goulash*; no uno de esos estofados *liofilizados*, sino un verdadero *goulash* húngaro, hecho como Dios manda y condimentado con buenas

especias.

—¡Estupendo! —exclamó Heim—. Pero mejor será que eche una mano...

—Nada de eso. Un húngaro nunca necesita más de otra persona para poner la mesa. Si lo deseas, puedes contribuir con alguna buena botella de vino tinto. Así pues, una vez más, bien venido a casa y me alegro de verte con tan buen humor.

—Con razón —dijo Heim frotándose las manazas y riéndose, hecho un tigre de contento—. Sí, realmente tengo motivos para estar de buen humor.

—¿Qué has hecho, papaíto? —preguntó Lisa.

—Siento mucho no podértelo decir, hijita; al menos por ahora.

Observó los primeros síntomas de enfado en la barbilla de la niña, y agregó:

—Es por tu propio bien.

—¡Has de saber que ya no soy una niña! —replicó airada.

—Venga, venga, no estropeemos la fiesta, Lisa —aconsejó el trovador—. ¿Querrías poner otro cubierto para tu papá? Vamos a comer a lo grande, Gunnar, en tu habitación soleada.

—Bien seguro —asintió la muchacha—. Pero ¿podré conectar el intercomunicador audiovisual, papá?

Heim se sonrió, se dirigió hacia el tablero central y pulsó el botón que hacía funcionar los receptores en cada habitación. Vadasz seguía cantando:

*Pero el hombre rico se moría,
ya no podía hacer tan buena vida.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
Al cielo ya no pudo subir,
y al infierno se tuvo que ir.
Gloria, aleluya...*

Y así siguió cantando hasta el final.

Cuando Heim regresó a la cocina, el trovador le dijo en voz baja para que

la muchacha no le oyera:

—Lisa no quiere perderte de vista ni un solo momento, ¿eh? Bueno —dijo mientras su fino rostro se ensombrecía—. Yo no pretendo... Ya sabes, Gunnar, qué...

—No te pongas triste por tan poca cosa —exclamó Heim pegando una cordial palmada en la espalda de Vadasz—. No te puedes imaginar cuánto mejor sería ver a Lisa girando en tu órbita en lugar de ese idiota de adolescente. Parece que todas mis cosas marchan como un reloj.

El rostro de Vadasz se iluminó:

—Lo creo; eso significa que has encontrado un medio especial para acabar con nuestros amigos de Alerion.

—¡Shh! —exclamó Heim, señalando la pantalla del intercomunicador—. Vamos a ver, ¿qué clase de vino he de encargarme para el principal plato?

—¡Vaya, hoy tenemos toda una lista! ¿Acaso quieres abrir un hotel?

—Para decir verdad, mi mujer trató de educarme en el conocimiento de los buenos caldos, pero no adelantó mucho. Me gusta beber, pero no tengo un gran paladar, y acostumbro tomar casi siempre cerveza o whisky.

En ese preciso momento, el rostro de Lisa apareció en la pantalla, riendo y cantando:

Y dijo el demonio:

«Esto no es una fonda.»

Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!

Al cielo ya no pudo subir

y al infierno se tuvo que ir.

Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!

Esto no es una fonda,

sino un infierno corriente y sencillo.

Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!

Vadasz se llevó el pulgar a la nariz y movió los demás dedos. La niña le sacó la lengua. Ambos hicieron mojigangas, pero ninguna tan chistosa como

las de Heim.

Desde que Connie falleciera, jamás se había celebrado en su casa una cena tan agradable como ésta; nunca había disfrutado tanto en su propio hogar. Luego no pudo recordar las cosas que se habían dicho (mayormente jocosas), pues más que una charla de sobremesa, fue una especie de abrazo general.

Lisa colocó los platos y toda la vajilla de la mesa en el cuarto de servicio y se retiró a dormir; incluso besó a su padre. Heim y Vadasz bajaron al estudio, cerraron la puerta, y allí se quedaron. Heim sacó una botella de whisky, cubitos de hielo y soda, llenó los vasos y levantó el suyo para brindar.

Vadasz chocó su vaso contra el de su amigo:

—¿Quién está por la Victoria? ¿Quién está por la Libertad? ¿Quién se marchará a su casa? —exclamó como si pronunciase una alocución de despedida.

—Brindo por todo ello —contestó Heim—. Pero ¿de quién son esas palabras, de algún personaje famoso?

—Las pronunció un tal G. K. Chesterton, hace un par de siglos, un conocido novelista y humorista inglés. ¿No has oído hablar de él? Bueno, en la Tierra ya hace tiempo que dejaron de preocuparse por esas cosas. Ahora, solamente en las colonias existen seres tan ingenuos como para pensar que las victorias son posibles.

—Quizá podamos hacerles cambiar de idea aquí también —objetó Heim, al tiempo que se sentaba y alcanzaba su pipa.

—Bueno —dijo Vadasz fríamente, pero con una especie de temblor en su cuerpo—, ahora tratemos de nuestros asuntos. ¿Qué ha pasado durante estos últimos días, mientras yo me sentía como un holgazán?

—Empezaré desde el principio —contestó Heim.

No tuvo reparo alguno en explicarle todo cuanto había sucedido desde su entrevista con Twyman, pues aunque su amistad con el trovador era de pocos días, tenía plena confianza en él.

El trovador no se mostró ni mucho menos asombrado por lo que le iba diciendo Heim.

—Ya sabía yo que no tenían la menor intención de recuperar Nueva Europa, puesto que nadie quería escucharme...

—Sin embargo, encontré a un tonto que sí quiso escucharme —dijo Heim. Y prosiguió su relato.

Cuando hubo terminado, Vadasz cerró su boca con un fuerte chasquido:

—¿Un pirata, Gunnar? ¿Hablas en serio?

—Absolutamente. Así se ha manifestado Coquelin y otros más con quienes he hablado.

La alegría de Heim había desaparecido. Chupó su pipa con avidez, echó el humo por las narices y dijo:

—Esta es la situación: Una nave pirata en la zona de Phoenix puede causarles perjuicios mucho mayores que los que pueden soportar. Además de deshacer sus planes, ello les obligará a movilizar cierto número de naves de guerra, bien para dar caza a la nave pirata o para defender sus convoyes. En consecuencia, las fuerzas de Alerion que se enfrentan con las nuestras en los confines espaciales, se verían reducidas a una proporción algo inferior. Entonces, cuando la Tierra haya consolidado sus posiciones, tanto en el espacio como en la mesa de negociaciones, nuestros traficantes de la paz ya podrán gritar cuanto les venga en gana, pero el hecho es que sin necesidad de ninguna gran batalla, sólo con que la nave pirata siguiera hostigando a las naves alerionesas, les obligaríamos a devolver Nueva Europa, y todavía les arrancaríamos algunas concesiones más para nosotros.

—Bueno, sí puede ser. Pero ¿cómo vas a conseguir esa nave de guerra? —preguntó Vadasz, cuyo rostro se había vuelto muy serio.

—Comprándola y armándola de nuevo. En lo que respecta al armamento, enviaré a un par de hombres de confianza en una nave rápida de la compañía hasta Staurn... ¿Ya sabes dónde está?

—Sí, conozco el lugar. ¡Ah, ah! —exclamó Vadasz frotándose las manos, mientras sus ojos empezaban a relucir.

—Pues allí mismo acabaremos de rearmar a nuestra nave. Luego habrá que zarpar hacia el sistema de Aurora.

—Pero... Desde el punto de vista legal, será una nave pirata —objetó el trovador.

—Ese es un punto que ya está estudiando el propio Coquelin. Pues asegura que, a su juicio, existe un medio para que todo sea legal y al mismo tiempo aplastar a Twyman y toda su pandilla. Sin embargo, se plantea un problema bastante complicado. Si la nave tiene que volar sobre Jolly Roger, entonces Coquelin está seguro de que Francia tendrá derecho a procesar a la tripulación, condenarla y luego indultarla. Naturalmente, los muchachos tendrán que quedarse luego en el territorio francés o bien abandonar la Tierra para siempre y marcharse a alguna colonia; pero todos ellos serán millonarios y Nueva Europa les haría, a buen seguro, un espléndido recibimiento.

Heim dejó escapar una fuerte bocanada de humo.

—No tengo tiempo de preocuparme de esos detalles —prosiguió—. He de hacer todo lo posible para llevar mi plan adelante e intentar que no me detengan. Pues, como comprenderás, ni Coquelin ni sus aliados en el Gobierno francés, ni ningún Gobierno o nación de la Tierra pueden realizar preparativos militares por su cuenta y riesgo, a no ser vulnerando la Constitución. Si, por otra parte, conseguimos algún apoyo oficial, sería posible legalizar finalmente la operación. De todas maneras, lo mejor será no reclutar a la tripulación en un solo país o en Francia exclusivamente. Así pues, todo depende de mí —afirmó Heim—. He de encontrar la nave, comprarla, armarla, abastecerla, contratar a una tripulación y mandarla al espacio; y todo ello en el plazo de dos meses, por cuanto durante ese mismo período habrán de iniciarse las conversaciones entre el Parlamento Mundial y la delegación de Alerion.

Heim puso cara triste al decir:

—Tendré que olvidarme totalmente de lo que significa dormir.

—Lo de la tripulación —objetó Vadasz— no deja de ser un problema peliagudo. ¿Cuántos hombres se necesitan?

—Digamos un centenar. Con esa cifra ha de sobrar. Sin embargo, la única manera de financiar esta aventura será la de capturar otras naves, lo cual significa que necesitaremos un botín. Por otra parte... hay que contar siempre con las pérdidas.

—Ya veo. Se necesita un centenar de hombres del espacio, experimentados y de confianza; de preferencia, habrán de ser hombres de la

Armada, puesto que las cosas se pondrán muy duras. Pero, ¿dónde encontrarles?

—Me ocuparé yo mismo —respondió Heim—. No es posible reclutar a la gente abiertamente para el corso. ¿Te das cuenta? Si no llevamos la operación en secreto hasta el último segundo, nos podemos ver en la cárcel y confiar en que el espíritu de Einstein nos saque de allí. Pero opino que, realizando los análisis psíquicos corrientes, lleguemos a descubrir la gente que necesitamos y la podríamos contratar.

—Pero, ¿quién le pone el cascabel al gato? —objetó Vadasz—. Quiero decir que dónde vamos a encontrar el psicólogo de confianza.

—No te apures. Haré que mi suegro, Wingate, me ayude a buscarlo. Es un astuto y viejo pillastre con tentáculos para agarrarse en todas partes y, si tenemos problemas en lo que se refiere a los de Alerion, podemos escucharle un momento.

Heim miró de soslayo al modelo del *Star Fox* que relucía en el interior de la estancia y agregó:

—No creo que resulte difícil encontrar a una tripulación normal. Cuando se suspendieron las dotaciones a la Armada, hace tres años, fueron muchos los que quedaron vagando por el planeta y acabaron por dimitir. Podemos intentar localizar a los que se vinieron a la Tierra. Sin embargo, tendremos dificultades para dar con un capitán y con un ingeniero jefe, pues no se encuentran así como así personas tan bien calificadas.

—Lo de un capitán no es ningún problema, Gunnar. Tú mismo puedes serlo.

—No —dijo Heim moviendo la cabeza de un lado a otro—. Me temo que no. Lo deseo (¡Dios sabe cuánto!), pero eso no es posible. No puedo dejar de mirar las cosas como son: las naves espaciales cuestan mucho dinero, así como los armamentos y todos los suministros. Según mis cálculos, probablemente tenga que liquidar todas mis pertenencias y, tal vez, malbaratar algo más para poder hacerme con una nave de guerra. En tales condiciones, sin mi presencia para afrontar el negocio, Heimdal podría irse a pique. No faltan quienes harán todo lo posible para que fracase. Además, la empresa la levantamos Connie y yo. Su padre nos impulsó a ello y mientras

mi mujer llevaba el despacho, yo estaba al frente del negocio; especialmente en los años iniciales, que son siempre los más difíciles. La empresa es lo único que puedo dejarle a mi hija.

—Sí, claro —dijo Vadasz con cierta compasión, agregando—: Y tampoco tiene a su madre. No puedes arriesgarte a que ella se quede, además, sin padre.

Heim asintió.

—Me perdonarás, pero yo también quiero ir —dijo Vadasz.

—Desde luego, Endre. Sería yo un cochino si te retuviera aquí. Incluso tendrás categoría de oficial: primer *steward*, lo cual significa que te encargarás principalmente de supervisar la cocina. Y además, me recordarás algunas viejas canciones... ¿Lo harás?

Vadasz no podía hablar. Miraba a su amigo entrañablemente, totalmente vinculado con sus proyectos, dispuesto a morir si fuese necesario, y allí mismo improvisó:

*Ahora la moral de la historia
es que los ricos no se lo toman a chungo,
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!
Todos iremos al cielo
porque todos estamos sin un ochavo.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!*

Pero el ritmo lo embargó y entonces se dio cuenta de lo que Heim había hecho y cuánto significaba. Y, abandonando su sillón, empezó a saltar por el estudio entonando a gritos su canción de victoria:

*¡Hi-ro-de-rung! ¡Hi-ro-de-rung!
Skinna-ma-rinky, cocoricó,
Skinna-ma-rinky, cocoricó.
Gloria, aleluya, ¡hi-ro-de-rung!*

VI

Del *Worldweek*:

31 de octubre:

«Gunnar Heim, principal propietario de la empresa americana Heimdal Motors, ha adquirido la nave *Pass of Bahama* a la British Minerals, Ltd. La transacción ha sorprendido en los medios navieros por su rapidez. Heim hizo una oferta demasiado buena como para rechazarla y, además, insistió en que debía tomar posesión de la nave en el acto.

»Ha anunciado que espera enviar una expedición en busca de nuevos mundos por colonizar. “Parece que nos hayamos perdido en el Phoenix — declaró al entrevistador de la 3V, John Philips—. Francamente, estoy sorprendido y disgustado de que no se haya tomado medida alguna en respuesta al ataque de Alerion contra Nueva Europa. Pero no puedo hacer mucho al respecto, a no ser el encontrar un nuevo emplazamiento para nosotros, y espero que tendremos el valor suficiente para defenderlo.”

»Tan grande y potente como un crucero, el *Pass of Bahama* fue construido en Glasgow para la prospección de minerales. Sin embargo, no se han hallado yacimientos suficientemente ricos para costear el gasto de una expedición interestelar, aun cuando en el sistema solar los haya por explotar. Por tanto, la nave ha permanecido en órbita terrestre durante estos últimos cuatro años. Sir Henry Sherwin, presidente del consejo ejecutivo de la British Minerals, le ha manifestado a Phillips: “Nos sentimos satisfechos de habernos librado de ese elefante blanco, pero debo confesar que me considero algo culpable a consecuencia de dicha operación.”»

7 de noviembre:

«El senador del partido libertario por California, Harold Twyman, uno de los más altos representantes de la delegación de la Federación Mundial

encargada de las conversaciones oficiales con los enviados de Alerion, hizo públicas el martes pasado unas declaraciones desmintiendo los rumores de una supuesta entrega de Nueva Europa. Twyman declaró entre otras cosas lo siguiente:

»»Ciertamente, sostenemos conversaciones con ellos. Se trata de un proceso largo y difícil. Los de Alerion son seres extraños a nosotros, desde el punto de vista biológico y cultural. Hemos sostenido muy pocos contactos con ellos en el pasado, y en la mayoría de los casos lo hicimos con un espíritu hostil. Ustedes no comprenden más que el lenguaje de la guerra. Algunos de los más eminentes xenólogos de la Tierra están trabajando día y noche, intentando conocer lo que obra en nuestro poder desde hace treinta años.

»»Sin embargo, lo que sí sabemos es que Alerion comparte algunas cosas con la humanidad. También son seres racionales. También desean vivir. Su antigua civilización, que logró asentarse hace un millón de años, puede enseñarnos muchísimo. E, indudablemente, nosotros podemos enseñarles recíprocamente algunas cosas. Pero nada podemos hacer de todo esto si no nos liberamos del círculo vicioso de la desconfianza, la rivalidad, la lucha y las represalias.

»»Por dicha razón, la Flota del Espacio Profundo ha recibido órdenes de no disparar, salvo en casos de defensa propia. Por ese mismo motivo no apremiamos al Gobierno de Alerion —si es que así se le puede llamar— para que salga del sistema Aurora. Por todo lo cual nos inclinamos a alternar con la honorable delegación de Alerion, la cual —cabe tenerlo siempre presente— vino únicamente por propia iniciativa de Alerion.

»»De acuerdo con la Constitución, solamente el Parlamento en pleno, goza de absolutos poderes para negociar con los Estados extrahumanos. De seguro, el Comité Ejecutivo se atenderá a esta ley. Pero no cabe esperar que un organismo tan grande, tan dispar y tan atareado como el Parlamento Mundial se convierta en la punta de lanza en un caso tan intrincado. Sus representantes cumplirán con sus obligaciones. Esperamos que dentro de unas pocas semanas tendremos terminado el debido proyecto para ser debatido. Entonces, estaremos lo suficientemente preparados para atender las objeciones al mismo. Sin embargo, de momento, resultaría gravemente

perjudicial para nosotros el movernos dentro de la máxima publicidad.

»»Repito, no obstante, que no estamos tramando ninguna traición a ninguno de los intereses vitales de la raza humana. La negociación radica en un proceso mutuo: hay que saber ceder para, a la vez, ganar un poco. Y los de Alerion son más conscientes de ello que algunos de los representantes de nuestra especie más joven y arrogante. Abrigo la esperanza de que, en última instancia, todos los hombres de buena voluntad estarán de acuerdo en que nos hallamos trabajando y hemos abierto una nueva y esperanzadora era en la historia cósmica. Los de Nueva Europa no han muerto en vano.»»

14 de noviembre:

«Viet van Rinnekom, de sesenta y ocho años de edad, vicealmirante retirado, fue atacado por una veintena de individuos cuando se dirigía a su domicilio de Amsterdam, resultando con fuertes contusiones. Los agresores huyeron, al grito de “¡Traficante de guerra!”, al presentarse la policía. Parece ser que esos individuos poseen doble nacionalidad. Van Rinnekom era un claro adversario de lo que él mismo califica de “apaciguamiento de Alerion”, y es el autor de la llamada Petición de la Humanidad, cuyos defensores están tratando de lograr mil millones de firmas para hacer que la Tierra emplee la fuerza, en caso necesario, para recuperar Nueva Europa. La mayoría de los sociólogos lo consideran como una evidente locura.

»El estado de Van Rinnekom es grave.

»En su despacho de Chicago, el doctor Jonas Yore, fundador y presidente de los Militantes Mundiales por la Paz, dio a conocer la siguiente declaración:

»»Naturalmente, esta organización lamenta el incidente y confía en la pronta recuperación del vicealmirante Van Rinnekom. Pero, seamos sinceros: solamente ha probado y experimentado en carne propia un poco de aquello por lo cual abogaba. El problema que se nos plantea es el de la vida o la muerte. El MMP se ha declarado por la vida. Desgraciadamente, son muchas las personas mal informadas que dieron rienda suelta a su emoción y no

hacen sino inclinarse por el derramamiento de sangre, sin pensar en las funestas consecuencias que pudiera acarrear un conflicto. El movimiento de los Militantes Mundiales por la Paz persigue la finalidad de combatir esta tendencia, luchar por el bien común y acabar por todos los medios con dicho atavismo. No. proferimos amenaza alguna, pero los militaristas han de guardarse.”»

21 de noviembre:

«El pasado martes la humanidad de todo el sistema solar pudo presenciar un acontecimiento sin precedentes. Cynbe ru Taren, miembro de la delegación de Alerion en la Tierra, participó en una emisión oficial de la 3V, contestando a una serie de preguntas formuladas por el príncipe Humberto de Italia en su calidad de representante de la Federación Mundial.

»Las preguntas habían sido seleccionadas entre las que fueran enviadas por una cantidad innumerable de telespectadores mundiales, estimándose su número en unos cuarenta millones, y entre las cuales Cynbe eligió una docena de los que figuraban en la lista final. Tal como lo subrayó, con el gran humor del que hizo gala durante toda la entrevista, “trece osos representan para ustedes una gran carga y, entre ellos, se hallan tanto los que les traicionaron como los que mataron”.

»En general, repitió las declaraciones ya conocidas acerca de la tragedia de Nueva Europa. A su juicio, las cosas ocurrieron de la siguiente manera: “Nuestras naves estaban realizando maniobras. Pasaron cerca de Aurora, y de todos es sabido que Alerion no reconoce otro tipo de soberanía en la zona de Phoenix. Probablemente, el jefe de las fuerzas terrestres lo interpretara como una agresión, pero la verdad es que nosotros hemos sufrido bastante. Cuando dispararon, contestamos más contundentemente quizá de lo que esperaban. Los restos de sus fuerzas penetraron en la atmósfera para obtener ventaja de la red de defensas radiactiva. Sin embargo, pudieron salvarse, pese a nuestros aparatos armados con proyectiles de varios megatones. La franja de ese continente colonizado y reivindicado que lleva el nombre de Pays d’Espoir se

encontraba precisamente debajo de nuestras líneas. Y a nivel orbital, los torpedos desencadenaron un huracán de fuego, de un extremo a otro de aquella costa. Cuando pudimos desembarcar, no quedaba nadie con vida, y los de la zona meridional también se vieron algo afectados por los cohetes. De allí proceden los que hemos traído hasta aquí, con gran pesar nuestro”.

»Pero, ¿por qué Alerion guarda ahora sus posesiones?

»”Nada bueno puede resultar de este embrollo. Una y otra vez los humanos han ido expulsándonos de los planetas que hemos descubierto hace miles de años, y cuya paz se halla quebrantada actualmente por las máquinas y las plantas de los terrícolas. Y en verdad, a menudo nos hemos visto en la necesidad de prohibir ciertos lugares y, en algunos casos, de expulsar a los primeros hombres que en ellos se habían establecido. Las razas que nos conocían desde hacía mucho tiempo acabaron por mostrarse hostiles a nosotros después de haber escuchado a los hombres y haberles comprado sus productos. Los recursos que necesitamos han ido agotándose, y como consecuencia de todo ello han empezado las tensiones, que muy bien pudieran desembocar en una guerra. Hace ya mucho tiempo que hubiésemos debido poner coto a esa situación.”

»¿Por qué Alerion no permite que un grupo de inspección de la Tierra se traslade a Nueva Europa?

»”Tomando en consideración el simbolismo de la cultura de ustedes, ello sería tanto como una muestra de debilidad o el reconocimiento de un error por nuestra parte. Además, no podemos exponernos al espionaje o a que allí pueda introducirse una misión suicida con bombas nucleares disimuladas. Nunca supondría yo que su Parlamento utilizara tal ardid, pero no puedo decir lo mismo de otras personas muy distintas que se encuentran en ciertos casos en el alto mando. Es posible que, más tarde, cuando se hayan establecido ciertos lazos de confianza...”»

28 de noviembre:

«La moda de Alerion ya se ha ganado a Norteamérica, alcanzando una

gran expansión tras la reciente aparición de Cynbe ru Taren en la cadena de la 3V la pasada semana; y como un meteorito se ha adueñado de los *teenagers* de las clases privilegiadas en numerosos países. También se han visto invadidos por la moda en el propio Departamento de Asistencia Pública. Ahora las muchachas quieren llevar, al igual que los muchachos, unas relucientes casacas de mallas metálicas. Ni las medidas disciplinarias de los profesores, ni las objeciones de los padres lograron refrenar a los jóvenes. Es preciso taparse los oídos para no verse asaltados por los maullidos que llegan de Alerion a través de la radio, los *jukebox* y las cintas magnetofónicas. Las danzas alerionesas se practican en todas las pistas de baile. El último viernes, la ciudad de Los Ángeles programó una emisión en la gran pantalla, retransmitida desde el Parque La Brea, y una transmisión diferida de la conocida entrevista con Cynbe; la policía tuvo que luchar durante tres horas para sofocar el tumulto promovido por unos cinco mil estudiantes.

»En un esfuerzo por saber si se trata meramente de un hecho pasajero, o bien de una especie de histórica manifestación del sincero deseo mundial por la paz, nuestros reporteros se han entrevistado con toda una serie de jóvenes en las diferentes capitales del globo. He aquí algunas declaraciones:

»Lucy Thomas, dieciséis años, Minneapolis:

»"Me encuentro precisamente en órbita hiperbólica a su alrededor. Aunque esté durmiendo, escucho la grabación. Estos ojos le hielan y le dejan pasmados a uno."

»Pedro Fraga, diecisiete años, de Buenos Aires:

»"Los de Alerion no pueden ser varones. No creo que puedan serlo."

»Machiko Ichikawa; quince años, de Tokio:

»"Los samurais les hubieran comprendido. ¡Tanta belleza, tanto valor!"

»Simon Mbulu, de dieciocho años, Nairobi:

»"Desde luego, me asustan, pero eso forma parte de la admiración."

»En París, Georges de Roussy, de diecisiete años de edad, amenazó ásperamente:

»"Ignoro lo que pueda haber dentro de esos jóvenes Camellos, pero le diré lo siguiente: a quienquiera que veamos ataviado de ese modo, le cortaremos la cabellera al rape."

»No pudo lograrse ningún comentario de los delegados que aún se hallaban reunidos.»

5 de diciembre:

«El miércoles desapareció Lisa Heim, de 14 años de edad, hija del conocido fabricante y eventual empresario de exploraciones Gunnar Heim. El hecho ocurrió en San Francisco. Los esfuerzos por seguir su rastro resultaron infructuosos hasta la fecha, temiéndose que haya sido raptada. Su padre ha ofrecido una recompensa de un millón de dólares americanos a quien “proporcione cualquier ayuda para reintegrarla al hogar”, agregando que aumentará la cifra de rescate si es preciso.»

VII

Uthg-aK'thaq retorció su cabeza hacia abajo, tanto como pudo —que no era mucho—, y dirigió directamente sus garfios quimioprensos hacia Heim. En esa posición, el hombre podía verle el tercer ojo situado en la parte superior de la cabeza, encima del orificio nasal. Sin embargo, eran los ojos situados lateralmente en la frente los que le dirigían aquella intensa mirada gris, tras dar varias vueltas. Un gruñido salió de aquella especie de boca sin labios:

—Así, pues, usted habla de la guerra. Nosotros, los de Naqsa, sabemos muy poco acerca de ella.

Heim retrocedió un paso, pues para un ser humano aquella criatura olía muy mal, a ciénaga. Sin embargo, tuvo que levantar los ojos, pues Uthg-aK'thaq le excedía en unos dieciocho centímetros de estatura. Por un momento, se preguntó si no sería ésta la razón por la cual existían tantos prejuicios contra los de Naqsa.

La explicación más corriente radicaba, sin duda, en su extraña apariencia. Uthg-aK'thaq recordaba a una especie de delfín, de un color amarillento,

parecido al de la bilis, y cuyas extremidades de la cola se hubiesen transformado en un par de cortas piernas con pies palmeados. Unas excrecencias que sobresalían por debajo de la gruesa cabeza le hacían las veces de hombros; los brazos eran incongruentemente antropoides, más aún si uno observaba su grosor y las membranas natatorias que salían del codo y llegaban hasta la pelvis. Excepto en la especie de buche que le servía de cuello, iba completamente desnudo y parecía ser un varón. Según los psicólogos, lo que más ofendía a los terrícolas no eran precisamente los rasgos inhumanos de aquellas criaturas, sino las diferencias en otros aspectos similares a los del *Homo sapiens*, tales como el olor, la baba, el regüeldo y el tipo sexual.

«Pero son principalmente grandes viajeros del espacio, prospectores, colonizadores, transportistas, y mercaderes que nos han hecho una gran competencia», se dijo Heim para sus adentros.

Estos rasgos nunca le habían molestado, pues los naqsanos eran astutos, aunque generalmente se comportaban con más ética que los humanos. Tampoco le molestaba su mirada; realmente, esos seres no dejaban de resultar atractivos si se les contemplaba sin temor de ninguna clase. Además, consagraban totalmente su existencia a los negocios. Sin embargo, la mayoría de los humanos se hubiesen ofendido al tener que alternar con los de Naqsa, aun teniéndoles bajo sus órdenes. Y... Dave Penoyer habría podido ser un capitán competente, pues había alcanzado la graduación de capitán de navío antes de abandonar la Armada; pero Heim no estaba tan seguro de que mostrara la suficiente firmeza si se enfrentaba con alguna dificultad de ese tipo.

Dejó las cábalas y la tristeza a un lado y dijo:

—Bien; se trata, en realidad, de un crucero pirata. ¿Sigue interesándole?

—Sí. ¿Se ha olvidado del día espantoso en que usted me encontró?

Heim no lo había olvidado. Remontando los rumores hasta su fuente, en cierta ocasión se había personado en el Departamento de Asistencia Social de Nueva York que reclamaba su presencia. El naqsano que se posaba en la Tierra quedaba prácticamente indefenso. Uthg-aK'thaq había viajado como consejero técnico a bordo de una nave, desde el planeta llamado Caliban,

cuya tribu más avanzada había optado por participar en la competencia espacial. Al entrar en el sistema solar, el inexperto capitán chocó con un asteroide que destrozó su nave. Los supervivientes fueron conducidos hasta la Tierra por la Armada, y los calibanistas pudieron regresar a su planeta. Pero como quiera que no existía ningún comercio directo con Naqsa y, teniendo en cuenta la crisis por la cual atravesaba también el mundo de Phoenix, no se dieron prisa alguna en repatriar a Uthg-aK'thaq.

Heim volvió a pensar: «En lugar de tratar con esos malvados bastardos de Alerion, el Parlamento haría mucho mejor en arbitrar un convenio para socorrer a los náufragos del espacio».

Luego dijo bruscamente:

—No es posible comprobar totalmente sus intenciones, al igual que podemos hacer con las nuestras. Debo tener confianza en su promesa y permanecer callado. Supongo que ya sabe que si propaga esta información, puede ganar lo suficiente como para poder regresar a su casa.

Uthg-aK'thaq emitió un murmullo, pero Heim no estaba seguro de si aquello era risa o indignación.

—Le he dado mi palabra. Yo también estoy resentido por culpa de Alerion. Es preciso asestarles un buen golpe, y..., ¿tendremos un buen botín para repartirnos, verdad?

—Sin duda. Desde ahora mismo, usted será nuestro ingeniero jefe, pues la nave tiene que partir pronto y sé que usted es el único que sabe cómo reparar cualquier fallo en el *principio Mach* de la dirección. Y ahora, vayamos a los pormenores.

Se oyó la voz de una muchacha en el intercomunicador que solamente estaba conectado en un canal:

—El correo, señor.

El corazón de Heim se estremeció, igual que cada día.

—Perdone, señor —dijo—, regresaré en seguida. Póngase cómodo.

Uthg-aK'thaq emitió una especie de silbido y se dejó caer en el sofá del estudio. Heim salió de la habitación.

Vadasz estaba sentado en el salón, con una botella en la mano. En los últimos días no había hablado mucho ni cantado una sola nota. La casa se

hallaba sumida en el más profundo silencio. Al principio, fueron muchos los visitantes: amigos y policías; Curt Wingate y Harold Twyman llegaron a la misma hora y se dieron un apretón de manos. Heim los vio a todos, salvo a Jocelyn Lawrie; su mente estaba hecha un lío, pues había tenido que proseguir con los preparativos de la nave porque ya no había nada más que hacer y apenas se dio cuenta cuando las visitas se aclararon. Se mantenía en pie gracias a las drogas. Aquella mañana había notado que todo seguía tan igual y anodino como antes.

Vadasz farfulló:

—Seguramente lo mismo, es decir nada.

Heim cogió el paquete de sobres que había sobre la mesa. El de debajo era plano; desgarró el plástico y apareció el rostro de Lisa.

Sus manos empezaron a temblar de tal modo que tuvo dificultades en conectar el pulsador del animador. Los labios tan parecidos a los de Connie se abrieron.

«Papaíto, Endre —dijo la débil voz—, estoy bien; quiero decir que no me han hecho daño. Una mujer me paró cuando estaba a punto de entrar en casa. Me dijo que su magneto se había aflojado y si quería ayudarla a sujetarlo bien. Como era una persona de la clase alta nunca pensé que fuera peligrosa. Iba bien vestida, se expresaba con mucha dulzura y tenía un coche y todo. Entramos en él y salimos disparadas como una burbuja. Luego me pegó con algo para aturdirme. Y me desperté aquí; no sé dónde me encuentro, es una gran mansión llena de habitaciones, cuyas ventanas están siempre cerradas. Dos mujeres están junto a mí. No tienen malas intenciones; sólo que no me dejan marchar. Dicen que es en bien de la paz. Por favor, haced lo que piden.»

Su voz pastosa indicaba que había sido narcotizada con antifóbicos. Pero, súbitamente, su voz se cortó cuando gritaba: «¡Estoy tan sola...!»

Y ahí terminó la proyección. Tras una larga pausa, Heim se dio cuenta de que Vadasz le insistía en que leyera una nota que asimismo se encontraba en el sobre. La puso en el visor para desenfraila. Decía así:

«Señor Heim:

»Durante semanas ha prestado usted su nombre y su influencia a los militaristas. En realidad, usted ha sufragado la publicidad y las manifestaciones alegando que existen sobrevivientes en Nueva Europa. Ahora hemos obtenido cierta información que indica que usted está tramando acciones más radicales para romper las negociaciones de paz.

»De ser cierto, la humanidad no se lo ha de permitir. En bien de la misma, no podemos permitir que esos rumores se conviertan en realidad.

»Su hija será guardada como rehén hasta tanto no comprobemos que usted se porta bien, que se haya firmado ya el tratado con Alerion y entendamos así que la situación ha quedado solucionada. Si, en el intervalo, usted manifiesta públicamente que ha mentado acerca de Nueva Europa y no hace nada más, le devolveremos su hija.

»Huelga decir que no deberá informar a la policía acerca de este mensaje. El movimiento en pro de la paz cuenta con tantos partidarios leales, en tantísimas partes, que lo sabríamos en seguida. En tal caso, nos veríamos obligados a castigarle, en la persona de su hija. Por el contrario, si usted se comporta de buena manera, recibirá noticias de ella de vez en cuando.

»Atentamente...,

»*Pro paz y seguridad.*»

Heim tuvo que leerlo tres o cuatro veces antes de empaparse bien del contenido del mensaje.

—Lleva el sello postal de San Francisco —dijo Vadasz—; esto no quiere decir nada.

Rompió el sobre y lo lanzó rabiosamente contra la pared.

—*Gud i himlen* —exclamó Heim, y se hundió en una butaca, mientras miraba fijamente algo indeterminado—. ¿Por qué no vinieron a buscarme a mí directamente?

—Ya lo hicieron —contestó Vadasz.

—¡Personalmente!

—Sería demasiado arriesgado meterse contigo. Una muchacha confiada resulta mucho más fácil.

Heim tuvo el presentimiento de que iba a llorar, pero sus ojos seguían como dos carbones encendidos.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró.

—No sé —respondió Vadasz, maquinalmente—. Depende en gran parte de quiénes sean ellos. Está claro que no se trata de nada con carácter oficial. Un Gobierno te detendría inmediatamente, alegando cualquier excusa.

—Entonces, son los Militantes. Jonas Yore —exclamó Heim, al tiempo que se levantaba del sillón y se dirigía hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —gritó Vadasz, cogiéndole del brazo. Pero era como tratar de detener a un alud.

—A buscar un arma; y a Chicago.

—No, espera; detente, ¡maldito loco! ¿No ves que lo único que harás es conseguir que la maten?

Heim se dominó y se detuvo.

—Yore puede estar enterado o no estarlo; a lo mejor, no está metido en este asunto. Es posible que los secuestradores mantengan el secreto o que se hayan limitado a interesar al Control de la Paz. Los secuestradores pueden encontrarse en el bando de los Militantes Mundiales de la Paz. La tensión estaba creciendo mucho, lo que explica estos hechos dramáticos: agredir a la gente en la calle, el rapto de tu hija, las manifestaciones de sus partidarios. Sí, la Tierra cuenta con muchos como ellos en las clases privilegiadas, engreídos por su inutilidad. Cualquier motivo puede valerles. La «paz» no es más que una mera excusa, un pretexto —concluyó Vadasz.

Heim volvió a coger la botella, llenó el vaso y se lo tomó sin resollar.

—Lisa está viva, Lisa está viva, Lisa está viva... —Se sirvió otro vaso de licor y se lo tragó de golpe—. ¿Cuánto tiempo vivirá? —gritó.

—¡Eh!

—Está con unos fanáticos. De todas maneras me odiarán, pase lo que pase. Y estarán asustados al pensar que pueda identificarles. ¡Endre, ayúdame!

—Tenemos muy poco tiempo —dijo Vadasz—. Vale más emplearlo en algo más provechoso que en simples reacciones histéricas.

Heim se recobró en el acto.

«Antes he sido responsable de las vidas de muchos hombres —pensó, y despertaron en él los viejos reflejos de mando—. Uno elabora todo un sistema teórico y luego elige el camino que peores resultados han de darle.» Su mente comenzó a funcionar con mayor nitidez y dijo:

—Gracias, Endre.

—¿Acaso no contarán con sus espías dentro de la policía? —preguntó Vadasz.

—No lo sé, pero contar con ella parece demasiado arriesgado.

—Entonces, cancelemos la expedición, renunciemos a lo que hemos dicho acerca de Nueva Europa y esperemos.

—Eso sería lo único que podríamos hacer para tener nuevamente a Lisa en casa, pero creo que eso también sería un error.

—Entonces, ¿qué nos queda? ¿Retroceder? ¿Ir en busca de unos detectives privados y que investiguen?

—¿Por todo el planeta? Bueno, podríamos probarlo, pero no. He estado luchando, en medio de la niebla, hasta conseguir la idea de la nave corsaria, ¿y ahora volver a sumirse en la bruma para tener que abandonar la empresa? Hay que hacer algo definitivo, antes de que se enteren y sea demasiado tarde. Tienes razón, Vadasz, carece de sentido amenazar a Yore como asimismo hacerle un llamamiento. Pero, ¿qué es lo que persiguen? ¡Si pudiéramos saberlo!

Heim rugió. Vadasz casi se pegó un porrazo al ir a descolgar el teléfono.

—¡Eres un demonio, Gunnar!

Heim abrió un cajón y sacó su guía privada. Ahora figuraba en ella el número secreto, la clave particular de Coquelin y su circuito. Y las nueve y treinta en California, eran las cinco y treinta de la tarde en París. Sus dedos pulsaron las clavijas.

Un secretario particular apareció en la pantalla.

—*Bureau de... Oh, monsieur Heim!*

—*Donnez-moi monsieur le Ministre, tout de suite, s'il vous plaît!*

Pese a las graves circunstancias, Vadasz dio un respingo por lo que Heim creía ser un buen francés, pues lo pronunciaba pésimamente.

El secretario comprobó la imagen que tenía ante sí, suspiró y apretó el botón. En el acto apareció el rostro de Michel Coquelin.

—Gunnar, ¿qué pasa? ¿Tiene noticias de su hija?

Heim le explicó cómo estaban las cosas. Coquelin empalideció. El también tenía hijos.

—Sólo veo una salida —dijo Heim—. Mi tripulación ya está reunida; todos son muchachos fuertes. ¿Sabe dónde se encuentra Cynbe?

—¿Está loco? —tartajó Coquelin.

—Deme los datos necesarios: localización; cómo entrar allí; disposición de los centinelas y del sistema de alarma —dijo Heim—. Todo lo haré desde aquí. Si fracasamos, no le involucraré. Salvaré a Lisa, o intentaré salvarla, dando a los secuestradores una alternativa: los desacredito a ellos y todo su movimiento, arrojando toda la carga; o bien, tras haber recobrado a mi hija, diré al mundo que mentí y demostraré mi remordimiento suicidándome. Podemos arreglar las cosas de tal manera para que se den plena cuenta de que cumpliré mi palabra.

—Yo no puedo...

—Ya sé que le cuesta, Michel —dijo Heim—. Pero si no me ayuda, entonces yo estoy atado. Tendré que hacer exactamente lo que quieren. Y en Nueva Europa morirá medio millón de personas.

Coquelin se mojó los labios, enarcó sus espaldas y preguntó:

—Suponga usted que le digo que sí, Gunnar, ¿qué ocurriría entonces?

VIII

«El yate espacial *Flutterby*, GB-327-RP, llamando a Georgetown, isla de la Ascensión. Nos hallamos en peligro. Contesten, Georgetown; contesten, Georgetown, contesten...»

El silbido del aire, cortado por la nave, iba incrementándose hasta

convertirse en un rugido. El calor apretaba a través del protector de proa. Los visores del puente parecían presos de las llamas y la pantalla del radar estaba como enloquecida. Heim se sujetó más firmemente las correas y trató de dominar el timón de mando.

«Guarnición a *Flutterby*.» La voz inglesa apenas podía distinguirse, bajo las masas de aire, que se agitaban al paso de la atmósfera ionizada que envolvía aquel meteorito de acero. «Le hemos captado. ¡Adelante, *Flutterby*!»

«Manténganse dispuestos para un aterrizaje de emergencia —ordenó David Penoyer. Su cabello amarillento estaba como empastado por el sudor—. Cambio.»

«No puedo aterrizar aquí. Esta isla está provisionalmente cerrada al tráfico. Cambio.»

Las interferencias hacían que las palabras llegaran confusas.

Los motores rugían a todo gas. Los campos de fuerza entretejían su danza cuatridimensional a través de los gravitadores. Los compensadores internos se mantenían invariables, y no se percibía la deceleración que hacía rugir el casco de la nave; pero, suavemente, ésta iba perdiendo velocidad hasta cesar el efecto térmico. A través de los tragaluces, ya podía divisarse la gran curva del Atlántico Sur. Las nubes se expandían como enormes bolas de lana rebosantes de luz. La línea del horizonte era una profunda arista azul que perforaba el negro espacio.

«¡Diantre, no podemos! —exclamó Penoyer—. Cambio.»

«¿Qué es lo que no marcha bien?» Esta vez la percepción fue más clara y fuerte que las anteriores.

«Algo estalló cuando alcanzamos la velocidad suborbital. Tenemos un agujero en la cola y no sentimos pulsación alguna del timón. Contamos con muy poco control del mando principal. Pienso que podemos tomar tierra en Ascensión, pero no me pregunten dónde. Cambio.»

«Pósenle sobre el océano y les enviaremos un bote. Cambio.»

«¿No me oyó, viejo? Estamos listos. Nos hundiremos como una piedra. Quizá podamos salir con los trajes espaciales y los chalecos salvavidas; o quizá no. Pero sea como sea, lord Ponsonby no se sentirá satisfecho de perder

un yate de un millón de libras. Tenemos el derecho legal de salvarlo si podemos. Cambio.»

«Bueno, aguarde, le pondré con el despacho del capitán.»

«Nada. Ya no hay tiempo; no se preocupe. No nos arriesgaremos a estrellarnos contra la guarnición. Nuestro vector está orientado hacia el sur. Intentaremos posarnos en una de las altiplanicies. Ya les transmitiremos una señal, tan pronto como estemos abajo, la cual consistirá en golpecitos más frecuentes. ¡Deséenos suerte! Cambio y fin de la transmisión.»

Penoyer oprimió el mando y se volvió hacia Heim.

—Sería mejor que ahora fuéramos más rápidos —gritó por encima del estruendo—. Tan pronto como nos Oigan enviarán algunos aerodeslizadores armados.

Heim asintió moviendo la cabeza. Durante aquellos segundos de conversación el *Connie Girl* había continuado a toda marcha. El paisaje tenebroso y salvaje subía hacia la nave. Sus detectores registraban metal y electricidad, que muy bien podían proceder de la guarida de Cynbe. La Montaña Verde alzaba su brumosa cuna entre la nave y los radares situados en Georgetown. Ya no necesitaban utilizar más que el mando principal. ¡Aquello había sido tremendamente arriesgado y estuvieron rozando la muerte!

Heim conectó el timón trasero. La nave se deslizó en arco, aullando como un lobo. Un minúsculo campo de aterrizaje, construido a base de roca volcánica, apareció en sus visores. Allí fue a parar, con un tremendo estampido al comprimir el aire, y vomitando polvo en dirección al cielo.

Los gatos hidráulicos tocaron el suelo. Puso los motores a marcha lenta y se soltó las correas.

—Encárgate, Dave —ordenó. Y accionó el principal compartimento de aire.

Se presentaron los hombres que habían de acompañarle, todos ellos con sus trajes espaciales. Sus armas relucían por encima de sus cabezas. Descorrió, con sádica lentitud, el sello de seguridad que abría el cerrojo. La luz de la tarde penetró en el compartimento. Fue el primero en ponerse en camino, saltando la rampa antes de que hubiera acabado de accionar, y se

dejó caer en la polvareda que se levantaba.

Tal como había dicho Coquelin, en el campo se alzaban tres desiguales obras: un barracón para quince hombres, un cobertizo para un vehículo y una cúpula para la observación del terreno circundante. Los cuatro centinelas que montaban la guardia delante de esta última apuntaron sus armas, totalmente estupefactos. Y los dos hombres que acababan de llegar sobre un GTA móvil, lanzador de cohetes, también se quedaron pasmados. Naturalmente, el cuartel general de Georgetown les había dado por teléfono la orden de no disparar, si detectaban una nave espacial. El resto de los hombres iba saliendo rápidamente del barracón.

Heim los fue contando. Algunos aún no estaban a la vista... Avanzó pesadamente hacia ellos.

—Un aterrizaje de emergencia —dijo—. Vi su campo y...

El joven oficial, con la insignia de teniente del Cuerpo de Control de la Paz, quien parecía tener el mando de la guarnición, estaba aterrado.

—Pero... —exclamó llevándose una mano al cuello.

Heim se acercó.

—¿Qué hay de malo en ello? —preguntó—. ¿Por qué no habíamos de utilizar su campo?

Sabía muy bien que las preguntas eran perversas, pues, oficialmente, el Cuerpo de Control de la Paz no admitía la existencia de aquella guarnición.

Las altas personalidades que componían la delegación de Alerion no podían albergarse juntas. En su país, nunca habían vivido de esta manera y hubiese sido como un insulto no concederles, al menos, la discreción total. Por lo tanto, tenían que diseminarse por la Tierra. La isla de la Ascensión constituía una buena preferencia. Salvo una pequeña base de la Policía Marítima Mundial, hasta entonces no había en ella nada más, cosa que garantizaba la mayor discreción a las idas y venidas.

—Órdenes —dijo el teniente. Miró de soslayo la lanza plateada de la nave y agregó—: Me parece que no han sufrido ninguna avería.

Heim podía fingir un nombre y una matrícula para el *Connie Girl*, pero no una avería. Del barracón salieron los dos últimos hombres. Heim levantó su arma y apuntó.

—Al otro lado —dijo, al mismo tiempo que bajaba la mano y producía un chasquido con los labios.

Dos de sus hombres se hicieron para atrás, en el compartimento de aire de la nave. El cañón de gas que habían escondido asomó el morro. Bajo una presión de cincuenta atmósferas, el aerosol anestésico estaba hirviendo.

Un centinela abrió el fuego. Heim echó cuerpo a tierra. Una bala se estrelló en una roca delante de sus ojos. El torrente amarillo fluyó por encima de su cabeza, atronando el aire. Ahora su tripulación avanzaba resueltamente, pero sin armas mortíferas. Se hubiesen dejado ahorcar antes que matar a unos seres que cumplían con su deber, pues se trataba de un ataque de hombres que ya habían presenciado muchos combates y cuya única misión era evitar éste. No precisaba la muerte.

Finalizó la breve y salvaje lucha. Heim se levantó y se dirigió hacia el cobertizo central. Zucconi y Lupowitz iban tras él, llevando entre ellos un ariete sobre un soporte de gravitación. Mientras tanto, el equipo sanitario del *Connie Girl* se afanaba en atender a los guardianes de la paz caídos, proporcionándoles los primeros auxilios.

—Aquí —dijo Heim a los que le seguían.

Zucconi y Lupowitz, dejaron el ariete y pusieron el motor en marcha. El martillo de acero, de quinientos kilos de peso, golpeó el muro del edificio con una frecuencia de sesenta ciclos. La niebla soporífera acompañaba el estruendo del ariete. La pared se desmoronó, abriendo el paso. Heim se lanzó al interior entre la roja luz que lo inundaba.

Una docena de hombres le siguieron.

—Tiene que encontrarse por aquí —gritó Heim—. Separémonos; disponemos solamente de tres minutos antes de que lleguen los polizontes.

Se adentró en la selva, al buen tuntún. Las ramas se retorcían, las enredaderas se quebraban; por doquier pisaban montones de flores. Una sombra pasó fugaz.

—¡Cynbe! —Heim dio un salto.

La llama de un rayo láser le chamuscó. Heim sintió el calor y observó cómo el peto protector se vaporizaba bajo el fuego abrasador. Estaba, pues, sobre el de Alerion. Soltó su arma.

—Si hubiese estado más cerca me podía haber asado bajo el metal hirviente.

Cynbe enseñó los dientes con rabia y lanzó su cola a los tobillos de Heim. El hombre vaciló, pero aún pudo aguantarse de pie. Sus hombres llegaron y se apoderaron del maestro intelectual del Jardín de la Guerra. Fuera, Cynbe aspiró una bocanada de vapor y avanzó renqueando.

Heim pensó: «Espero que los biomedios sean justamente algo inofensivo para él».

Se dirigió al campo y no tuvo tiempo para pensar más. Un par de aparatos de las fuerzas de Control de la Paz ya aparecían en el cielo. De pronto, se pusieron a planear como halcones. Sus armas perseguían a los tripulantes de la nave de Heim; la línea de explosiones venía como respunteando hacia él; oyó un estruendo y sintió una especie de desgarramiento en el yelmo que protegía su cabeza.

—¡Abrid! —gritó. Su garganta estaba en ascuas. El sudor empapaba toda su ropa interior—. ¡Dejad que veamos al que os lleváis!

Los aparatos zumbaban y ascendían por el aire.

—Intentarán desmantelar mi nave, si no logramos escapar rápidamente —gritó Heim.

La rampa de acceso se encontraba allí mismo, tremendamente empinada. Una escuadrilla hizo su aparición sobre la Montaña Verde. Heim se detuvo en el fondo de la rampa. Sus hombres se movían a toda prisa. Cynbe ya estaba a bordo; todos se metieron en la nave en el preciso instante en que uno de los aparatos se lanzaba contra ella. Pudo oír cómo las balas pasaban rozando la rampa junto a él.

La subió velozmente y se metió en la nave.

—¡Cerrad el panel! —ordenó.

Alguien puso el cerrojo. El *Connie Girl* se levantó sobre su cola, rumbo al cielo.

Heim permaneció un rato donde se encontraba.

Luego abrió su yelmo y se trasladó al puente. El espacio estaba resplandeciente de estrellas, pero muy pronto la Tierra se las volvió a tragar.

—Vamos escapando, ¿no es así? —preguntó.

—Desde luego —contestó Penoyer.

Ya se había calmado la tensión que lo embargaba y su rostro infantil era toda una sonrisa burlona.

—Sigue adelante, más allá de la altura máxima que puedan alcanzar esos aparatos, y salgamos lo antes posible de la línea de radar del horizonte.

Luego, la nave describió una marcada línea curva en la atmósfera, intentando adelantarse al momento en que los detectores orbitales del Control de la Paz fueran alertados. Ahora se dirigían, a enorme velocidad, hacia la zona alejada del planeta. Había sido una operación sin grandes peligros y bien pensada para un corsario. Si todo seguía por el mismo camino, las cosas saldrían estupendamente.

Heim se abrochó el traje espacial, recuperó su acostumbrada firmeza y empezó a comprobar todas las dependencias con el intercomunicador. Todo estaba en orden, salvo algunos pequeños impactos de balas en las planchas exteriores de la nave. Lupowitz vino entonces a informarle:

—Señor, el prisionero está despierto.

Heim no sintió nerviosismo alguno, puesto que su ánimo iba fortaleciéndose.

—Llévele a mi camarote —ordenó.

La nave prosiguió su marcha, a través de la noche. El rumbo que seguía no dejaba de ser muy importante. La República rusa se desentendía, afortunadamente, del Control del Tráfico como de todo lo demás y, guardando las debidas precauciones, era posible aterrizar en medio de la oscuridad en la tundra siberiana sin ser detectado. Heim notó que la toma de tierra se efectuaba con suma suavidad. Cuando los motores se pararon, el silencio se hizo pavoroso.

Dos hombres armados, situados fuera del camarote, saludaron en señal de triunfo. Heim cruzó el umbral de la puerta y la cerró.

Cynbe se hallaba de pie, junto a la litera. Solamente movía la extremidad del rabo y su cabellera ondeaba al soplo de un ventilador. Pero, al reconocer a Heim, su hermoso rostro dibujó una sonrisa escalofriante.

—¡Ah! —exclamó.

Sin inmutarse, Heim hizo el tradicional saludo de los de Alerion.

—*Inbiac*. Le ruego me perdone; estoy desesperado.

—Ello debe ser cierto —murmuró Cynbe—, si de tal modo cree usted desencadenar la guerra.

—No, no pienso en ello. Eso solamente podría aumentar mi desgracia; y crea que ya es bastante. Sólo deseo pedir su ayuda.

Los ojos verdes de Cynbe se estrecharon.

—Su manera de solicitármela no deja de ser extraña, capitán.

—No cabía otra solución, créame... Le ruego que me escuche: En la Tierra, las cosas han llegado a un punto tal de tensión entre las facciones pro paz y las que abogan por la guerra, que ya estalló la violencia. Hace unos días secuestraron a mi hija. Y he recibido un mensaje diciendo que si no fustigaba a los partidarios de la guerra, la matarían.

—Lo siento, pero, ¿qué puedo hacer yo?

—No pretendo disculparme. Si me retractase, usted lograría una ventaja distinta y no habría motivo para solicitar su ayuda. Ahora bien, prescindiendo de lo que yo pueda hacer, no puedo creer en que me devuelvan a mi hija. Así es que no tuve más remedio que obrar por mi cuenta y riesgo. Soborné a alguien que sabía dónde se encontraba usted y con ese fin recluté a estos hombres; y ahora telefonearemos al jefe de la Organización de los Partidarios de la Paz.

El rabo de Cynbe se movió.

—Supongamos que me niego —dijo con su voz musical.

—En tal caso —respondió Heim sin el más mínimo rencor— tendré que matarle. Ignoro si ello le asusta o no, pero su delegación ha de reunirse esta misma semana con el Parlamento Mundial, y se verán privados de su experto militar, lo cual no dejaría de ser una gran desventaja... De todas maneras, tras la polvareda que he levantado, ya no hay modo de proceder con suavidad.

—No ha de acabar con mi vida, capitán, puesto que yo nunca habría de denunciarle...

—Solamente le pido que coopere, que me ayude y le dejaré en libertad. Sólo deseo que me devuelvan a mi hija. ¿Por qué habría yo de cometer un crimen, cuando el planeta entero está pendiente de una solución? A buen seguro, me localizarían de inmediato. El tipo de esta nave es muy corriente y,

además, no tengo ninguna coartada para el secuestro de usted.

—Aún no me ha preguntado cuál es la razón que me mueve a no denunciarle a usted —dijo Cynbe.

Heim se encogió de hombros.

—De todas maneras, ello iría en contra suya. La historia trascendería y es demasiado desagradable: un padre al que han hecho volver loco los irresponsables Militantes de la Paz, y así sucesivamente... Yo podría presentar mi documentación acerca de Nueva Europa ante un tribunal público. Daría testimonio y probaría todo cuanto usted manifestó últimamente frente al neoscopio. ¡Oh!, ya lucharía con todas mis bazas... En la tierra, las opiniones están muy equilibradas. Mi juicio no dejaría de pesar mucho en la balanza, créalo.

Cynbe pestañeó y se golpeó suavemente la barbilla con la mano.

—De hecho —prosiguió Heim—, lo mejor que podría hacer usted sería decir a la Organización de Partidarios de la Paz que ha sido secuestrado por una pandilla de individuos no identificados, quienes desean sabotear el tratado. Debería persuadirles de que, desde su propio punto de vista, es lo peor que pueden hacer. Y le soltaremos. Luego, insista en que nuestras propias autoridades silencien todo el asunto. A buen seguro que lo harán, si usted lo pide, pues en las circunstancias actuales no resultaría conveniente un escándalo público.

Pero Cynbe seguía sumido en sus meditaciones.

—Cynbe —continuó Heim con su voz más suave—, no entiende usted a los humanos. Somos tan extraños para ustedes como ustedes lo son a nosotros. Hasta la fecha nos han ido engañando bastante bien. Pero si surge una nueva diferencia, ¿de qué le servirán todos sus cálculos?

Los ojos de Cynbe parecieron abrirse y declaró:

—Por lo visto, usted no lleva arma alguna. Si no le ayudo, ¿cómo va a matarme?

—Con estas manos —dijo Heim, haciendo ademán de estrangularlo.

El de Alerion soltó una carcajada y exclamó con su voz cantarina:

—Capitán del *Star Fox*, vamos a conectar el radiófono.

En Chicago ya era bien entrada la mañana. El rostro puritano de Jonas

Yore observaba la pantalla con claro disgusto.

—¿Qué desea, Heim?

—¿Sabe que mi hija ha sido secuestrada?

—No, bueno; quiero decir que no lo siento por ella, sino por usted; pero, ¿qué tengo yo que ver en el asunto? No poseo ninguna información.

—Obra en mi poder la información según la cual los secuestradores pertenecen a la facción de la paz. Por de pronto, no le acuso a usted de estar involucrado en este asunto. Todo grupo tiene sus ovejas negras. Pero si hace circular la noticia como si nada, si efectúan llamadas directa o indirectamente a todos los miembros de —la organización, pueden dar con ellos. Mire aquí, bribón. Ponga en marcha su grabadora, esto es muy importante: voy a presentarle al delegado Cynbe ru Taren.

A pesar de todo, el corazón de Heim estaba a punto de estallar.

La voz del delegado de Alerion se dejó oír en el altavoz:

—¡Dios mío! —exclamó Yore entrecortadamente.

—El capitán Heim se ha dignado apelar a mí, en nombre del honor —canturreó Cynbe—. Estamos unidos por los lazos de quienes, en tiempos, combatieron juntos. Mi antigua raza no puede cubrirse de vergüenza. Si la niña no es devuelta a su casa, nos alejaremos de este planeta y recurriremos a la purificación de la guerra abierta. Por eso recabo su ayuda.

—M-m-mi... lord... Yo... ¡Sí, milord! ¡En seguida!

Heim desconectó el aparato. Estaba jadeante y le temblaban las rodillas.

—¡Gra-a-cias! —tartajeó—. Tan pronto como Vadasz me notifique que mi hija ha sido devuelta a casa, saldremos de aquí y le dejaré cerca de alguna ciudad.

—Cynbe le estuvo mirando unos segundos antes de contestar y sonriéndole, dijo:

—Capitán, ¿juega usted al ajedrez? De todas las cosas de la Tierra, ésa es la creación más refinada. Me gustaría que usted no lo olvidara ni por un momento.

—Gracias, no juego —contestó Heim—. Usted me haría mate en cada partida. Será mejor que me dedique a hacer desaparecer nuestra falsa matrícula. Voy a salir unos minutos.

Heim estaba satisfecho del frío invernal que reinaba en el exterior. Se hallaba a punto de subir la rampa, cuando la silueta de Cynbe se recortó en la puerta del compartimento de aire.

—¡Capitán —gritó con voz ronca—, venga rápido! El trovador le llama desde casa. ¡Ella ha vuelto!

Heim corrió, alocado, olvidándose hasta del lugar en que estaba el intercomunicador. Por fin se metió en el camarote de la radio y cerró la puerta. En la pantalla, Usa le estaba mirando.

«¡Papaíto!»

—¿Te encuentras bien, hijita? —gritó tendiendo las manos, que chocaron contra la pantalla.

«Sí; ellos... nunca me hicieron daño. Me narcotizaron. Cuando me desperté, estábamos aquí, en la ciudad. Me dijeron: “Toma esa acera”, pero yo aún estaba bajo los efectos de la droga y no presté atención alguna al número del coche. ¡Apresúrate a venir a casa, por favor!»

—Lo haré; dentro de dos o tres horas estaré ahí.

Los efectos de la droga la habían dejado más tranquila que él lo estaba. La niña prosiguió:

«Creo que sé cómo ha ocurrido, papaíto. Lo siento muchísimo. Aquella noche, tú y Endre hablasteis acerca de tu..., bueno, ya sabes, y os olvidasteis de desconectar intercomunicador general... Yo escuché desde mi habitación.»

Entonces, Heim recordó lo reservada y misteriosamente que se había comportado su hija durante las semanas siguientes. Había registrado la conversación, con objeto de impresionar a Vadasz. Ahora, al conocer su descuido, se le revolvía el estómago.

«¿No es verdad? —preguntó Lisa—. Pero yo nunca he dicho nada. Te lo juro. Solamente que, una vez, cuando Dick y otros muchachos me molestaron porque yo no quería saber nada de esas estupideces de la moda de Alerion, perdí la cabeza y les eché en cara que un ser humano valía por cien de aquellos reptiles y que mi padre iba a probarlo... Jamás dije otras cosas. Pero creo que cuanto manifesté lo captó alguien más, pues aquellas mujeres estuvieron preguntándome qué quería decir con aquellas palabras. Les

respondí que todo era pura fanfarronería. Incluso, cuando me amenazaron con que me pegarían, les dije que fueron bravatas, desplantes, y me parece que me creyeron, puesto que nunca me pegaron. Por favor, no pierdas demasiado el juicio, papaíto.»

—No lo he perdido —replicó ásperamente—. Me siento más orgulloso de lo que merezco. Y ahora, vete a la cama y descansa. Estaré en casa lo antes posible.

«Te he echado mucho de menos, papaíto», dijo finalmente Lisa, y desconectó.

Entonces, Heim sí pudo llorar.

El *Connie Girl* despegó inmediatamente y, al cabo de unos momentos, volvió a aterrizar a un kilómetro más o menos de la ciudad de Kranoie. Heim acompañó a Cynbe hasta tierra. Estaba ésta totalmente helada y pisoteada. Se divisaban unas cuantas luces en las casas cercanas; muy tenues, comparadas con las estrellas invernales.

Con brusquedad, Heim se dirigió al delegado de Alerion, ofreciéndole una capa de abrigo.

—Tome usted esto; lo necesitará.

—Mil gracias —dijo Cynbe bajo los copos de nieve que estaban cayendo—. Cuando sus autoridades me atrapen, les hablaré tal y como usted me ha sugerido. Eso es lo más deseable para Alerion, y también para mí, pues me gustaría que ya dejara de sufrir.

Heim estuvo observando la delgada costra de nieve. Chisporroteaba como el pelaje de Cynbe.

—Lamento lo que hice —murmuró—, pero no había otra forma de tratarle.

—Prescindamos de todo sentimiento de ira —dijo Cynbe en voz baja—. No sabía yo que los humanos sintieran tanto cariño por sus hijos. Bueno, hemos de despedirnos.

—Adiós. —Y esta vez Gunnar Heim le estrechó la mano.

La nave volvió a salir disparada hacia el cielo, hasta encontrar la altura

orbital y hacer rumbo a Mojave-Port. En todo cuanto concernía a la Tierra, la nave había ido a comprobar el cargamento de un crucero estelar. Heim estaba realmente sorprendido al observar lo tranquilamente como iba a volver a ver a su hija.

Y, sobre todo, teniendo en cuenta que habría de ser por un breve espacio de tiempo, pues la nave debía volver a zarpar a los pocos días, capitaneada por él.

Así tenía que ser. El mal se había vuelto tan fuerte que no se atrevía a enfrentarse con él, a menos de contar con todas sus fuerzas: y éstas se encontraban entre las estrellas y no en esta enfermiza Tierra. Además, no merecería ser el padre de Lisa si enviaba a los hombres solos, sin él, en contra de los que habían intentado asesinarla; tenía que participar personalmente en la lucha.

La niña se encontraría segura, al cuidado de su suegro, Wingate. En cuanto a la empresa Heimdal, sobreviviría o no sin él, pero en estos momentos eso no tenía ninguna importancia. El abuelo de Lisa podía ofrecerle todo cuanto ella precisara en cualquier circunstancia. Y no había que olvidar las posibilidades que tendría con las eventuales capturas: ¡el botín de los corsarios! Heim soltó una carcajada, y pensó: «Es muy posible que esté influenciado por el egoísta y atávico deseo de desafiar al infierno. Muy bien, ¿y qué pasará si lo hago? Las cosas han de ser así y no de otra manera».

IX

Celebraron unas tempranas Navidades. El árbol resplandecía, abandonado en el salón. Afuera, una fina lluvia salpicaba los cristales de las ventanas.

—¡Es tan horrendo —exclamó Lisa— que tenga que haber una guerra!

—No la habrá, hijita —dijo Heim—, pues en realidad, es lo que estamos tratando de evitar.

Ella le miraba, azorada.

—Si no cerramos el paso a los de Alerion surgirán más complicaciones;

las cosas empeorarán cada vez más y siempre iremos perdiendo hasta que, finalmente, la Tierra quedará arrinconada. Y una vez arrinconada, sitiada por todas partes, la raza humana tendría que luchar continuamente con todos los medios a su alcance. Planeta contra planeta; eso sería el caos más tremendo. Lo que hemos de hacer es mostrarles ahora mismo que no estamos dispuestos a dejarnos avasallar. Luego podremos hablar de negocios con ellos, pues el espacio es lo suficientemente grande para que todos quepamos en él, a condición de que todos respetemos el derecho de los demás a existir.

Y poniéndose la capa, Heim dijo:

—Será mejor que partamos.

Se dirigieron al garaje, situado en los bajos de la casa; Heim, su hija, el abuelo y dos hombres fornidos encargados de guardar a la muchacha mientras se solventaba el asunto, subieron al aerodeslizador junto con Vadasz.

El aparato se deslizó hacia el exterior y despegó en medio de la tormenta. El casco de la pequeña nave vibraba y resonaba bajo los embates del viento huracanado, pero pronto alcanzaron las capas superiores del aire y se sumieron en el azul sereno del cielo, volando por encima de la blanca alfombra de nubes.

Wingate encendió un puro y echó una bocanada de humo, hinchando sus mofletes de cascanueces. Finalmente, farfulló:

—Odio estas esperas de despedida. Aquí, sentados, podríamos pensar en decir alguna cosa. Vamos a conectar con el Parlamento.

—Por ahora no vale la pena —replicó Heim—. Esperarán a celebrar una semana entera de debates preliminares antes de invitar a la delegación de Alerion. Cada uno de los doscientos políticos deseará que le escuchen por lo menos una vez.

—Sin embargo, según las noticias de ayer, la delegación francesa era una de las primeras en intervenir, de acuerdo con la lista por orden alfabético. Es posible que Coquelin comience su discurso de un momento a otro.

—Sí, es muy posible —asintió Heim—. ¡Adelante! Podemos conectar.

Heim tenía plena conciencia de la ligera trama urdida entre Vadasz y él.

En la capital de México, la hora no era mucho más avanzada que aquí,

pero uno no podía decir lo mismo desde el interior del Capitolio. La vista abarcaba la Cámara del Consejo; caras y más caras, blancas, mulatas, negras, amarillas, con los ojos clavados en la del delegado de Finlandia, mientras bajaba de la tribuna de los oradores. El presidente Fazil golpeó la mesa con su maza: en medio de aquel silencio, los golpes resonaban como clavos hundiéndose en un ataúd. Wingate, que no entendía mucho el español, sintonizó la traducción inglesa.

«Va a hacer uso de la palabra el honorable señor Michel Coquelin, representante de Francia.»

Heim puso el piloto automático y se reclinó para ver y escuchar.

Coquelin se dirigió resueltamente a la tribuna de los oradores. La cámara se detuvo unos segundos frente a aquel hombre de edad algo indefinida, pero que todo denotaba en él un temple de acero; el delegado de Francia comenzó:

«—Señor presidente, distinguidos delegados, señoras y señores. De momento, no abusaré mucho de su atención. El mundo ya conoce el sentir de la nación francesa acerca de Nueva Europa. Mi país desea esclarecer totalmente su postura y exponer determinados argumentos. Y puesto que ello provocaría una fuerte discusión, ruego se me permita aplazar mi declaración hasta que los demás honorables oradores hayan hecho la suya.»

—Ya lo ven —dijo Heim—, Coquelin ha de ganar tiempo para que nuestras cosas resulten más claras. Ha sido una mala suerte que Francia tuviera que intervenir tan pronto en la sesión, pero él ya lo arreglará.

—Papaíto, ¿de todas maneras, qué va a decir? ¡No puede permitir que te llamen pirata!

—¡Ya verás! —contestó Heim, en una mueca, volviendo los ojos hacia la pantalla del intercomunicador.

«—Señor presidente. ¡Para una aclaración sobre el punto del orden del día!»

La cámara enfocó a Harold Twyman; estaba de pie y parecía enfadado.

«—En un asunto tan serio, el apartarse del orden correlativo debe aprobarse en forma de moción.»

Coquelin enarcó las cejas.

«—No acierto a comprender por qué han de surgir objeciones a que

Francia ceda la precedencia» —afirmó.

«—Señor presidente, distinguidos miembros de este Cuerpo —insistió Twyman—, el honorable portavoz de Francia nos ha advertido que intenta ofrecernos una sorpresa. Nos hallamos ante un grave debate y no valen los trucos. Si nos vemos obligados a rechazar una moción inesperada, es muy posible que deba aplazarse durante otra semana nuestra reunión con los delegados de Alerion. Y ya hemos perdido demasiado tiempo. Insisto en que esta Cámara debe votar para saber si el honorable Coquelin ha de jugar o no con nosotros.»

«—¡Señor presidente...!»

Pero la réplica francesa fue cortada; Fazil golpeó con su maza y dijo:

«—La presidencia opina que la aclaración del señor Twyman es justa, aunque quizá la haya manifestado algo acaloradamente. ¿Alguien desea presentar una moción rechazando la proposición de Francia de que todos los demás portavoces nacionales hayan presentado sus observaciones previamente?»

—¡Oh, no! Esto no toma un buen cariz —murmuró Vadasz.

Heim puso el piloto automático a toda velocidad. El zumbido de los motores aumentó de pronto; por encima del ruido pudo oírse al delegado argentino diciendo: «Estoy a favor». Y al holandés: «Yo le apoyo».

«—La moción ha sido presentada y secundada» —proclamó el presidente.

—¿Qué va a pasar si no le dejan? —gimió Lisa.

—Entonces, habremos de escapar a toda prisa hacia Venus —dijo Heim.

En ese mismo momento, Coquelin comenzó a defender la moción. Tras unos minutos, Vadasz chasqueó la lengua y dijo con admiración:

—Jamás había escuchado algo tan prolijo. ¡Es un artista!

—¡Hum! —gruñó Wingate—, pueden neutralizarle.

—Desde luego —asintió Heim—; de todas maneras, no espera triunfar —añadió luego secamente.

El debate era animadísimo en el preciso momento en que la aeronave de Heim, tras salir de la tormenta, volaba sobre un paisaje muy accidentado. A lo lejos, por el este, relucían los picos de la sierra. Heim pensó: «Corremos el

riesgo de perder toda esa belleza algún día».

El campo de Mojave saltó a la vista. Heim miró hacia la tierra y vio el *Connie Girl* expuesto al aire libre, refulgente bajo los rayos del sol.

El aerodeslizador tomó tierra; hubo las formalidades aduaneras, la larga caminata a través de la pista de hormigón bajo el sol resplandeciente que los cegaba.

Se detuvieron al pie de la rampa de acceso.

—Bien —dijo Wingate, ceñudamente—, ya no puedes perder más tiempo; hijo, que Dios te acompañe... —agregó, apretando la mano de su yerno.

Lisa cayó en los brazos de Heim.

—Papaíto, papaíto, estoy tan triste, no puedo dejar de llorar —balbuceó.

—No seas niña, hijita.

Acarició los cabellos de su hija y la apretó fuertemente contra su pecho.

—Regresaremos pronto, ya verás. Ricos, famosos y con un millón de historias que contar. Tú..., tú eres una buena muchacha; nunca podía haber deseado otra más bonita. Hasta pronto, hija.

La dejó en brazos de Vadasz, quien la abrazó y puso un beso en la mejilla húmeda de la muchacha.

—*Isten veled* —dijo el magiar—. Te llevaré una canción a casa.

Subieron aceleradamente la rampa; estuvieron haciendo señales, mientras aquélla se volvía a meter en la nave, y cerraron la puerta tras ellos.

—Gracias, Endre —dijo Heim, volviendo a sus cosas—; hemos de hablar.

La nave podía haberse puesto en órbita directamente, pero era mejor no dejar entrever que tenía muchísima prisa. Heim la condujo de acuerdo con las indicaciones de los rayos detectores. El firmamento se oscurecía y fueron apareciendo las estrellas, hasta convertir la bóveda celeste en una vitrina de joyas. Vadasz se entretenía con los mandos de control del telecomunicador y, por casualidad, consiguió captar las señales de un satélite-relé de México.

El debate sobre la moción de procedimiento tocaba a su fin. Se realizó la votación antes de que el *Connie Girl* llegara al lugar de destino. La derrota fue aplastante: la moción fue rechazada unánimemente.

La voz de Coquelin se escuchaba a través del canal de la 3V, tan tenue

como la de un insecto:

«—Señor presidente, esto no deja de ser extraño. Francia ha tratado de aplicar las normas de la cortesía. Pero, puesto que se me requiere para que exponga ahora mismo el punto de vista político fundamental de mi país, lo haré. Sin embargo, he de hacer constar que ya es casi mediodía y advierto a los distinguidos representantes que hablaré durante largo tiempo. Por consiguiente, sugiero que aplacemos mi intervención hasta después de la comida.

»—La presidencia está de acuerdo —admitió Fazil—. Este consejo se volverá a reunir a las catorce horas en punto.» —Y su golpe de maza refrendó sus palabras. Se levantó la sesión.

—Es un verdadero artista, te lo digo —exclamó Vadasz riendo.

—Un par de horas no es demasiado para cargar la nave, y mayormente con una tripulación que es nueva —le recordó Heim.

Una especie de gran torpedo hizo su aparición y fue aproximándose, hasta dejar ver su costado. Dado que aún no estaba convenientemente disfrazada, los rayos del sol herían de lleno la popa con todas sus superestructuras, las unidades de propulsión, las llamadas espirales de Mach, los hangares, las torretas, y las largas sombras de las escotillas sobre los flancos metálicos de la nave.

«El *Connie Girl* llamando al crucero *Fox II*. Estamos llegando. Permanezcan a la escucha. Cambio.»

Wingate había discutido acerca del cambio de apellido; aunque sabía lo que para Heim significaba su antiguo mando, le sugirió abandonar el nombre del *Star Fox*, por las dificultades que podía crearle entre mucha gente el nombre de una antigua nave de la Armada. Heim no estuvo de acuerdo, puesto que, según afirmó, los faxes seguían siendo del dominio público. (Heim tenía toda la razón, pues en todas partes seguía habiendo zorros.) Además, a él le importaba un bledo lo que la gente pudiera pensar de la Armada. Haría lo que tenía que hacer, y se acabó...

El hangar número cuatro se encontraba frente a Heim. Metió el *Connie Girl* en él —pues tenía el tamaño de una nave auxiliar normal—, mientras las bombas de aire llenaban el casco. Por las crujías, todo era bullicio y estrépito.

Heim había tenido a la tripulación a bordo para que se instruyera y familiarizara con la aeronave; pero, no obstante, deseaba disponer del tiempo suficiente para realizar un crucero de prueba.

El primer oficial, Penoyer, saludó a Heim en el puente de mando:

—Bien venido, señor.

Hasta que no recibió el saludo, no se dio cuenta de qué solo se halla un capitán.

—Toda la tripulación está presente; todos en sus puestos. Orden de marcha. Tiempo calculado de aceleración: veintitrés horas GMT.

—Póngase a la deriva, por lo menos una hora antes —ordenó Heim.

—Pero, señor...

—Ya me ha oído.

Heim se sentó y empezó a repasar el manual de operaciones.

—Aquí, por ejemplo, el CE ya no tendrá que comprobar nuevamente el campo interno de los compensadores. En caso de que fallara, no aceleraremos a más de 1,5 G; una vez estemos en caída libre, podemos seguir en estado de ingravidez hasta que alcancemos el punto fijo. No creo que tengamos problemas de ninguna clase en ese sector.

Heim siguió dando instrucciones, hasta regular el ritmo de los tubos de escape. Cuanto más cuidadosamente se realizara esa maniobra, tanto más se acercarían al objetivo señalado.

—¡Entendido, señor!

Con claro disgusto, Penoyer conectó la pantalla del intercomunicador y se dirigió a Uthg-aK'thaq, mientras Heim proseguía la búsqueda de los vértices que podían cortarse.

La tarea se llevó a cabo de una manera o de otra, con la típica falta de maña de los humanos. A las veintiuna horas y cuarenta y cinco minutos sonaron las bocinas, volaron las órdenes, los átomos liberaron su energía los generadores de fusión y las fuerzas de gravitación fueron tragándose el espacio. Lenta, suavemente, con un profundo ronroneo, que se notaba más en los huesos que en los oídos, el *Fox II* soltó amarras y dejó la Tierra para ponerse en órbita.

De pie en el puente, Heim miraba cómo su mundo se alejaba. Desde allí

dominaba el cielo, vasto e infinitamente hermoso; las nubes y los mares se recortaban sobre la Tierra color de zafiro. Había contemplado los continentes, con sus noches y sus días, cuando los circunvalaba: África, de donde vino el hombre; Asia, donde por vez primera había demostrado ser algo más que un animal salvaje; Europa, que creó los mitos y midió las estrellas; Australia, el gran sueño dorado; la Antártida de los héroes... Pero Heim se sintió satisfecho de que su última mirada, mientras se dirigía hacia las estrellas, fuera para Estados Unidos, donde por primera vez se escribió una ley en la que se decía que todos los hombres eran libres.

Las dudas y los temores, y hasta la nostalgia del hogar, habían desaparecido de su mente. Ahora ya estaba lanzado y en él todo era alegría.

Al cabo de un rato, Penoyer anunció:

—Todo funciona normalmente.

—Muy bien, ¡adelante! —contestó Heim.

Conectó el intercomunicador y llamó a la cocina:

—Endre, ¿tienes algo entre manos, de lo que puedas prescindir un momento? Muy bien; sube, pues, al puente y tráete la guitarra, que deseamos escuchar un par de canciones.

La voz del húngaro se notaba turbada:

—Capitán, ¿estuvo escuchando el Parlamento?

—Pues, no. Estoy demasiado ocupado. ¡Dios!, habrán empezado hace más de una hora, ¿no es cierto?

—Sí. Estamos captando la emisión de Marte. He observado que... Bueno, no han permitido a Coquelin aplazar su intervención. Tras un largo discurso preliminar, intentó lograrlo, pero el presidente le ordenó que se atuviera al tema principal. Luego trató de presentar las pruebas documentales acerca de Nueva Europa. Hubo quien se opuso y decidieron votar si era pertinente o no. Aún continúa la votación, pero ya existe una gran mayoría contra él.

Pero Heim no estaba amilanado, en este momento en que se encontraba nuevamente al mando de una nave de la Tierra. Sin embargo, la necesidad de actuar le ponía nervioso.

—Señor Penoyer —ordenó—, dé la señal de máxima aceleración y que todo el mundo esté en los puestos de emergencia.

El segundo de a bordo estaba furioso, pero obedeció.

—Que Spark conecte ese debate en nuestro canal de la 3V —volvió a ordenar; y, dirigiéndose al trovador con voz imperativa, dijo—: Señor Vadasz, haga el favor de subir hasta el puente de mando, y traiga su guitarra.

Al decir eso, Heim se reía entre dientes.

—Señor, ¿qué pasa? —inquirió Penoyer, preocupado.

—Ahora lo verá —contestó Heim—. Francia está a punto de asestar un duro golpe a todo ese tinglado. Nuestro plan era tener al *Fox* muy lejos para entonces. Ahora, vamos a precisar no solamente mucha suerte, sino asimismo cerebro y buena maña.

La pantalla del intercomunicador empezó a titilar. Coquelin se sentía, sin embargo, casi ahogado por el zumbido de los aparatos y los motores de la nave. La Tierra iba desapareciendo entre las estrellas y la faz virulenta de la Luna se aproximaba cada vez más.

—... Esta Asamblea está decidida a no entregar a mi país ni un solo centímetro de holgura... ¡Como quieran, señoras y señores! Deseaba decir estas cosas con cuentagotas, pues el golpe va a resultar durísimo... Ahora, habrán de escucharme, quieranlo o no; les guste o no les guste.

La cámara tomavistas se aproximó tanto a Coquelin que su rostro llenaba toda la pantalla. Heim pensó que era un truco miserable. Pero en esta ocasión, el ardid no sirvió de nada: en lugar de poner de manifiesto los defectos físicos que pudiera tener el orador, aquel primer plano de la cámara solamente puso de relieve una pasión y una fuerza inquebrantables. Y Heim pudo convencerse a sí mismo tan pronto como la imagen se retiró, mostrando a un Coquelin transfigurado que movía sus papeles en el atril.

«—Señor presidente, honorables delegados... —La traducción solamente podía sugerir los cambios de tono de la voz, que se convirtió pronto en la seca oratoria de un abogado exponiendo un punto de gran tecnicismo—. La Federación se fundó con la finalidad, aún vigente, de poner coto a la trágica anarquía que prevalecía antaño entre las naciones; y para colocarlas bajo una legislación que sirviera al bien común. Sin embargo, la ley no puede perdurar sin una justicia igual para todos. La popularidad de un argumento no debe ser tenida en cuenta. Solamente puede admitirse una causa plenamente legal. Por

esa misma razón, en nombre de Francia, me permito exponer los siguientes puntos:

»1. La Constitución prohíbe, a toda nación miembro, mantener fuerzas armadas por encima del nivel necesario para la garantía del orden y la defensa de la integridad territorial vulnerada por cualquier otra nación. Para aplicar la ley, la Autoridad del Control de la Paz está revestida de único poder militar. Puede y debe adoptar las medidas pertinentes y necesarias para poner coto a los actos agresivos, incluidas las conspiraciones tendentes a la comisión de tales actos. Los individuos responsables serán detenidos y juzgados por el Tribunal Mundial.

»2. Las fuerzas espaciales de la Autoridad podrán ser utilizadas más allá del sistema solar, aunque sólo en unas acciones relativamente limitadas, con el fin de reprimir las insurrecciones y los motines o para proteger las vidas y las propiedades de los humanos en los planetas más alejados. Al autorizar tales acciones y al negociar los tratados con los representantes de varios mundos extrahumanos, la Federación ha asumido *de facto y de jure* una postura de respeto a las sociedades no humanas, postura tradicional entre los Gobiernos de la Tierra antes de la Constitución. Por consiguiente, la Tierra en su totalidad es un Estado soberano con todas las prerrogativas legales para garantizar su defensa.

»3. Al atacar a Nueva Europa y al ocuparla, consiguientemente, Alerion ha cometido un acto de agresión territorial.

»4. Si no se considera a Alerion como a un Estado soberano, entonces la negociación sobre dicha disputa es legalmente imposible y la Autoridad está llamada a tomar las medidas militares necesarias en contra de lo que sólo puede considerarse como un acto de bandolerismo.»

En la sala se dejó sentir un verdadero rugido. Coquelin esperó unos segundos, con una sonrisa sardónica dibujándose en sus labios. Cuando el orden fue restablecido, el orador prosiguió:

«—Evidentemente, esta Asamblea debe considerar a Alerion como un Estado soberano al igual que la Tierra. Por lo tanto, procede señalar:

»5. Si Alerion es realmente un Estado legítimo, entonces, y a tenor del preámbulo de la Constitución, pertenece a la familia de las naciones. Por lo

tanto, hemos de contemplar lo siguiente: *a)* obligar a Alerion a abstenerse de cualquier agresión territorial, so pena de sanciones militares, o bien: *b)* no obligarle a ello, puesto que no es miembro de la Federación.

»6. En el caso *a)* Alerion cae automáticamente bajo las sanciones militares de la Autoridad del Control de la Paz. Pero en el caso *b)* la Autoridad también se halla requerida, por la Constitución y por los precedentes del pasado, para salvaguardar los intereses de los seres humanos y de los Estados pertenecientes a la Federación. Noten bien, señores, que la Autoridad tiene esa obligación, obligación que no compete ni a esta honorable Asamblea ni al Tribunal Mundial, sino a la propia Autoridad del Control de la Paz, cuya acción puede asumir, bajo ciertas circunstancias, el carácter de una operación militar.

»7. Por consiguiente, en uno y otro caso, entre Alerion y la Federación Mundial, existe ahora automáticamente un estado de guerra.»

En la sala, el tumulto se desbordó.

Vadasz había llegado hasta el puente de mando. Estuvo contemplando la escena durante un rato, viendo cómo centenares de puños se agitaban en medio de los insultos y del vocerío, antes de murmurar:

—¿No será, quizá, un flaco argumento?

—No —dijo Heim—. Hay que recordar el caso de la Liga Musulmana. También he releído la Constitución y todo está muy claro. Naturalmente, hay que tener en cuenta que se escribió antes de que nos encontrásemos con seres extrahumanos, comparables a nosotros.

Heim se volvió hacia Penoyer.

—¿Hay informes del radar?

—¿Eh? ¡Ah, sí, sí! A unos diez mil kilómetros de altura, por la banda de estribor, señala un vector muy parecido al nuestro.

—¡Maldito sea! debe tratarse de una de las unidades de la Armada lanzada para guardar la Tierra. Bueno, ya veremos lo que pasa.

Heim dejó de hacer caso de la escena tumultuosa que seguía desarrollándose en la pantalla del telecomunicador; fijó la mirada con toda serenidad en la Vía Láctea y pensó, finalmente, que por lo menos eso sería duradero.

En la sala del Congreso, los ánimos fueron aplacándose. Coquelin esperó hasta que el silencio se restableciera totalmente. Cogió otra hoja y prosiguió con el mismo tono seco:

«—8. En caso de agresión territorial, los Estados miembros de la Federación son requeridos para proporcionar la debida y adecuada ayuda a la Autoridad de Control de la Paz, que actúa en nombre de la Federación.

»9. A juicio de Francia, esto impone el ineludible deber de proporcionar una asistencia armada a los colonos de Nueva Europa. No obstante, se prohíbe a cualquier miembro de la Federación la fabricación o la posesión de armas nucleares.

»10. No está prohibido que los individuos obtengan dichas armas fuera del sistema solar, siempre y cuando no sea para traerlas a los planetas del sistema solar.

»11. Tampoco existe prohibición alguna de que un Estado miembro de la Federación autorice unilateralmente una expedición militar privada, pertrechada por él. Antiguamente, se estipulaba que los corsarios fueran súbditos del país cuyo pabellón enarbolaban y que ello podía entrar en conflicto con la ley de desarme nacional. También admitimos que las patentes de corso fueron prohibidas por la Declaración de París en 1856. Pero, mientras que dichos tratados siguen vigentes para los países signatarios, incluida Francia, no son vigentes para la Federación como tal, la cual no firmó la Declaración de París y asimismo para los países miembros, como Estados Unidos de América, que nunca la firmaron. Y todos hemos visto que la Federación es un Estado soberano en posesión de todos sus derechos y responsabilidades que no han sido derogados explícitamente.

»12. Por consiguiente, la Federación tiene pleno derecho a otorgar patentes de corso.

»13. Por consiguiente, y en virtud de los artículos 7, 8 y 9, Francia tiene el derecho y la obligación de otorgar patentes de corso en nombre de la Federación.

»Y Francia ha usado de ese derecho.»

La pantalla del telecomunicador y el sonido fueron debilitándose, a medida que el *Fox II* se sumía cada vez más aceleradamente en el espacio.

Cuando cesó la recepción, en el Capitolio el tumulto no había terminado aún.

Penoyer exclamó:

—¡Vaya! ¿Y ahora qué pasará?

—Un debate interminable —dijo Heim—. Coquelin luchará por cada coma. Mientras tanto, nada podemos hacer para ablandar a los de Alerion. Afortunadamente, las gentes con redaños verán que no están vencidas antes de comenzar; se reagruparán y quién sabe...

—Pero, ¿y nosotros?

—Es posible que consigamos escapar, antes de que se den cuenta de quién puede ser ese corsario francés; y antes de que puedan detenernos legalmente con una orden del Almirantazgo. Pero ya se sabe cuánto se tarda en obtenerlo. Sin embargo, una nave nuclear es una especie de final y el que consiga alcanzarla ha de contar con muchas fuerzas...

Vadasz empezó a rasguear la guitarra y a cantar en voz baja:

Morgenrot, Morgenrot.

Heim preguntó de qué canción se trataba, hasta que recordó el antiquísimo canto de la caballería austríaca:

*Morning red, morning red,
Wilt thou shine upon me dead?
Soon the trumpets will be blowing,
Then must I to death be going,
I and many trusty friends!*^[8]

La canción no era realmente tan triste, pues había sido coreada por los jóvenes y alegres jinetes mientras galopaban bajo el sol, con sus banderas flameantes y sus lanzas relucientes.

Heim soltó una carcajada.

—Se me ocurre una idea: en la alocución de Coquelin, había exactamente

trece puntos, y me pregunto: ¿No sería a propósito?

Nadie contestó. Sólo se oía el sonido de la guitarra. Entonces se puso a pensar... «Lisa, Connie, Madelon, Jocelyn...» La Tierra y la Luna ya habían quedado muy atrás.

«El *PCA-SN Neptune* al crucero *Fox II*. ¡Regrese, *Fox III*!»

La voz les hizo saltar de los asientos.

—¡Judas! —exclamó Penoyer, agregando—: ¡Maldita nave!

Heim controló las cintas del radar.

—Se trata de una nave similar a la nuestra. Está tratando de interceptarnos. Y si utilizan el idioma inglés con nosotros, cuando tenemos una matrícula francesa, es que ya están enterados...

Se mordió los labios y se colocó delante del relé de comunicación.

—El *Fox II* al *Neptune*. Le oímos. Habla el capitán. ¿Qué persiguen ustedes?, Cambio.

«Aquí, el contralmirante Ching-Kuo, comandante del *Neptune*. Paren la aceleración y dispónganse a ser abordados. Cambio.»

Heim se sintió lleno de amargura.

—¿Qué quiere decir? —replicó con altanería—. Tenemos la patente de navegación. Cambio.

«Se sospecha que persiguen ustedes fines ilegales. Les exigimos regresar a la órbita terrestre. Cambio.»

—¿Tienen una orden? Cambio.

«Se la enseñaré cuando esté a bordo, capitán. Cambio.»

—Será demasiado tarde, si no lleva ninguna. Establezca contacto por video y enséñemela. De lo contrario no tengo ninguna obligación de obedecerle. Cambio.

«Capitán —dijo Ching-Kuo—, tengo mis órdenes. Si no sigue mis instrucciones, me veré obligado a disparar. Cambio.»

La mirada de Heim se perdió entre las estrellas: «¡No, no, no, esto no! ¡Una hora más y estábamos fuera de su alcance! —pensaba—. ¡Una hora más!»

Una idea se le ocurrió de pronto.

—Usted gana, almirante —dijo con voz extraña—. Cedo, aunque bajo

protesta. Denos el tiempo de calcular la velocidad equivalente a la del vector y saldremos a su encuentro. Cambio y fin de la transmisión.

Desconectó de golpe el intercomunicador y se dirigió por el tubo de mando a la sala de máquinas:

—El capitán al jefe ingeniero. ¿Se encuentra usted ahí?

—Naturalmente —contestó Uthg-aK'thaq—, todo funciona bien.

—No, ni mucho menos; alguien se ha ido de la lengua. Hay una maldita nave que nos ordena detenernos y entregarnos; de lo contrario, dispararán contra nosotros. Prepárese para la velocidad Mach.

—¡Capitán! —gritó Penoyer—. ¿A esta profundidad en el campo solar?

—Si la sincronía es perfecta, podemos hacerlo —contestó Heim—. De lo contrario..., todos moriremos... Nada más.

Y volviéndose a dirigir al ingeniero jefe preguntó:

—Uthg-aK'thaq, ¿cree usted que podemos?

—¡Guáaa! ¡Vaya pregunta!

—Usted mismo revisó esas máquinas —dijo Heim—. Confío en usted.

La guitarra de Vadasz sonaba a su espalda.

Durante un momento el intercomunicador solamente transmitió el zumbido de los motores. Luego se oyó una voz en la sala de máquinas:

—Capitán, no soy Dios, pero creo que la suerte le acompaña, y tengo confianza en usted.

Heim conectó el intercomunicador general.

—Ahora escuchen lo que voy a decir: ¡todos a sus puestos para la velocidad Mach! —ordenó en medio de la música de la guitarra.

Penoyer apretó los puños.

—Sí, señor, sí.

El zumbido de popa fue incrementándose, semejante a un fuerte vendaval o a la marea. El espacio parecía retortijarse.

Hace mucho tiempo, Ernst Mach, de Austria («Morgenrot, Morgenrot»), encontró la clave: Nada existe aisladamente. La inercia carece de sentido sin un sistema inercial de referencia, que puede ser el universo en pleno, Einstein demostró que la masa inerte y la masa de gravitación son lo mismo. Pero si consideramos los fenómenos en si, nos encontramos entonces con que la

gravitación puede describirse mediante las ecuaciones de un espacio alabeado, combado. La inercia es, pues, un efecto inductivo del campo de gravitación cósmico sobre la masa. Si sus gravitadores pueden combar el espacio, y no en la pequeña proporción necesaria para la elevación y el impulso, sino a través de una curva cerrada, entonces su nave no ofrece resistencia alguna a la fuerza de aceleración. Desde el punto de vista teórico, uno puede ir tan rápido como quiera, y ya no hay más fronteras.

El *Neptune* disparó. Pero el cohete se retrasó en un millón de kilómetros. Su capitán se lamentaba ante los instrumentos de lectura. Quizá... ¡Sí! A buen seguro, su presa había sido desviada por las fuerzas generadas por la defectuosa red de las curvas espaciales, allí donde el campo solar seguía siendo totalmente dominante.

Nada se captó, ningún resto de naufragio, ninguna huella, salvo el rugido de los átomos de hidrógeno proyectados por la nave y que formaban tras ella una estela luminosa. Y el *Neptune* no se atrevió a continuar la persecución.

Gunnar Heim enderezó su cuerpo, relajando sus músculos.

—Bien —dijo—, de esta hemos escapado.

Pero sus palabras no dejaban de ser débiles para celebrar su triunfo. Endre Vadasz lo expresaba mucho mejor:

¡Gloría, gloria, aleluya!

¡Gloria, gloria, aleluya!

¡Gloria, gloria, aleluya!

Nuestra nave sigue su camino.

VIAJERO AL INFIERNO

Philip Latham

Sí la tercera dimensión natural de nuestro propio mundo físico —la altura— nos produce vértigo, ¿qué no experimentaríamos al asomarnos a la cuarta, a la quinta... a un inconcebible universo de n dimensiones?

El sábado y el domingo eran, naturalmente, los días de mayor afluencia en el Museo Colfax. A Samuel Baxter todos los días solían antojársele iguales, por lo que no le molestaba en lo más mínimo el hecho de que sus jornadas de ocio cayeran en medio de la semana. En realidad, le gustaba levantarse tarde y vagar por el piso mientras los otros debían madrugar y trabajar duro...

Pero a la señora Baxter, aquello la molestaba tremendamente. Pues nada disgusta tanto a una mujer como el tener que estar metida en la cocina fregando la vajilla mientras su marido está cómodamente instalado ante el televisor con una buena caña de cerveza. Quizá no le hubiera importado que Sam descansara cuando los demás también lo hacían. Pero estar sentado sin hacer nada en un lunes o un martes, ¡eso era intolerable!

Así, no era pura casualidad el que la señora Emily Baxter sintiera la necesidad de limpiar el polvo en la sala de estar, cuando el partido de béisbol estaba en su punto culminante o cuando acababa de sonar el gong anunciando el primer *round* del combate de boxeo... En honor a la verdad, hay que decir que Sam no era ningún santo, y bastante hacía su esposa con soportarle...

Así que cierta mañana —martes para ser concretos— cuando Emily insistió para que su marido le ayudara a dar la vuelta al colchón de la cama, el choque resultó inevitable.

—El colchón está muy bien como está —dijo Sam—; déjalo.

—No lo voy a dejar, hemos de volverlo —replicó Emily.

—Mira, mujer, no te pongas pesada y deja estar el colchón, que yo te digo que está bien.

—Hay que darle la vuelta...

—¡Y dale! Nunca me entrará en la cabeza que, en un piso tan pequeño como el nuestro, tengas que estar removiéndolo todo constantemente de ese modo infernal.

—Si no te gusta ayudarme en casa, ¿por qué no te ocupas en algo de provecho fuera de ella?

—¡Dime qué puedo hacer, anda!

—Buscar un empleo mejor que el que tienes, pues ya llevas dieciséis años metido en esa «casa de la muerte»...

La señora Baxter acababa de tocar uno de los puntos más enojosos de sus discusiones. Sam se bebió de un solo golpe su taza de café.

—Emily, ya sabes que no soy ningún talento ni tengo estudios. Ya lo sabías cuando nos casamos.

—Lo cierto es que no has mejorado en nada desde que hace cinco años te ascendieron y te destinaron a la sección de los dinosaurios y demás reptiles...

—¿Acaso te figuras que me gusta pasar todo el día guardando cocodrilos disecados? —exclamó—. ¿Crees que no estoy hasta la coronilla de tener que contestar continuamente las mismas preguntas estúpidas, y trabajar año tras año por el mismo maldito y mísero salario?

—Entonces, ¿qué esperas para buscar un trabajo más decente?

—Pero, Emily, tú sabes muy bien que a los cincuenta años eso es imposible.

—¿Cómo lo sabes? ¡Nunca lo has intentado!

Sam no contestó. Se levantó, tomó el periódico y lo metió en el bolsillo de la americana, mientras su esposa le miraba con recelo.

—¿Sales ahora? ¿Adónde vas?

—Voy a buscar otro trabajo.

—Será mejor que te lleves el paraguas; está empezando a llover.

—¡Al infierno con la lluvia!

Ella observó sus preparativos con una sonrisa condescendiente. Cuando su esposo iba a salir, dijo:

—Puesto que vas a buscar trabajo, puedes aprovechar para ver también si encuentras otro piso.

—¿Que mire si encuentro otro pi...?

Si su mujer le hubiera pedido que le trajera el farol que se alzaba sobre la torre del Ayuntamiento, no se habría sentido más asombrado.

Salió dando un portazo.

Los Baxter ocupaban un pequeño apartamento, con baño y cocina, en el vigésimo piso de un edificio de apartamentos económicos situado relativamente cerca del Museo Colfax. Llevaban viviendo en él dieciséis años, y al comienzo se consideraban muy felices al vivir tan cerca del lugar de trabajo de Sam.

Por supuesto, no era su intención permanecer mucho tiempo en un piso tan reducido; sólo hasta que se situaran. Pero lo malo es que nunca lograron reunir dinero suficiente para mudarse de piso, por lo que ya llevaban en él dieciséis años. Cuando llegaron, las ventanas daban a las alegres montañas que se extendían al norte, mientras que ahora estaban totalmente cercados por unos edificios tan altos que en la mayoría de los meses del año debían tener las luces encendidas todo el día.

Sam entró en una cafetería cercana, para poder examinar detenidamente las columnas de anuncios del diario reservadas a las demandas de trabajo. Comoquiera que desde hacía ya bastante tiempo todos los parques públicos se habían convertido en edificios comerciales, no faltaban los empleos. Desgraciadamente, no había ninguno por el que Samuel Baxter sintiera el menor interés. No le preocupaba ni interesaba en absoluto el hecho de que la Foley Tool Works necesitara un buen operario para manejar una máquina afiladora. Ni tampoco le tentaba la posibilidad de ganar cincuenta mil dólares al año como ejecutivo en la Indoor Swimming Pool. Había numerosos empleos enormemente remunerativos a disposición de jóvenes dinámicos, que sólo tenían que vender artículos evidentemente fabulosos. Pero, como su café se había enfriado y cada vez llovía con más fuerza, se sintió completamente defraudado.

Estaba a punto de pagar su consumición y marcharse sin rumbo fijo, cuando sus ojos se fijaron en la pequeña sección de «Trabajos para ambos sexos»:

Para trabajo de índole especial, precisamos hombre o mujer. No necesita experiencia. Sin limitación de edad. No se trata de venta de artículos. Se requiere examen físico. Buen sueldo si está capacitado. Entrevistarse personalmente con el doctor Sherwood. Rm. 515 Hartford. 3.855 E. Willow Wood, Glendora.

¡3.855 E. Willow Wood... 3.855 E. Willow Wood...! Estaba seguro de conocer aquella dirección. ¡Por supuesto! Era la Universidad del Estado. Lo de «Hartford» debía referirse, a buen seguro, al edificio del hospital, situado en el campus de la Universidad.

¡Cuántas veces había visto aquella dirección mientras clasificaba la correspondencia en el museo!

Pues el Museo Colfax mantenía una activa correspondencia con los profesores del Estado. Ahora bien, ¿por qué demonios la Universidad ponía un anuncio semejante? Lo mejor sería coger un autobús y marchar allí para enterarse bien del asunto.

La Universidad de Glendora cubría un área aproximadamente de la misma extensión que la del Principado de Mónaco. Sus fundadores habían elegido un hermoso lugar, situado entre onduladas colinas, en cuyas vertientes habían construido lujosas residencias. En el campus, los edificios habían sido levantados, en un principio, dejando entre los mismos extensos espacios para los bancos y balaustradas en donde poder estudiar o conversar entre clase y clase. Sin embargo, todo aquello ya no existía ni tan sólo en el recuerdo de la actual generación de estudiantes. Pues el Estado, en su afán de aprovechar cada milímetro cuadrado, había levantado nuevos edificios de enseñanza, ahora separados por simples pasillos, y más tarde construyó locales subterráneos, un complejo de laboratorios y nuevas aulas bajo el nivel de la calle.

Todo aquello obligó a la Universidad a sustituir también la antigua numeración de las salas por un nuevo sistema de localización mediante coordenadas ideado por la Facultad de Matemáticas, gracias al cual Sam fue capaz de localizar la sala 515 del Hartford Hospital Building con sólo veinte minutos de búsqueda. Durante su recorrido, tuvo que atravesar salas tan

estrechas que, a menudo, resultaba dificultoso abrirse paso entre las filas de pacientes apretujados en los bancos instalados a lo largo de las paredes. En todo caso, la visión de aquellas gentes enfermas, con los rostros pálidos y angustiados, no dejaba de ser estimulante para Sam, puesto que él se sentía físicamente sano.

La sala 515 estaba en la zona menos congestionada del hospital. No había letreros que indicaran, como era de prever, «Departamento de tal o cual cosa», ni siquiera las consabidas flechas indicadoras. En aquel pasillo no había pacientes de ninguna clase, solamente una puerta, que ostentaba en gruesos caracteres el anuncio «Medicina Experimental», con la invitación debajo y en letras pequeñas: «Pasen».

Sam entró en la habitación.

Al proyectar aquella sala, un hábil arquitecto le había dado forma triangular, consiguiendo montar una oficina en un espacio en donde nadie lo hubiera imaginado.

Una joven negra se hallaba en aquella habitación, ocupada en buscar y extraer carpetas de un archivo. Contrariamente a los demás empleados con los cuales se había tropezado, no parecía darse demasiada prisa en atenderle.

—Vengo por lo del anuncio aparecido en el *Times* de esta mañana —dijo Sam.

La muchacha sonrió agradablemente:

—Siéntese, por favor. El doctor Sherwood le recibirá dentro de un momento.

Sam miraba a su alrededor, como si esperara encontrar algún detalle que le indicara la verdadera naturaleza de aquella oficina. En la pared opuesta, había un mapa de la tabla periódica de los elementos, junto a una descolorida vista fotográfica de la playa de Waikiki con Diamond Head al fondo. Detrás, un tablero en el que aparecían los retratos de los poetas americanos de la escuela Waterfall Whisker: Bryant, Longfellow, Lowell, etc. Longfellow. Parecía fijar su mirada en la esbelta joven que aparecía en un calendario de la conocida marca de detergentes Superba. La puerta que estaba junto al archivo, debía conducir seguramente al despacho del doctor.

Sam sabía por amarga experiencia que, generalmente, lo de «un

momento» significaba algo así como media hora. Sin embargo, la puerta no tardó en abrirse para dejar paso a un fornido joven seguido de un hombre de mediana edad y de apariencia jovial, con una bata blanca: evidentemente se trataba del doctor.

—Bien, de todas maneras, gracias por su visita —dijo el doctor mientras estrechaba la mano de su acompañante.

El joven saludó con una ligera inclinación de cabeza, y abandonó la oficina.

Durante unos segundos, el doctor y su secretaria cambiaron una mirada de inteligencia.

—Doctor, hay un caballero que desea verle —dijo la secretaria indicando a Sam Baxter.

El doctor le miró sombríamente.

—Venga —dijo suspirando.

Una vez se hubieron presentado mutuamente, el doctor se apoyó en su sillón giratorio, con las manos entrelazadas detrás de su cabeza y la mirada fija en el techo.

Sam trataba de aparecer lo más natural posible a los ojos del doctor, ni muy indiferente ni demasiado ansioso. Sabía que si aquel empleo tenía algún valor, trataría de conseguirlo, pero sabía asimismo que no había cosa peor para lograr un nuevo empleo que el hecho de necesitarlo a todo trance. De modo que no debía, mostrarse ni demasiado atrevido ni tampoco demasiado resignado.

—Supongo que usted viene con motivo de nuestro anuncio —dijo finalmente el doctor Sherwood.

—Así es —respondió Sam.

El doctor sonrió nostálgicamente y dijo:

—Recuerdo que cuando yo era todavía muchacho y andaba buscando mi primer trabajo, mi padre me aconsejó: «Nunca hagas caso a los anuncios que no estén claros».

—Es un buen consejo —admitió Sam.

—¿Le importa decirme por qué ha hecho caso al nuestro?

Sam se movió en su silla y afirmó:

—Francamente, creí que era el único anuncio que me convenía. Además, reconocí la dirección de la Universidad del Estado, y sabía que la Universidad no puede ofrecer nada desatinado.

—Bueno, no esté tan seguro —dijo el doctor Sherwood, dando un tono muy grave a su voz—. Ellos son capaces de cometer ciertas diabluras. —Y añadió—: ¿Cuál es su actual situación, señor Baxter?

Sam resumió en pocas palabras su situación en el Museo Colfax, diciendo que no le gustaba ya lo que hacía allí y las dificultades con que tropezaba para encontrar, a una edad como la suya, un empleo mejor.

El doctor le escuchó sin intervenir, y luego dijo:

—Bien, señor Baxter, su caso es muy normal. Pero, sinceramente, no puedo decirle si podremos ayudarle. Es muy posible que no. Ya ve que no ofrecemos un empleo fijo. Necesitamos encontrar un hombre, o una mujer, apropiado para una especie de prueba. Ahora bien, lo que ya no puedo asegurarle es si dicha prueba le convendrá.

—¿Puede saberse qué clase de prueba es?

—Lo siento, pero no puedo decírselo —contestó el doctor Sherwood—. Mis labios están sellados... ¡Al diablo esos líos y todo ese secreto! La verdad es que nada puedo decirle en concreto; solamente me toca aceptar las cosas, pero nada puedo hacer. De modo que si quiere seguir adelante, señor Baxter, mucho me temo que deberá avanzar a tientas —concluyó enigmáticamente.

—En el supuesto de que yo reuniera las condiciones exigidas, ¿cuál sería mi sueldo?

Sam estaba dispuesto a pedir un diez por ciento más de lo que cobraba en el museo. Así, cuando el doctor le dijo que ganaría una cantidad que doblaba su actual salario, casi no lo creía.

—La cantidad ha sido fijada por el Gobierno —aclaró el doctor Sherwood—, pero opino que el trabajo merece mucho más.

—Yo diría que el sueldo me parece muy generoso, sobre todo para alguien que, como yo, carece de experiencia en la materia.

—Quizá no piense lo mismo cuando sepa algo más respecto a su trabajo. Si sigue dispuesto a aceptar, éste es el paso inicial. En primerísimo lugar, debe rellenar un largo cuestionario. ¿Hijos? ¿Estado? ¿Nombre de su

abuela?... Todo ello nos tiene sin cuidado y no nos importa en absoluto, pero, naturalmente, hemos de empezar con esos datos. Luego le haremos un examen físico preliminar; sólo para asegurarnos de que su corazón late normalmente, sus intestinos funcionan bien y sus reflejos reaccionan ante los estímulos relacionados con su nuevo empleo. También habrá de contestar a ciertas preguntas sobre su vida privada... Si usted sale airoso de esas pruebas rutinarias, entonces hablaremos de su trabajo.

—Pero..., ¿ese examen no tomará un tiempo excesivo?

—Precisamente, de eso le iba a hablar —prosiguió el doctor Sherwood—. Por cada hora que usted pase en nuestra clínica, recibirá tres dólares. El examen médico corre naturalmente a nuestra cuenta. He de decirle que solamente en exámenes médicos vamos a gastar en usted unos mil dólares. Si realmente dispone de tiempo, señor Baxter, ésta es una oportunidad que no debe desaprovechar. Piénselo.

Samuel Baxter solamente empleó unos segundos en pensarlo. ¡Cualquiera rechazaba semejante oportunidad!

—Conforme —dijo.

—¡Magnífico! —exclamó el doctor Sherwood, al tiempo que se levantaba de la silla—. ¿Qué día le viene bien empezar?

—Hoy mismo.

El doctor consultó su reloj:

—Bueno, falta poco para las doce. Haré que la señorita Christie le reciba a primera hora de esta tarde. Puede almorzar en nuestra cafetería; y luego vaya a visitarla.

—De acuerdo.

Sam se disponía ya a retirarse, pero el doctor aún quería preguntarle algo:

—Señor Baxter, ¿no será usted acrófobo?

—¿Acrófobo?

—Sí; así se dice de los individuos que temen anormalmente a la altura.

—No; supongo que no.

—¿Ni siquiera estando aislado en un lugar muy alto?

Sam trató de recordar.

—En cierta ocasión, subí en un globo. Fue en la feria de Pomona, si mal

no recuerdo...

—¿Y qué sensación experimentó?

—Una especie de mareo.

—Es natural —dijo el doctor Sherwood sonriendo; y añadió, mientras abría la puerta—: No se olvide de ver a la señorita Christie después del almuerzo, ¿de acuerdo?

—Descuide, doctor. No me olvidaré.

Sam no tuvo dificultad en conseguir las horas libres que necesitaba para sus numerosas visitas al hospital. En el museo sus superiores le estimaban mucho y no hubo problemas al respecto: obtuvo todo el tiempo que pidió. No quería dejar escapar los tres dólares que le daban por hora, y en aquellos dos meses se tomó muchas más horas libres que las que tomara durante los diez últimos años de su servicio en el Museo Colfax.

Samuel Baxter no tardó en convertirse en una figura muy popular en el hospital Hartford; a diario podían verle en la sección de radiología, en los sótanos del edificio; en la de respiración pulmonar, situada en el último piso, o en las secciones de cardiología, urología, neuropatología y otología. No hubo sección de reconocimiento por donde no pasara. Sin embargo, donde más tiempo pasó fue en otología, ya que por algún motivo que Sam desconocía, su aparato auditivo despertaba un interés muy especial entre los facultativos de aquella sección. Pero, por muy molesto que fuera lo que le ordenaran hacer, Sam solía obedecer de buena gana y a todo sabía poner buena cara. Si una enfermera, después de obligarle a quitarse los pantalones, le decía que era un buen paciente, le daba las gracias, se ponía de nuevo sus pantalones y se disponía a pasar el siguiente examen. Y nunca se quejaba porque le hicieran esperar demasiado: mientras, corría el reloj, y los tres dólares se convertían en seis... o en nueve o incluso en muchos más.

Pero todo tiene un fin en esta vida... Llegó el día en que todos los exámenes y tests concluyeron; todos los resultados figuraban inscritos en las respectivas fichas, que formaban ya un buen montón. Con tal motivo, la señorita Christie telefoneó a su casa para pedirle si a la mañana siguiente no

tendría inconveniente en entrevistarse, a las diez en punto, con el doctor Sherwood. El señor Baxter le aseguró que lo haría. Mejor dicho, fue la señora Baxter la que contestó, pues afortunadamente, ella misma había tomado el teléfono al recibir la llamada.

Aquello fue para ella fuente de una gran satisfacción, por cuanto ahora ya tenía la primera pista que podía llevarla a descubrir qué clase de andanzas llevaba su marido; desde aquella lluviosa mañana de hacía dos meses, el comportamiento de Sam era de lo más misterioso. Al comienzo, consideraba sus ausencias de casa y del museo como algo puramente inofensivo, como un nuevo ardid de su esposo para hacerla rabiar. Pero ahora las cosas parecían tomar un cariz muy distinto; cualquier otra mujer habría imaginado que Sam andaba con alguna chica de ésas..., pero en su caso no cabía pensar en semejante ridiculez.

A todas las preguntas que su mujer le hacía, Sam oponía el mutismo más absoluto. En cualquier caso, había descubierto el poder peculiar que brinda el cerrar la boca.

—A su debido tiempo te contestaré —decía Sam, y ello le valió el despecho de su esposa, pero asimismo el respeto por su parte.

Sam se presentó en el despacho del doctor Sherwood unos minutos antes de las diez, siendo recibido inmediatamente. El doctor le dio un cordial apretón de manos:

—Señor Baxter, en primerísimo lugar, déjeme felicitarle. ¡Es usted un magnífico ejemplar de la raza humana! ¡Único entre diez mil!

—Gracias —murmuró Sam al tiempo que iba pensando lo afectuoso que se mostraba el doctor comparado con la primera entrevista.

—Conozco muy bien estas cosas —dijo el doctor— y he de confesarle que tras todos esos exámenes, esos análisis y esas pruebas, con toda esa cantidad de instrumentos de tortura, usted no nos ha defraudado. Lo lógico es que le hubieran encontrado alguna cosa anormal en su anatomía, pues lo corriente es eso. Pero, ¡no, señor! En su caso el cuerpo médico se afanó en vano, y tengo la gran satisfacción de decírselo. ¡Está usted más sano que un

semental!

Sam agradeció aquel homenaje al estado impecable de sus órganos internos con una leve inclinación de cabeza.

—Naturalmente, se habrá preguntado el porqué de tanto reconocimiento médico.

—He de confesar que estoy algo intrigado —admitió Sam.

—Bueno. Ahora puedo decírselo. —El doctor Sherwood vaciló unos segundos y prosiguió, como coordinando sus palabras—: Cualquier persona que hoy en día viva en una capital sabe muy bien el grave problema que plantea la falta de espacio. Pagamos cantidades exorbitantes por un cuchitril en el que nuestros abuelos no se habrían atrevido a meter ni tan siquiera a un perro... Cada centímetro cuadrado está ocupado. Para conseguir más espacio no nos queda otro remedio que edificar en altura, cada vez más alto. Así hemos llegado a tener rascacielos de cien pisos..., luego doscientos..., y ahora, hemos comenzado a meternos en el subsuelo. Pero hay un límite en ambas direcciones, y me temo que ya estemos alcanzando ese límite.

El doctor cogió un lápiz y empezó a trazar líneas y cifras en su cuaderno de notas:

—Digamos que existe la apremiante necesidad de levantar un edificio con un total de unos treinta y cinco millones de metros cúbicos. Pero para ello disponemos solamente de una superficie de diecisiete mil metros cuadrados aproximadamente. Además, la reglamentación actualmente en vigor nos limita la dimensión vertical, la cual no puede rebasar los trescientos treinta metros. Sobre un área semejante, un edificio de esa altura nos daría más o menos unos diecisiete millones y medio de metros cúbicos, o sea sólo la mitad del volumen que necesitamos. ¿Qué podemos hacer, señor Baxter?

—Disponer de más terreno —sugirió Sam.

—Lo siento, pero es todo el que hay.

—Entonces, hacer caso omiso de la reglamentación...

—Ello es totalmente imposible; no podemos.

—En tal caso, no sé cómo se las ingeniarán para edificar ese edificio —dijo Sam.

—Podríamos levantar nuestro edificio con sólo una condición: la de

extenderlo en cualquier otra dimensión.

—¿Pretende extenderlo en una cuarta dimensión? —preguntó Sam asombrado.

—Llámele cuarta, quinta, o como le plazca.

Sam se atrevió a sugerir:

—Si usted me da las dimensiones que le pida, le puedo construir un edificio con todas las dimensiones que se le antojen.

—Teóricamente, sí —asintió el doctor Sherwood—, pero en la práctica no resulta tan fácil. Le diré que hace ya cinco años que los especialistas de la Facultad de Física comenzaron a sentar las bases de un programa dimensional. Aquello me pareció una verdadera locura y me opuse al mismo. Pero nadie me hizo caso. Los físicos siguieron en sus trece, pidieron gran cantidad de dinero, y lo obtuvieron. Se acabó el dinero, y no habían demostrado absolutamente nada. Tal como yo había previsto —subrayó el doctor Sherwood con gran satisfacción—. Como suele ocurrir en la ciencia, la clave del problema llegó de una fuente totalmente inesperada. No de aquel grupo de ineptos, sino de la observación de ciertas desviaciones en las órbitas de Mercurio y de Ícaro en relación con el cuádruple momento del Sol. Tan pronto como conseguimos el dato esencial, el resto fue facilísimo. Al cabo de más de un año sabemos no solamente cómo transportar a un hombre a otra dimensión, sino también cómo hacerle regresar.

El doctor Sherwood extrajo de un sobre dos grandes placas fotográficas, y las proyectó en la pantalla de su despacho.

—Observe bien esto —dijo apagando la luz—. Por supuesto, son negativos, pero para el caso da igual. Esta es una fotografía tomada normalmente; reconocerá el lugar: es la parada en donde suele usted tomar el autobús. Se trata de una foto normal, y tomada como de costumbre. La segunda foto, muestra exactamente la misma escena, pero esta vez tomada en multidimensión. ¿La reconocería?

—De ninguna manera.

—Tratando de interpretar esa evidencia multidimensional, no estamos tan seguros de haber obtenido una simple extradimensión. Y eso es lo que más nos viene preocupando desde hace tiempo. Nosotros tratamos principalmente

de conseguir la cuarta dimensión. Pero, mire ese mosaico de puntos y líneas que aparece en esa esquina, ¿lo ve? Pues procede de la quinta dimensión. Y ahora, ¿ve esas sombras? Pues se trata de las intrusiones no ya de la quinta, sino de la sexta dimensión... Y hace unos días, vienen proclamando que ya encontraron las huellas de la séptima. Un verdadero enredo...

—Desde luego, lo es —admitió Sam.

—Trasladarse por dentro de esa maraña dimensional y salir de ella sano y salvo sería mucho más difícil que hacer que un hombre llegara a Marte y regresara. Sin embargo, esos problemas de transferencia, ya los tenemos casi superados. Ahora podemos comenzar la construcción de nuestro edificio en cualquier momento. Pero aún nos retiene una cosa...

—¡Ah! ¿De qué se trata?

—El temor; un temor paralizante.

—Lo siento, pero no le entiendo —dijo Sam.

—Señor Baxter, no es lo que usted se imagina. No se trata de nada relacionado con lo que ya hemos experimentado, sino de algo muy diferente.

El doctor permaneció unos segundos en silencio, mientras estudiaba las fotografías.

—Nosotros —continuó— creemos ser criaturas cuyo entorno natural es el espacio tridimensional. Sin embargo, eso no es cierto en su totalidad, sino el ochenta y cinco por ciento de la verdad. En realidad, somos criaturas cuyo entorno natural es el espacio bidimensional: el suelo que pisamos. Nadie vacilaría en pasar sobre una tabla situada en esta habitación a escasos centímetros del suelo. Pero si colocamos esa misma tabla entre dos edificios a trescientos cincuenta metros de altura, ¿cuántas personas se atreverán a ir por ella? Aunque le pinche una espada no lo conseguirá...

—Bueno, es posible que alguno...

—Algunas personas, sí —admitió el doctor Sherwood—. Es cierto que hay gente que no se espanta en absoluto ante la tercera dimensión. Lo de andar sobre una tabla colocada a gran altura sería fácil para ellos.

»Cuando al principio descubrimos el secreto, todos estaban ansiosos por ver cómo se verían las cosas en la multidimensión. Ello me recordaba a los niños tratando de mirar por un agujero de la lona para ver lo que pasa en el

circo. Bueno, el caso es que una docena hicieron el viaje multidimensional.

El doctor Sherwood tuvo una sarcástica sonrisa.

—Ninguno de ellos tardó mucho tiempo, pese a existir considerables variaciones, según las personas. El viaje solía durar de dos a veinte segundos. Nunca vi personas tan aterradas. Entre ellos, hubo un profesor de humanidades que tuvo que pasar una semana en la clínica, tomando sedantes.

»Todo parecía indicar —continuó el doctor— que tras aquellas malogradas experiencias, el programa multidimensional quedaría totalmente arrinconado. Sin embargo, a alguien se le ocurrió una idea feliz: quizá existieran gentes que, al igual que los paracaidistas o los trabajadores de la construcción, no temieran a las grandes alturas; alguien, en suma, que no se espantara ni sintiera absolutamente este infierno.

—¿Infierno, ha dicho?

—Perdone, es nuestra palabra vulgar para referirnos a ese temor que sienten los que lo experimentan. Cuando nos encontramos con el hecho de que nuestras fotografías presentaban varias dimensiones —explicó el doctor Sherwood—, dejamos de hablar del espacio de cuatro dimensiones, de cinco, de seis, etc., para denominarlas con el término de espacio «N». Así, comenzamos a referirnos al terrible temor al espacio «N» con la palabra inglesa «N-fear»^[9]. Sin duda sabe usted —siguió diciendo el doctor Sherwood— que la pronunciación de ese término se parece mucho a la de de «enfer», o sea infierno en francés.

El doctor sonrió:

—Habíamos llamado a un gran matemático belga para que colaborara en nuestras investigaciones. Hablaba bastante mal el inglés, y cuando nos oyó hablar del «N-fear» se imaginó que nos referíamos al «enfer», al infierno. Así, cuando se marchó, decidimos conservar esa denominación, pues realmente se trata del infierno...

El doctor sacó su pañuelo y se puso a limpiar los cristales de sus gafas. Sin ellas puestas, sus ojos parecían viejos y cansados.

—Bien —siguió explicando—, le diré que incluso esos locos endemoniados que son capaces de saltar docenas de veces en paracaídas cada semana tampoco demostraron una gran resistencia. Algunos se sumieron en

el infierno durante unos doce minutos, pero a todos ellos hubo que hospitalizarles después del experimento. Y claro está, a ninguno le entusiasmaba el hacer carrera en el infierno ése. De modo que también tuvimos que renunciar a esos individuos.

»Como le estaba diciendo —continuó el doctor Sherwood—, nos hemos encontrado con el hecho de que las personas reaccionaban de muy distinta manera ante el llamado infierno, puesto que así hemos dado en calificarlo. De manera que todos nos preguntamos cómo podríamos elegir a un buen candidato. Le confesaré que hasta la fecha no tuvimos ningún éxito.

Volvió a ponerse las gafas y miró insistentemente a su interlocutor:

—Bueno, señor Baxter, ya sabe todo cuanto tenía que saber. ¿Alguna pregunta?

—Pues, realmente, no se me ocurre ninguna.

—¿He de interpretarlo como que usted desea seguir adelante?

—Desde luego —afirmó Sam.

—Quizá, querría usted ir a su casa y descansar primero un poco, antes de comenzar.

—No, no; no hace falta.

—Permítame felicitarle nuevamente y llamar asimismo su atención sobre la grave decisión que acaba de tomar. En el «infierno», quedará expuesto no solamente a ciertas lesiones físicas, sino también probablemente a un grave trauma psíquico. ¿Me ha entendido bien?

—Entendí perfectamente.

—Créame, señor Baxter; me he entrevistado ya con hombres y mujeres mucho mejor preparados y adiestrados para el «infierno» que usted. Los he visto antes del experimento rebosantes de entusiasmo y de confianza en sí mismos. También los he visto, después de su viaje al «infierno» con los nervios totalmente deshechos. —El doctor Sherwood vaciló unos segundos —: Y me queda algo más que decirle...

—¡Ah, sí! ¿Qué cosa?

—En uno de los casos, el candidato no regresó nunca del «infierno»...

Un silencio sepulcral reinó en la habitación. Durante unos segundos sólo se oía el zumbido del aparates acondicionador de aire.

—¿Sigue usted tan decidido como siempre? —preguntó el doctor Sherwood.

—Absolutamente —dijo Sam con voz recia.

De repente, los modales del doctor Sherwood se transformaron; de consejero médico se convirtió en un administrador de negocios:

—Aún nos quedan algunas pequeñas formalidades por cumplir. Debe firmarme este documento. Luego tendrá que entrevistarse con el doctor Cameron en su despacho de la planta baja. Le formulará algunas preguntas.

El doctor Sherwood entreabrió la puerta de su despacho y llamó a su secretaria:

—Señorita Christie, haga el favor de preguntarle al doctor Cameron si puede recibir al señor Baxter ahora mismo.

Abandonó su silla, sin dejar de mirar a Sam Baxter con una expresión irónica:

—¿Está usted totalmente seguro de salir airoso, señor Baxter?

—Nadie podría detenerme.

La secretaria llamó a la puerta y entró en el despacho anunciando:

—El doctor Cameron dice que baje inmediatamente a verlo.

—Vale más que vaya a verlo en el acto —aconsejó el doctor Sherwood —. Cuanto antes mejor —agregó, y salió junto con Sam Baxter.

El doctor Cameron era un hombre delgado y encorvado, cuyo cuerpo parecía flotar dentro de su vestimenta, la cual parecía haber sido confeccionada para una persona de veinte kilos más. Sus pálidos ojos azules eran casi inexpresivos. El doctor Sherwood abrevió lo más posible la presentación del nuevo candidato y volvió a marcharse, diciendo:

—Le volveré a ver dentro de media hora, ¿de acuerdo?

El doctor Cameron asintió distraídamente sin dejar de mirar una serie de fichas que estaba seleccionando. Hasta que no las tuvo todas colocadas en su respectivo lugar, no se dignó reparar en la presencia de Sam.

—¿Es usted Samuel Baxter, el nuevo candidato para el «infierno»? —preguntó, sin dejar de consultar una de sus tarjetas.

—Para servirle —replicó Sam al tiempo que se dejaba caer en una silla.

Sam se sentía como un muchacho travieso reñido por el profesor debido a cualquier travesura.

—Supongo que el doctor Sherwood le habrá explicado, aunque sea muy brevemente, los peligros del «infierno».

—Sí, me lo ha explicado todo.

—¿Y usted no siente ningún temor?

—En absoluto.

El doctor Cameron se puso a remover el montón de tarjetas y, barajándolas en sus manos, las fue colocando sobre su mesa como si estuviera jugando a los naipes.

—Bien, señor Baxter, tengo que hacerle unas preguntas. Desde luego, puede no contestarlas, si así le conviene. Esto no es ningún tribunal y no está usted bajo juramento.

—Empiece —contestó Sam—. Pregúnteme cuanto desee, pues tendré el mayor placer en contestarle.

—Gracias —dijo el doctor Cameron, poniendo otra ficha boca abajo sobre la mesa—. Apreciamos sumamente su cooperación en este difícil asunto.

El doctor Cameron parecía no estar muy seguro de cómo proceder. Sam se sentía más bien molesto por él.

—Dígame, señor Baxter, ¿acaso se ha encontrado alguna vez en una situación que usted consideraba especialmente peligrosa?

Sam estuvo pensando un momento; luego explicó:

—Bueno, sí; una vez me vi perseguido por un oso en el parque de Yellowstone.

El doctor Cameron tuvo que hacer un esfuerzo para no perder la impassibilidad de su rostro:

—¿Y qué sucedió?

—Salí huyendo de la fiera. Entonces era muy joven y podía correr...

—¿No le parece que esa situación tiene más de humorística que de peligrosa?

—En este momento, al recordar aquella aventura, me parece bastante

cómica; pero yo le aseguro que cuando me sucedió no tenía ninguna gracia...

—Comprendo —murmuró el doctor Cameron al tiempo que escribía en una de las fichas—. ¿No recuerda ningún otro caso en el que se enfrentara con un serio peligro, aparte lo del oso?

—Pues, no; no recuerdo ningún otro caso.

—Cuando estaba en el colegio, ¿consiguió destacar en alguna asignatura o recibió algún premio?

—Nada. No obtuve ninguna copa ni me impusieron ninguna medalla de honor...

—¿No hubo casos en los que los demás alumnos obtuvieran unas distinciones que usted considerase haber merecido?

—No; realmente, no.

—Señor Baxter, según mis anotaciones, está usted empleado como guía en el Museo Colfax, y lleva trabajando dieciséis años en dicho museo...

—Sí.

—Y durante todo ese tiempo, ¿ha servido usted fielmente al museo?

—Sí; y con plena dedicación, poniendo al servicio de los visitantes toda mi capacidad.

—Señor Baxter, ¿cuando cobró usted su último aumento de sueldo?

Sam vaciló unos segundos, y dijo:

—No recuerdo exactamente. Hace unos años; más o menos... Lo siento, pero no sabría decir cuándo fue.

—¿Acaso en estos últimos seis meses? —preguntó el doctor Cameron.

—No, hace mucho más.

—¿El año pasado?

—Tampoco.

—¿Hace dos o más años?

—Ahora me parece recordar: fue el primero de julio; hace cinco años. Sí, fue entonces cuando me aumentaron el sueldo.

El doctor Cameron anotó el dato en una de sus fichas:

—¿A cuánto ascendía el aumento?

—Hace tanto tiempo que ya no me acuerdo...

—Vamos, vamos, señor Baxter —dijo el doctor Cameron algo impaciente

—, si hay algo que una persona recuerda siempre, es precisamente la cuantía de su sueldo.

—Si mal no recuerdo, me pagaban cincuenta dólares mensuales.

El doctor Cameron consultó nuevamente sus fichas, y declaró:

—Según la nómina de pago del Museo Colfax, el aumento ascendía exactamente a cuarenta y cinco dólares al mes. Tomando en consideración el alza del coste de la vida y los sueldos que suelen cobrar los demás empleados de su categoría, ¿le pareció justo o injusto el aumento que entonces le asignaron?

—Bueno... si tenemos en cuenta...

—Sin rodeos; ¿era justo?

—No.

—¿Presentó alguna queja ante su superior por los sueldos inadecuados percibidos por los empleados del museo?

—Quizá haya hablado de ello un par de veces...

—¿Lo comentó con su esposa?

—Sí, pero más hubiese valido que no le hablara de eso.

—¿Cuál fue la reacción de la señora Baxter?

—Cuando le comuniqué que había recibido un aumento de sueldo se puso contenta, claro...

—¿Y no dijo nada más?

—Bueno, sí; le parecía que me podían haber dado bastante más...

El doctor Cameron lo miró fijamente:

—Señor Baxter, ¿no es verdad que su esposa se puso como una furia cuando le comunicó la cuantía de su aumento?

—Sí; se enfadó bastante.

—¿No le amenazó con abandonarle si usted no iba al día siguiente al despacho del director de su departamento a pedirle más aumento?

—Creo que, efectivamente, me objetó esas cosas...

—Bien, ¿y usted qué hizo?

Sam no contestó, hundiéndose en su silla con la mirada vuelta hacia otro lado.

—Bien, ¿qué me dice, señor Baxter? —insistió el doctor Cameron.

Sam, mirando al suelo con aire compungido, replicó:

—Perdone, doctor, ¿qué me estaba preguntando?

—Al día siguiente —prosiguió el doctor Cameron sin alzar el tono pero destacando las sílabas—, ¿fue usted a visitar al director de su departamento para pedirle un mayor aumento de sueldo?

—No; no fui.

—¿Por qué?

—Bueno, verá usted, doctor... No recuerdo muy bien. El caso es que el director de mi departamento estaba aún de vacaciones.

—Pero, cuando regresó, ¿fue a verle?

—Pues, no fui tampoco.

El doctor Cameron guardó silencio unos segundos. Parecía un boxeador estudiando a su adversario antes de asestarle un golpe fulminante. Volvió al ataque.

—¿Y durante los cinco últimos años no habló usted ni una sola vez con su director acerca del aumento de su sueldo?

—No; nunca.

—Supongo que estaría tan atareado, que usted no tuvo la oportunidad de presentar su reclamación, ¿no es así? —preguntó el doctor Cameron con simpatía.

—No, mi director nunca está muy atareado.

—Entonces, ¿por qué no fue a verle?

Sam no contestó.

—Conteste, señor Baxter, ¿por qué no fue a pedirle aumento?

—Porque sentía miedo —gritó Sam con voz ronca—. Toda mi vida he sentido miedo; tanto miedo que he dejado que la gente me pisoteara..., me escarneciera y se aprovechara de mí... Nunca supe imponerme, hacerme respetar. Por eso nunca ascendí en mi trabajo.

Escondió el rostro entre sus manos, y dijo sordamente:

—Esta era mi última oportunidad. Estaba dispuesto a salir adelante, y si fracasaba..., a quitarme la vida...

El doctor Cameron seguía sentado, impertérrito, sin expresión alguna en sus pálidos ojos azules. Alguien llamó a la puerta del despacho.

—¡Pasen! —dijo el doctor.

El rostro del doctor Sherwood asomó por la puerta:

—¿Todo marcha bien? —preguntó.

El doctor Cameron hizo un ademán, señalando a Sam hundido en su silla, completamente anonadado. El doctor Sherwood lo miró con una expresión de desagrado:

—No parece que sea un buen candidato para el «infierno».

El doctor Cameron sonrió débilmente y afirmó:

—Puedo asegurarle que es un excelente candidato. Uno de los mejores que hemos tenido nunca.

El pequeño hospital de medicina experimental de Silurian Lake era uno de los mejores equipados de Estados Unidos, tanto desde el punto de vista técnico como de su plantilla. A juicio de los médicos que allí estaban, un candidato para el experimento del tubo de transferencia multidimensional — el llamado «infierno»— debía ser preparado como un paciente llamado a sufrir una complicada intervención quirúrgica.

Samuel Baxter fue instalado en una blanca habitación, dotada de las máximas comodidades. Al cabo de unos instantes, una hermosa enfermera vino a ponerle una inyección, después de lo cual le sugirió muy amablemente que descansara. Sam estaba deseando precisamente eso, pero la risa, que le había entrado y relajado sus nervios después de la entrevista con el doctor Cameron, se había transformado ahora en una sensación de pánico. Si en este momento hubiese tenido la oportunidad de escapar de allí, lo habría hecho...

Pensó que, al fin y al cabo, no le resultaría tan difícil volverse a vestir y salir de la habitación sin que nadie lo viera. No estaba enfermo; por el contrario, se sentía fuerte. Una vez fuera del hospital, el único problema era que tenía que atravesar el desierto de Mohave. Pero si encontraba un coche, la cosa no sería tan difícil. Ya se presentaría alguna oportunidad; alguien lo llevaría, sin duda... Volvió a recostarse sobre la almohada, aliviado al pensar que el problema estaba tan fácilmente resuelto.

Un médico y dos jóvenes estaban junto a su cama, y lo estaban mirando,

sonrientes. ¿De dónde habían salido? se preguntaba Sam.

Ahora el doctor le estaba inyectando algo en una de las venas del brazo. Durante unos segundos, vio cómo el tubo iba bajando, bajando... Y se sumió en él; ya no sentía nada... A lo mejor se trataba de una equivocación...

Samuel Baxter estuvo en el «infierno» durante tres horas y veinte minutos, sin contar el tiempo pasado en el tubo de transferencia multidimensional y el regreso a su habitación, con lo cual superó ampliamente la marca establecida por un acróbata muy famoso de Hollywood. Fue detenido por una patrulla a un par de millas del punto de transferencia, y pese a sus protestas lo hicieron volver por el mismo camino al hospital, donde lo tuvieron totalmente aislado durante treinta y seis horas sometiéndole a un montón de preguntas y tests.

El rumor del éxito alcanzado por Samuel Baxter se extendió como la pólvora por Silurian Lake, y de la noche a la mañana, la población de la pequeña localidad se duplicó. Anteriormente, el proyecto «Infierno» se había convertido en una triste tentativa, y podía pensarse que estaban tratando de hundirlo en los sótanos de Fort Knox... Pero, ahora lo habían conseguido: no solamente habían mandado a un hombre a la cuarta dimensión, sino que lo habían traído desde allí sano y salvo.

—Señor Baxter, haga el favor de acercarse un poco más para que nuestros telespectadores le vean mejor... Muy bien, así está mejor... Y ahora, ¿puede decirnos cómo lo pasó en su viaje a través de esa cuarta dimensión?

—Me divertí y lo pasé muy bien.

—¿Sintió miedo en cualquier momento de su expedición?

—En absoluto. Por el contrario, fue para mí una magnífica y apasionante aventura.

—¿Puede describirnos cómo se ve nuestro mundo desde la cuarta dimensión espacial?

—No, señor. Lo siento mucho, pero no puedo. Ello sería tanto como

describir los colores del arco iris a un hombre ciego de nacimiento. Lo único que puedo decir es que aquello era maravilloso..., realmente maravilloso. Siento no ser un poeta. Es posible que entonces pudiera describir cuanto vi.

—Señor Baxter, ¿acaso esa penetración en la cuarta dimensión puede acabar con el déficit espacial en la construcción?

—Exactamente.

—¿Y qué le parecería un pequeño viaje por la quinta dimensión?

—La quinta, la sexta, la séptima... y las que usted quiera.

—Muchísimas gracias, señor Baxter —dijo el entrevistador de la cadena de televisión, mientras Sam saludaba a los invisibles telespectadores.

A Samuel Baxter le ofrecieron una cantidad fabulosa por su relato sobre el «infierno», pero, por desgracia, insistió en escribir él mismo aquel libro. Y como nunca había escrito nada, pronto se dio cuenta de que el poner las palabras sobre el papel era mucho más difícil de lo que imaginara. Apenas si llevaba escritas las primeras páginas cuando anunciaron que los experimentos multidimensionales se suspendían por falta de fondos. El Congreso se negaba a sufragar los costes de un proyecto en el que solamente un hombre entre mil podía conseguir el éxito. El resultado fue que Sam nunca acabó su libro y todos sus planes se vinieron abajo, puesto que los lectores potenciales se enteraron de que el informe oficial sobre aquel experimento acababa de aparecer en los *Anales de los experimentos médicos*, vol. 37, pág. 313.

De modo que Samuel Baxter regresó a su antiguo empleo en el Museo Colfax, donde hoy ostenta el cargo de jefe de Información y Correspondencia en la sección de «Monos antropoides y el hombre primitivo». Sus amigos afirman que el «infierno» le sirvió para algo. El caso es que, pese a su viaje por la cuarta dimensión, Baxter es hoy un hombre feliz y junto con su esposa Emily lo pasan bien. Ahora ella no deja de mirar por él, pues su marido se ha distinguido entre todos los demás hombres de la Tierra al conquistar el récord del mayor tiempo pasado en el «infierno».

Sam afirma que, pese a como quieran considerarlo los demás, nuestro mundo es realmente hermoso y maravilloso; vivimos en medio de sus

hermosuras y basta con querer disfrutarlas, a condición de que no seamos estúpidos.

Si tiene la oportunidad de pasar alguna vez por el Museo Colfax, no deje de preguntar, amigo lector, por Samuel Baxter.

LA EXPLOSIÓN

Robert Rohrer

En este relato tal vez alguien vea una parábola de nuestro propio mundo; y probablemente no se equivoque. La nave interplanetaria amenazada de destrucción por los enfrentamientos raciales de sus tripulantes muy bien podría simbolizar a la Tierra misma. Y el triste final de su tripulación podría convertirse, de no cambiar las cosas, en el de toda la humanidad.

El cohete teledirigido de casco negro emitía su tictac mientras cruzaba veloz la noche del espacio. Ascendió rápidamente desde una coordenada preestablecida a otra, en un arco cada vez más amplio. El cohete había fallado el blanco asignado, de modo que el arco aumentaba desusadamente, y en aquel momento alcanzaba un sector de 150.000 kilómetros de longitud.

Hacía ya un siglo que el proyectil había sido disparado, durante una guerra que había cambiado la forma de vida del planeta, una guerra que no terminó con la capitulación de los vencidos. Esa contienda aún se estaba disputando, pero no con las fuerzas titánicas del átomo y de las máquinas, sino con las mentes y las almas de los hombres y de otros que querían serlo.

Desde hacía un siglo el diminuto motor atómico del cohete hizo que éste saltara de un punto a otro de las coordenadas con constante regularidad, y esto mantendría en movimiento al proyectil y su potente cabeza nuclear hasta que algo se interpusiera en su camino.

Una vez más se cerró un circuito, se movió una varilla, y el átomo vomitó potencia. El cohete no pensaba; tan sólo avanzaba.

A unos pocos cientos de kilómetros del proyectil se hallaba inmóvil el pequeño crucero *Estrella del Sur*, envuelto en una verde nube de refrigerante líquido que se había acumulado en el exterior del casco. En este último se apreciaba un orificio producido por un minúsculo meteorito. Como el calor generado por los cohetes del navío sideral hubiese fundido su casco, de no haber funcionado aquéllos adecuadamente, se había cortado la propulsión y el *Estrella del Sur* permanecía inmóvil, abatida su pantalla protectora y en la

trayectoria directa del proyectil.

En el cónico compartimiento de entrada del crucero, situado justamente en el exterior de la bóveda de cohetes del *Estrella del Sur*, se hallaban dos hombres y dos maxyds. Uno de los hombres era alto, llevaba barba de varios días y su rostro y cuello relucían a causa del sudor. En cuanto a los dos maxyds tenían el rostro y las zarpas cubiertas por un pelaje hirsuto y amarillento. Sus cabezas eran como la de un osito de felpa barato, y ambos presentaban un aspecto idéntico, al menos para los dos hombres.

Los cuatro llevaban puesto el uniforme azul claro de las Fuerzas Espaciales a la que pertenecían.

—Maldita tubería —masculló el más alto.

Le disgustaba el contratiempo porque deseaba llegar cuanto antes a la siguiente colonia, y el trabajo de reparación iba a demorar la marcha de la nave un día, o tal vez dos.

—Esta maldita tubería ha tenido que estallar —agregó al mismo tiempo que depositaba las pesadas herramientas que empuñaba, tras lo cual se incorporó y se desperezó—. Cielos, cuando llegue a la Colonia Quince me conseguiré la mejor ramera que encuentre, y...

—Cállate —dijo el hombre más bajo.

El otro dejó de estirarse e inquirió:

—¿Qué has dicho?

—He dicho que te calles de una vez. Estoy harto de ti y de tu sucia boca.

—¡Ah, vaya! Pues escucha bien, tú no eres más que un...

—Basta, sigamos adelante —dijo uno de los maxyds—. No es momento para perder el tiempo.

El alto se volvió hacia el maxyd y le dijo socarronamente:

—Bueno, bueno... Está bien, manos a la obra.

El hombre más bajo dejó a su vez las herramientas que había traído, y los maxyds, que estaban ya vestidos con los trajes espaciales, se ajustaron los cascos y se dispusieron a entrar en la abertura de emergencia del tubo de refrigeración.

En el interior de la sala de control del *Estrella del Sur* se hallaba de pie el capitán Henry Bittnel, mirando por el gran tragaluz de proa de la nave hacia los rutilantes puntos blancos y rosados que eran las estrellas diseminadas por la negra bóveda celeste. También Bittnel pensaba buscarse una prostituta, en cuanto llegase a la Colonia Quince, aunque no dijera nada de eso a sus subordinados. No lo dijo al operador de radio que se sentaba a su izquierda, ni al piloto que se arrellanaba en su sillón acolchado, delante de él, ni al maxyd que se hallaba de pie a su derecha. Y, desde luego, tampoco iba a decirlo a su mujer, en la Tierra.

El maxyd que estaba junto al capitán se llamaba Kaaru. Era el segundo en el mando, después de Bittnel, y transmitía a éste todas las quejas de los maxyds alistados en la astronave. No eran pocas las quejas, y Bittnel maldecía a menudo, en la intimidad de su camarote, la ley que exigía que las dotaciones de las naves militares estuvieran compuestas por hombres y por maxyds.

Bittnel nunca se cansaba de contemplar las estrellas. Las había de aspecto muy distinto, todas poseían características diferentes, para un buen observador. Y cuando dejaba de examinar una estrella determinada, Bittnel estudiaba el efecto general del polvillo espacial y de las luminarias, que eran como fragmentos de plata, y jamás parecía aburrirse de aquel grandioso espectáculo.

—Qué hermoso —dijo Kaaru, suavemente.

Bittnel se volvió a medias. Simpatizaba con Kaaru, y pensaba que lo que decían los hombres acerca de los maxyds no eran más que necedades. Bittnel había descubierto que eran gente orgullosa, pero gente al fin y al cabo, y no podía comprender por qué había tanta animosidad contra ellos entre los tripulantes.

—¿Adónde piensa ir, cuando hayamos llegado a la Colonia Quince? —le preguntó Kaaru, con su voz baja y nasal.

—A la cama más mullida que encuentre —repuso Bittnel sinceramente, aunque la pregunta le incomodaba.

—Yo también —aseguró Kaaru, y su corto morro se estremeció ligeramente—. La situación entre los miembros de la tripulación ha mejorado mucho desde que usted habló a los suyos.

—Eso creo; si los maxyds alistados supieran el gran respeto que siento por ellos, y que estoy seguro de que comparten la mayor parte de los hombres...

Baker, el operador de radio, alzó la cabeza y se quitó los auriculares, manifestando:

—Llama el jefe de radar, señor.

Bittnel tomó el aparato y se colocó uno de los auriculares al oído, para luego hablar por el micrófono cónico:

—Dígame, Harris...

—Capitán, algo se acerca velozmente por nuestra banda de estribor.

—¿Es un aerolito?

—No, señor. Los analizadores indican radiactividad. Me parece que se trata de un proyectil teledirigido, señor.

—¿Un proyectil teledirigido? —repitió Bittnel, y vio por el rabillo del ojo cómo los demás se ponían tensos—. ¿Está seguro?

—Sí, señor. En realidad, no podría ser otra cosa.

—¿Cuándo se producirá la colisión?

—Dentro de un minuto y medio, señor, si no levantamos la pantalla protectora.

Bittnel entregó el auricular al operador. Los generadores de la pantalla quemarían el casco de la nave, si no había refrigeración. Pero cuatro tripulantes estaban allí abajo, reparando la tubería principal del sistema refrigerador.

—Póngame con el compartimento de entrada por el intercomunicador.

—Sí, señor —repuso Baker, y pulsó un conmutador Bittnel tomó el micrófono del intercomunicador y dijo:

—Habla el capitán. Cierren la abertura de emergencia del tubo principal.

—Pero, señor, hay dos maxyds trabajando allí ahora —contestó por el aparato una voz llena de sorpresa.

Kaaru se estremeció ligeramente. Bittnel observó al maxyde, pero los ojos

de éste se mantenían impasibles. El capitán sabía lo que había detrás de aquella mirada.

—¿A qué distancia se han adentrado? —preguntó.

—A unos cuarenta metros —contestó la voz.

Bittnel dijo a Kaaru:

—Disponemos de menos de un minuto. Tengo que hacerlo.

Kaaru no respondió.

Bittnel ordenó por el micrófono:

—Cierren la abertura inmediatamente.

—Sí, señor —respondió la voz, y se oyó un sonido como de algo que se deslizaba.

Volviéndose al piloto, Bittnel dio otra orden:

—Accione la bomba del refrigerante, y levante la pantalla protectora.

—Sí, señor —dijo el piloto, y sus manos se movieron rápidamente sobre el cuadro de mandos.

Bittnel dijo a Kaaru:

—No había tiempo para sacarlos. Lo siento.

Se daba cuenta de que los maxyds se hallaban en ese momento ahogándose en el refrigerante, y eran golpeados contra las vigas de unión del tubo. Decía la verdad cuando afirmaba que lo sentía.

—Yo lo comprendo —aseguró Kaaru, lentamente—; pero, ¿lo entenderá mi gente?

—Es necesario que usted se lo haga comprender. Verá, Kaaru...

Una sirena aulló en el interior del crucero. Eso significaba que el proyectil había chocado contra la pantalla protectora, pero que no había estallado.

—No ha hecho explosión. Era un proyectil sin carga —dijo Kaaru, sin dar importancia a sus palabras, aunque en ellas había más acusación que si hubiera hablado lleno de enojo.

Bittnel ordenó entonces al piloto:

—Teniente, mande afuera algunos especialistas en explosivos, y que introduzcan el objeto, si les parece seguro. No podemos dejarlo que vague perdido por ahí.

En su interior se sentía agobiado. Había causado la muerte de dos tripulantes, tal vez sin motivo alguno.

—Lo siento, Kaaru. No tenía otra elección... Créame...

—Trataré de decírselo así a mi gente —repuso Kaaru, con una mirada distante como nunca la había tenido desde que se iniciara su amistad con Bittnel—. Pero sería mejor si les hablara excusándose por los que han muerto.

Bittnel miró fijamente a Kaaru. Los maxyds eran gentes orgullosas, ciertamente, pero existían reglas.

—Sabe usted que no puedo hacer eso, Kaaru —concluyó diciendo el capitán.

Kaaru se miró la zarpa abierta, se encogió de hombros y contestó:

—Como usted quiera.

El hombre alto estaba hablando en su camarote con dos de sus compañeros.

—Hoy tuve que liquidar a dos de esos condenados maxyds —manifestó.

—¿Es posible? —respondió uno de sus acompañantes.

—Ya lo creo. Estaba haciendo unas reparaciones cuando el capitán me llamó diciendo: «Cierre inmediatamente la compuerta de emergencia». Así lo hice yo, y al momento el tubo se llenó de refrigerante. En seguida oí a los dos maxyds chocando contra las paredes del interior. Mañana tendré que entrar para sacarles de donde están. Tardaremos un día más en llegar a la Colonia Quince, pero ha valido la pena. Acabé con esos malditos... salvajes.

—En realidad, tú no les has hecho nada —intervino uno de los compañeros—. Sólo hiciste lo que te ordenó el capitán.

—Claro, fue el capitán quien lo ha hecho —terció el otro.

—Maldita sea, era igual que si lo hubiera pensado yo mismo —aseguró el alto—. Me gustaría hacerlo de nuevo. Desearía liquidarlos yo de verdad.

—Yo también lo haría —confirmó una de los otros dos.

Bittnel se hallaba leyendo el informe del equipo de explosivos cuando Kaaru entró en su camarote.

—Kaaru, ¿quiere sentarse? —dijo Bittnel, poniéndose en pie y siguiendo la fórmula de cortesía de los maxyds.

—Gracias, pero no puedo.

Kaaru omitió las habituales frases de introducción, de lo que Bittnel pudo colegir que el asunto era grave.

—He hablado con mi gente —siguió diciendo el maxyd—. Están inquietos. Hablan de... imprudencias. Exigen una explicación personal por parte de usted.

Bittnel apretó los labios. En cierto modo había esperado eso. Los maxyds ejercían una gran influencia política en el Gobierno interplanetario; debido a que su situación, hasta muy poco antes, había sido la de un grupo social poco privilegiado. Esperaban que los hombres se plegaran siempre a sus deseos, ahora que habían conseguido cierta medida de igualdad. Como resultado de esto se estaban produciendo muchas desavenencias en los planetas.

Bittnel no quería problemas en su nave. Esto era muy peligroso en un viaje de larga duración y en un minúsculo crucero donde no existían mujeres que contribuyeran a aliviar las tensiones.

—Dígame, Kaaru, ¿recuerda el caso del *Lincoln*? —preguntó el capitán—. ¿Se acuerda de los linchamientos?

Kaaru no dijo nada. Bittnel añadió:

—El capitán del *Lincoln* pidió disculpas públicamente.

—La culpa fue de la tripulación —contestó Kaaru.

—No, fue del capitán —declaró Bittnel, moviendo negativamente la cabeza—. No debió haber pedido excusas. Los maxyds de la tripulación consideraron esas disculpas como una muestra de inferioridad de los hombres, y sacaron siempre a colación el asunto hasta que los hombres se hartaron y el *Lincoln* se convirtió en una nave muerta después de la refriega. Yo no quiero disturbios en mi crucero, Kaaru, y si hiciera lo que usted me pide, correría el riesgo de enfrentarme con una situación parecida, por la

misma razón. No puedo arriesgarme.

Kaaru no pareció escuchar las últimas palabras de Bittnel, e insistió:

—El caso del *Lincoln* era diferente en un determinado aspecto.

—Sí, pero los factores eran los mismos, Kaaru. ¿No comprende que por ese motivo ahora hay una regla que prohíbe al capitán hacer cualquier clase de concesión a sus tripulantes? Eso mina su autoridad sobre ellos, lo que a su vez significa falta de moral, de orden...

—Sé que hay unos reglamentos —dijo Kaaru—; pero yo no puedo convencer a mi gente de que usted no utiliza esas reglas como excusa porque no quiere pedirles disculpas.

—Su gente..., mi gente... —repuso Bittnel—. Kaaru, todos somos la misma gente; una tripulación de una nave, que actúa como una unidad. Mientras sigamos obrando unos contra otros, como ahora, tratando de pasarnos por encima mutuamente, no habrá ninguna unidad. El simple hecho es que si un capitán se humilla ante su tripulación, pierde el respeto y el dominio que tiene sobre ella. Por eso existe dicha reglamentación. Ocurre que soy el capitán de la nave, y que los que usted llama «su gente» integran la tripulación de la misma. Hice lo que debía, y voy a seguir aplicando los reglamentos.

—Esto supone una terrible afrenta para mi pueblo —manifestó Kaaru pausadamente.

Bittnel frunció el ceño e hizo una nueva tentativa.

—Mire esto —dijo tendiéndole la hoja de papel que estaba leyendo cuando había entrado Kaaru—. Se trata del informe que los hombres del equipo de explosivos me enviaron. Fíjese; si el proyectil hubiera chocado contra el casco de la nave, habría estallado. Se trata de un viejo cohete y nuestra pantalla protectora no fue lo suficientemente sólida como para activar la cabeza nuclear, pero el casco del crucero lo hubiese hecho. Ahora todo está pendiente de un hilo. La sacudida más insignificante puede provocar el estallido. El artefacto se encuentra en estos momentos junto a la santabárbara, sujeto con abrazaderas. Antes de que lleguemos a la Colonia Quince tendremos que lanzarlo en una zona segura para hacerlo detonar. Hubiera partido esta nave por la mitad, Kaaru, de no haberse levantado la pantalla.

Aquellos dos no murieron inútilmente. Puede decirle eso a los otros.

El maxyd terminó la lectura del informe y miró a Bittnel, quien casi pudo leer lo que pasaba por la mente de Kaaru, a través de sus grandes y pálidos ojos. Por fin, Kaaru tomó una decisión, y dijo:

—Está bien; voy a intentarlo. Les hablaré por la mañana.

—Magnífico —respondió Bittnel, sonriendo.

A la hora de la comida, al día siguiente, el hombre alto hablaba con varios compañeros sentados ante la estrecha y larga mesa reservada para los hombres. Los maxyds comían siempre en otra mesa que estaba situada en el lado opuesto del comedor.

El hombre de elevada estatura no disimulaba su desdén y enfado.

—Mirad a esos malditos de allí —declaró, señalando—. Mirad a esos puercos peludos, que tal vez están pensando el modo de arrancarnos el cuero cabelludo. Me alegra haber eliminado a dos de ellos, ¿sabéis? Ellos, con su pelaje amarillento, su morro y sus ojos saltones, no merecen dormir en literas, como nosotros. ¿No lo habíais pensado? Sólo son animales con uniforme; es lo único que son. Hace poco tiempo aún dormían en cuevas. Animales salvajes, eso es lo que son.

Los compañeros del que hablaba, con los ojos muy abiertos, se inclinaban hacia él. De vez en cuando alguno decía:

—Sí, tienes razón.

En ese momento Kaaru se hallaba frente a Bittnel, el cual estaba sentado ante su escritorio. Kaaru colocó sobre la mesa el informe de los especialistas en explosivos, y dijo:

—Los míos piden que se disculpe.

—Lo siento, no puedo hacerlo —contestó el capitán.

—Quiere decir que no va a hacerlo —corrigió Kaaru—. Usted cree que no son dignos de las excusas de un hombre. Y ellos saben lo que usted piensa.

—Usted también cree eso, ¿verdad, Kaaru?

El aludido desvió la mirada y contestó:

—Es una cuestión de honor.

—Del honor de ustedes tan sólo, ¿no es eso? —insistió Bittnel; y apoyando la frente en sus manos, agregó con aire cansado—: Apremios, obligaciones... Sobre usted, sobre mí..., sobre todos nosotros...

—Mi pueblo ha sufrido hasta ahora muchas ofensas por parte de sus tripulantes —manifestó Kaaru.

—No volverá a ocurrir. Se lo he prometido.

—Eso no basta. Deben recibir alguna prueba de su buena voluntad.

Por vez primera Bittnel no pudo contener su enojo.

—¡No, maldición! —exclamó—. No voy a quebrantar las reglas, ya lo he dicho. Lamento lo que ha ocurrido, bien lo sabe usted, pero pedir disculpas en público es imposible.

De nuevo los ojos de Kaaru dejaron entrever que había tomado una decisión.

—Bajo la responsabilidad de mantener el honor de mi gente, debo manifestarle que estoy en posesión de ciertos informes sobre sus actividades en las dos últimas colonias en que hemos hecho escala, capitán, y creo que eso resultaría desastroso para usted, de enterarse las autoridades centrales, y muy desagradable también si lo supiera su mujer. Ha hablado usted de no quebrantar los reglamentos, capitán, y, sin embargo, lo ha hecho de modo mucho más grave. Usted sabe a qué me refiero.

Bittnel quedó anonadado.

—Usted... ¡me ha hecho seguir! —exclamó.

—Desde el momento en que la situación a bordo se hizo insostenible —dijo Kaaru, con su sonsonete—. Consideré que esos informes podían resultar de gran utilidad para mi pueblo. Si usted ignora la petición de excusas que le han hecho, me veré obligado a enviar esos datos a las autoridades centrales y a su mujer. Hasta ahora había vacilado, pero en estos momentos veo muy bien cuál es mi deber.

—¿Será usted capaz de hacer eso?

—Debo velar por mi pueblo —respondió Kaaru.

—¡Sí, ya veo que sería capaz de hacerlo! ¡Condenado, perro indigno...!
¡Salga de aquí! ¡Fuera de mi despacho!

—¿Desea que su esposa se entere de su corrupción moral, capitán? Está bien...

Bittnel corrió en torno a su escritorio, tomó a Kaaru por el cuello de su guerrera y, abriendo la puerta, le empujó hacia el pasillo. Kaaru no hizo movimiento alguno de resistencia. Dio pesadamente contra la pared opuesta, y Bittnel cerró la puerta.

¿Cómo, cómo iba a explicárselo a ella? —pensó Bittnel—. ¿Qué otra explicación podía dar, sino que era un hombre débil, abrumado por las responsabilidades de un largo viaje en el que se hallaba completamente solo, y donde nadie, sino ella, sólo ella, representaba nada para él?

Era eso lo que afligiría más a su mujer, el pensar en los demás, en lo que dirían, más que en lo que ella misma sentía. Y él no tenía modo de explicárselo, sobre todo, hallándose en el otro extremo del universo.

Se sentó de nuevo ante su escritorio. Hasta entonces había simpatizado con Kaaru. Aunque había oído hablar de la perfidia, de la maldad disimulada de los maxyds, nunca lo había creído de Kaaru, nunca.

«Bien, ¿y qué tiene de extraño todo eso? —pensó—. Kaaru sólo procura defender los intereses de su gente del modo que le han enseñado. Sabía desde hacía tiempo lo que estabas haciendo, y nunca te trató desconsideradamente.» Pero, ¿por qué se volvía ahora contra su amigo, contra su capitán? La mente de Bittnel no daba con la explicación, y el hombre dio vueltas y más vueltas a sus pensamientos, hasta que la ira le hizo enrojecer el rostro.

Al menos, no debía permitir que Kaaru radiase desde la nave cualquier informe confidencial que tuviera en su poder. Bittnel habló por el intercomunicador con el operador de radio y prohibió todas las transmisiones que no estuvieran controladas por él, o como respuesta a una llamada directa del exterior.

—Creedme que tengo razón en lo que digo —continuó diciendo el hombre de elevada estatura—. ¿Veis aquel maxyd delgado, que luce

insignias? Ya lo sabéis, es el primer oficial, y no sé, pero me gusta muy poco cómo actúa. Fijaos cómo les habla; les está preparando para algo. Lo sé porque ya le he visto antes de ahora obrar de esa forma.

—¿Es cierto? ¿Qué crees que van a hacer? —preguntó uno de los que le escuchaban.

—Siempre se reúnen con ese cabecilla, que viene a decirles lo que deben hacer, tanto para insignificancias como cuando se trata de liquidar a alguien.

—¿Cómo? ¿Qué significa eso de liquidar a alguien?

—Lo que he dicho. Se ponen a hablar de ese modo cuando se disponen a matar a alguien, lo repito. Son capaces de estrangular a uno; nadie lo diría, al verlos, pero pueden muy bien hacerlo. Ahora mismo, incluso.

—¡Cielos, y yo tengo mi pistola en la litera!

—¡Miradlos, todos van armados!

—Será mejor que vayas por esa pistola.

—¡Más bajo! ¡No deben oírnos!

—¡Silencio, estúpidos! —exclamó el hombre alto—. Wilks, es mejor que vayas a por la pistola. Fijaos en ellos...

Los maxyds replicaban a algo que les decía Kaaru, y mostraban los dientes con enojo. El llamado Wilks se deslizó fuera del comedor.

De pronto, uno de los maxyds se puso en pie y también se marchó.

—¡Ah, ahí va uno de ellos! —dijo el alto, e inclinando la cabeza habló en voz baja—: Voy a ir por el otro pasillo y le seguiré para ver lo que hace. Cuando llegue Wilks, si advertís algo sospechoso comenzáis a disparar, ¿comprendido?

—Desde luego.

—Claro.

—Les daremos lo que se merecen.

El hombre de elevada estatura salió a su vez del comedor.

Bittnel no se dio cuenta de que había comenzado la lucha hasta que zumbó su intercomunicador y a través del altavoz oyó hablar al jefe de pilotos.

—¿Capitán Bittnel? —dijo el oficial.

—¿Qué sucede?

—Capitán, alguien está disparando aquí abajo. Un maxyd trató de obligar a Baker a que enviara un mensaje a la Tierra; armó una gresca cuando le dijimos que no podía hacerse, y...

El piloto se interrumpió, pues jadeaba perceptiblemente.

—¿Y qué más? —inquirió Bittnel.

—Alguien que bajaba por la escalera de la cámara disparó..., disparó contra el maxyd por la espalda, con una pistola. Entonces comenzó el tiroteo, pero no aquí. Me parece... que es en los comedores... y...

—¿Qué ocurre, Russell?

—¡Capitán...!

Bittnel tuvo que apartarse del altavoz cuando se oyó una detonación amplificada.

—¡Russell! ¡Russell!

En ese momento el capitán escuchó disparos en la antesala de su despacho. Se incorporó de un salto y extrajo la pistola de su funda. Corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. Un hombre con el pecho destrozado se hallaba tendido muy cerca, en el suelo. Inclinado sobre su cuerpo vio a un maxyd, el cual levantó su arma hacia Bittnel.

El capitán reaccionó instintivamente, y disparó su pistola. La cabeza del maxyd estalló.

Bittnel se dirigió rápidamente hacia la cámara más cercana. Se estaba luchando ya en las cubiertas bajas, y el estruendo era aterrador.

Bittnel corrió hacia la sala de mando y halló muerto al piloto, tendido en el suelo. Había sido alcanzado por un disparo.

El capitán pulsó el conmutador de los altavoces generales y gritó:

—¡Atención! ¡Atención, tripulantes! ¡Les habla el capitán Bittnel! La lucha debe cesar inmediatamente; repito, ¡inmediatamente! Dejen sus armas. Todo aquel que siga luchando o lleve armas encima, a partir de este momento, será arrestado y llevado ante...

Bittnel se interrumpió de pronto. Había advertido algo raro en la caja del intercomunicador general. Levantó la tapa y vio que los circuitos estaban

destrozados y los cables arrancados.

Abandonó la sala de mando, y cuando estaba en mitad de la escalerilla que llevaba al puente inferior, recordó el cohete que estaba en la santabárbara. ¿Qué sucedería si alguien entraba allí?

Volviéndose rápidamente, trepó por la escalerilla y corrió por el pasillo de la cubierta principal. Si alguien disparaba contra aquel cohete, o si tan sólo le golpeaban, la nave explotaría en pedazos. Además, había abundancia de armas en la santabárbara. Tenía que cerrar a toda costa aquella puerta.

El hombre de elevada estatura corría de camarote en camarote, por el puente inferior, disparando contra los maxyds que encontraba dormidos dentro. Disfrutaba sintiendo cómo la pistola reculaba en su mano y cómo los maxyds se estremecían en sus literas al morir. En ocasiones disparaba mal intencionadamente, para ver a los maxyds chillando y retorciéndose en el suelo. Aguardaba a que el maxyd herido le viese, y cuando aterrado se alejaba gateando, entonces volvía a hacer fuego.

Bittnel abrió de un golpe la puerta de la santabárbara e irrumpió en el interior del recinto. Cerró la puerta, corrió el cerrojo y...

—¡Alto, capitán!

Bittnel oyó la voz y giró rápidamente. Kaaru se hallaba agazapado en medio de la estancia, con aire amenazador. El capitán se dijo que debía matar a Kaaru.

De pronto, las emociones que se acumulaban en el pecho de Bittnel desde las muertes producidas en el tubo de refrigeración, brotaron salvajemente a través de su garganta, y gritó:

—¡Ah, maldición!

Era una exclamación desesperada, el grito de un hombre perdido, una expresión de honda protesta contra aquel odio infinito que impulsaba a un ser inteligente a dar muerte a otro ser racional; la íntima rebelión contra la soledad que hacía que los hombres débiles tuvieran que ir en busca de

prostitutas; la reacción contra el sistema que les mantenía aislados durante años y años en la soledad del espacio.

Kaaru no advirtió el tono de súplica que había en la maldición de Bittnel; en ese momento tan sólo respondía al instinto generado tras muchos siglos de existencia salvaje. Era un robot sanguinario que reaccionaba ante las órdenes del control remoto y hereditario de sus antepasados. Enardecido, saltó sobre Bittnel.

Este no pudo desenfundar a tiempo su pistola; sus brazos quedaron aprisionados por los de Kaaru, y, a consecuencia de la embestida, retrocedió vacilando y fue a dar con violencia contra una de las paredes de la santabárbara.

El abrazo de Kaaru fue comprimiendo cada vez más el torso de Bittnel, quien comenzó a jadear convulsivamente. Luego, el maxyd aflojó de modo imperceptible la presa, para aferrarla mejor, ocasión que aprovechó el capitán para llevar la mano hasta la empuñadura de su pistola.

Bittnel cayó al suelo, y Kaaru siguió presionando sobre su cuerpo con intención de quebrarle la columna vertebral. El hombre no pudo extraer el arma de su funda, pero haciendo un esfuerzo supremo, introdujo el dedo en el gatillo y lo apretó sin apuntar.

Aquel disparo ciego destrozó dos de las cuatro barras que sostenían horizontalmente el negro proyectil. Ni Bittnel ni Kaaru vieron que el cohete se desprendía de los dos últimos soportes y caía al suelo.

El hombre de elevada estatura lanzó un alarido cuando la infernal onda térmica generada por la explosión nuclear, arrancó grandes fragmentos de carne de los huesos de su cabeza y de su cuerpo. La santabárbara se hallaba en el centro mismo del *Estrella del Sur*, por lo que la nave se partió en dos. Mientras se desintegraban, las dos partes se separaron y fueron a hundirse en la oscuridad del espacio infinito.

CONTRA LA AUTORIDAD

Miriam Allen deFord

Todo régimen dictatorial y represivo provoca reacciones de protesta, y los más lúcidos y decididos siempre acaban conjurándose en la lucha contra la tiranía. Es éste un episodio que la Historia nos relata, casi sin variantes, en numerosas ocasiones, y que aún habrá de producirse no pocas veces.

Pero cuando en el enfrentamiento subversión-tiranía intervienen además seres extraterrestres, las cosas pueden complicarse hasta lo inconcebible...

Al entrar en la habitación, ella le miró aterrada.

—¿Qué haces aquí, Dorn? —dijo jadeante—. ¡Vete!

—¿Quieres decir que hemos terminado, Ezve? —preguntó sorprendido.

—¡Qué cosas piensas! —repuso con frialdad—. He descubierto que eres un rebelde, un criminal. No quiero verte más. Si no te marchas en seguida, llamaré a la POI.

—Mira, Ezve, yo... —intentó replicar Dorn; pero, sin hacer ningún ademán, se marchó tan silenciosamente como había venido.

Permaneció quedamente al otro lado de la puerta hasta que ella llamó suavemente con la punta de los dedos por la parte interior. Entonces, por segunda vez, Dorn se sirvió para entrar del pase con las huellas digitales de Ezve que ella le había dejado. El dispositivo electrónico se accionó y Dorn se encontró de nuevo en la habitación.

—¿Estuve bien? —preguntó ella.

—Estupenda. Nadie lo habría hecho mejor.

En estos momentos el rayo identificador estaba desconectado y las grabadoras habían dejado de zumbar.

—Ahora estarán convencidos de que no eres uno de los nuestros, y si nos descubren puedes decir que te he raptado —observó Dorn.

—¡No lo haré! ¡Jamás lo haría!

—Ya lo creo que lo harás, querida, pues de lo contrario me marcharé sin ti. No quiero llevarte conmigo si no estás bien protegida.

Ezve estuvo meditando unos instantes. Pero todo cuanto se le ocurrió decir fue:

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos aquí a Galef.

—¿Dónde nos esconderemos mientras él llega? Es de temer que vuelvan a conectar el rayo identificador.

—Ya lo he previsto. Sígueme en silencio, querida.

Caminaron por la habitación, sin hacer el menor ruido con las sandalias que llevaban puestas, y cruzaron seguidamente la cocina. Junto a la despensa se hallaba la boca del vertedero de la basura. Como una pantera, Doras trató de deslizarse con rapidez por el mismo, sosteniendo a Ezve fuertemente, agarrada. Ella se echó hacia atrás.

—¡Oh, no! —gritó—. Podemos caernos.

—No, no temas. En cada planta hay una pequeña plataforma para los robots reparadores.

En contra de su voluntad, se dejó llevar por él a través del angosto túnel del vertedero. La abrazaba contra su cuerpo con todas sus fuerzas. Si por desgracia resbalaban caerían al aparato triturador que se hallaba al fondo del vertedero. Doras procuraba no pensar en ello y confiaba en que Ezve hiciera lo mismo. Con frecuencia, por el vertedero se precipitaban inmundicias desde los pisos superiores que les hacían tambalear; si notaban que algo iba a caer, trataban de protegerse cubriendo sus respectivas cabezas en el hombro del otro.

Metidos en aquel escondrijo, permanecieron muy atentos escuchando los ruidos que podían llegarles. En el lugar donde se encontraban era imposible adivinar si la noche había llegado o no. La espera resultaba interminable, si bien no podían haber transcurrido más de un par de horas. Pese a tener los músculos entumecidos, casi no podían moverse para relajar la tensión.

Por fin, en la ventana posterior notaron la señal de Galef, pero no se atrevían a ir al helipuerto que se hallaba en la azotea. Con sumo cuidado, Doras estiró su cuerpo y, sacando la cabeza, observó cuanto había a su alrededor. Una vez percatado de que ni el rayo identificador ni las grabadoras funcionaban, ayudó a la muchacha a salir de aquel lugar y la siguió. Cautelosamente, ambos se apresuraron a dirigirse hacia el helicóptero que estaba sobrevolando la azotea en medio de la oscuridad. Por un instante a Dorn le pareció que el piloto no era Galef; sin embargo, se dio cuenta en el

acto de que el extraño rostro que les miraba cuando abrieron la ventana no era sino una de las máscaras que todos llevaban durante sus reuniones, evitando así las sorpresas del rayo identificador. Galef les ayudó a subir y seguidamente partieron.

Galef estaba de mal humor. No pronunció ni una sola palabra, limitándose a observarles con cierto recelo mientras la pareja se ponía las máscaras. Galef y Dorn estuvieron a punto de discutir al insistir éste en que la muchacha tenía que intervenir en el proyecto. En otras circunstancias, Galef habría permanecido indiferente, pero Ezve tenía los nervios bastante excitados por la angustiada espera. Enfadada, se volvió hacia él.

—¿Qué te preocupa, Galef? —le preguntó—. ¿Crees que voy a traicionaros?

Galef se conformó con gruñir. Dorn la cogió suavemente del brazo, pero ella siguió hablando:

—Tal vez lo crees porque soy una de los mil o más hijos de la Autoridad. Bueno, ¿y qué? Sólo soy una hija-probeta, y mi madre jamás vio a la Autoridad. Le odio tanto como tú puedes odiarle... Si hubieras estudiado historia antigua como yo, sabrías que hace quinientos años vivió un psicólogo llamado Freud, quien claramente demostró que las hijas siempre odian a sus padres.

Galef rió de un modo desagradable.

—Yo también he estudiado historia antigua —dijo ásperamente—, y estás en un error. Son los hijos quienes odian a sus padres y las hijas a su madre. De todos modos esas cosas pertenecen a la Edad de la Barbarie, cuando los niños nacían sin ningún proceso preselectivo.

Ezve, enojada, calló. Tras una larga pausa, Galef añadió:

—No es asunto que me interese, dejémoslo.

El hombre conocido universalmente como la Autoridad sólo tenía un límite a su poder supremo: en la Tierra no había persona alguna a quien pudiera hablar en términos de igualdad para pedirle un consejo. La única forma de relacionarse con los demás seres era dándoles órdenes para que

ellos obedecieran. Su actitud correspondía a la absoluta soledad del dictador.

No destacaba físicamente. Era más bien de pequeña estatura, feo y calvo; llevaba siempre microlentillas y un audífono. Cuando accedió al poder era joven; ahora contaba ya casi sesenta años. Se conocían pocos datos personales suyos.

No había pedido ni quizá deseado convertirse en Autoridad. Si de él hubiese dependido, se habría dedicado a otra ocupación. Pero no ocurrió así; nada se dejó a su elección, ya que la continuación del sistema (que significaba la prolongación de su propia vida) resultaba esencial para el éxito del Plan de Civilización.

Hacía cuarenta y ocho años que los pelagerianos habían llegado desde su lejano planeta, demostrando poseer las cualidades de una inteligencia superior; realizaron una espantosa agresión y después de dos años de lucha renunciaron a la voracidad de exterminio para regresar a su lugar de origen. El legado que dejaron fue una cruel guerra civil en todo el planeta, creando el pánico y el desconcierto entre las distintas naciones, hasta conseguir que todos los Gobiernos acabaran en una anarquía y que la Tierra pareciera condenada al retroceso de aquellos años legendarios de las Edades Oscuras que precedieron a la era atómica.

Por una extraña coincidencia de circunstancias, el único Gobierno que había sobrevivido era la República de Nueva Turquía. El hombre que hemos conocido como la Autoridad era su jefe, que había surgido de la oscuridad, pero lenta y paulatinamente había ido sometiendo a todos los demás Gobiernos a una primera e incipiente liga para restablecer el orden. Sólo un dictador podía ejercer ese poder; un dictador máximo y supremo para conseguir la nueva fase del Plan. Una vez terminado éste, podría ser relevado.

El honor máspreciado del mundo consistía en nacer de la casta de la Autoridad. En cierto modo, éste era el padre de una nueva era. No tenía la menor idea de cuántos ni quiénes eran sus hijos-probeta.

Ahora estaba sentado en una aislada oficina que comunicaba por una puerta secreta con sus habitaciones particulares. Vivía con austeridad, al igual que cualquiera de sus súbditos. El comunicador hizo una señal, y lo conectó, pero sin imagen, pues la señal indicaba qué sólo se daría el parte de un

agente. La cinta empezó a correr lentamente.

«Súbditos 397X, 7842X y una muchacha desconocida sobrevuelan mi sector en un helicóptero; desde los cuarteles centrales. 22A45.»

La Autoridad abrió una caja fuerte de la cual nadie más que él conocía la combinación, y extrajo de la misma dos libros de clave, uno de los súbditos y otro de sus agentes. El 397X era Galef, el 7842X era Dorn; acto seguido leyó los antecedentes de ambos.

Frunció el entrecejo; no podía tratarse de una muchacha desconocida; nadie podía ni debía ser desconocido. Consultó el otro libro: 22A45, Arcil, agente de primera.

La Autoridad volvió a guardarlos en la caja fuerte y dio la señal de alarma a la Patrulla de Orden Interior.

Arcil era el jefe natural de los conjurados. El complot para asesinar a la Autoridad era muy difícil y requería una mente muy despejada y hábil para estudiar los detalles y realizarlos. Incluso había elegido a los conjurados él mismo o por mediación de Galef. La única persona a quien desconocía era Ezve. Ahora bien, llegado el momento de actuar, un anciano profesor de existencialismo clásico en la Universidad de Ankara resultaba inadecuado. Se precisaba de alguien joven, inteligente, audaz, hábil y diestro, con esa experiencia que no tienen los catedráticos. Después de mucho pensar se decidió por Dorn. Fue Galef, sobrino de Arcil y antiguo amigo de Dorn, quien lo sugirió.

Cuando Dorn, Ezve y Galef llegaron al departamento de Arcil se encontraron solamente con él. Este les dijo que los restantes conjurados de alto rango permanecían en su cuartel secreto: la misma sala de conferencias de Arcil en la Universidad, la cual éste podía emplear incluso fuera de las horas de clase. Debido a que en su mayor parte eran estudiantes, en caso de ser descubiertos, siempre se podía alegar que se trataba de un seminario destinado a quienes no podían asistir a los cursos normales a causa de sus obligaciones políticas: todos los miembros de la comunidad, hombres o mujeres, tenían asignados deberes parecidos al servicio militar de los tiempos

prepelagerianos, aunque no existieran partidos de la oposición. Esta sala de conferencias era el único lugar donde podían estar seguros para expansionarse; en todo caso, contaban con la protección de Arcil.

Cuando los tres entraron en el departamento, Arcil levantó la vista hacia Ezve, mirando después significativamente a Galef, el cual se encogió de hombros. Bajo su barba blanca, las mandíbulas del catedrático se cerraron con un chasquido de enfado.

—¿Por qué nos reunimos aquí? —preguntó Dom.

—Porque tengo algunas cosas que decirlos y quiero que sólo vosotros las escuchéis —respondió Arcil con suavidad.

—¿Acaso no lo sabemos todo? —dijo Dom hoscamente.

—Desde luego que no. Existen detalles que no debían conocerse hasta el último momento. Podría haberse enterado algún intruso.

—¿Quieres decir que yo podía haber hablado más de la cuenta?

—Dorn, ¿por qué eres tan quisquilloso? Me conoces desde niño; Galef ha abogado por ti diciendo que eras la persona más adecuada para esta gran empresa. De otro modo jamás habrías sido elegido.

—Te diré por qué está tan inquieto —interrumpió Ezve bruscamente—. Es porque no me conoce.

Arcil le dirigió una mirada penetrante.

—Y, ¿quién eres tú? —preguntó—. ¿Quién te ha traído aquí? Dorn sabe perfectamente que todas nuestras reuniones son secretas.

—Ezve y yo iremos juntos —interrumpió Dorn tomando la defensa de la muchacha—. No haré nada sin ella.

—¡Es hija de la Autoridad! —exclamó Galef.

—En parte —aclaró Ezve quedamente—, y sólo soy hija-probeta. Mi madre era medio pelageriana. Pero estoy de vuestro lado en esta causa.

Hubo un silencio: Dorn era el único que sabía esto. Corrían algunos rumores según los cuales antes de marcharse los pelagerianos habían dejado descendientes. Pero sólo se trataba de rumores, pues la opinión generalizada era que los hombres de la Tierra y los pelagerianos no podían cruzar sus razas. El mismo Arcil, que casi siempre se mostraba imperturbable, se vio sorprendido. Pronto recobró la serenidad.

—¿Y qué significa esa herencia biológica? —preguntó con frialdad.

—Es una gran ventaja para nosotros —contestó Dorn rápidamente—. Según análisis científicos —aclaró—, su capacidad y complejidad cerebrales son tres veces superiores a las nuestras. Desde que la conozco, hace cuatro años, ha sido muy útil para mí; me ha salvado la vida más de una vez... Y, además —agregó tiernamente— es mi novia.

—De acuerdo —dijo Arcil con brusquedad, después de quedar unos momentos pensativo—. Podéis colaborar vosotros dos en lugar de que sea uno solo quien lleve el plan adelante. Aquí tenéis las instrucciones finales.

Escucharon con mucha atención, puesto que, al no poder tomar notas, tenían que recordar hasta el menor detalle.

¿Habéis entendido todo?

—Sí —contestaron ambos.

—¿Podéis hacerlo juntos?

—Sí —repetieron.

Arcil se levantó.

—Magnífico —dijo—, ahora vayamos a mi sala de conferencias. Avisaremos a los demás.

Fue el primero en ir hacia el lugar donde se encontraba su helicóptero de tres plazas que estaba aguardando junto al de Galef. De pronto se detuvo.

—Ignoraba que Ezve estaría entre nosotros. Tenía previsto que Galef nos trasladaría a todos. Yo ya dejé de conducir mi aparato. Seguid vosotros —y dirigiéndose a Galef ordenó—: llévalos y luego regresa por mí.

Volvió a su departamento, mientras en su semblante aparecía una sonrisa sarcástica al pulsar el botón del comunicador... Por fin había encontrado la manera de librarse de ellos.

Unas doce personas entre hombres y mujeres aguardaban en la sala de conferencias de Arcil. Galef presentó a Dorn a quienes no le conocían y a Ezve a todos los que allí esperaban.

—Tan pronto como Arcil entre, que cada uno ocupe su lugar —dijo—. Ahora vuelvo a mi helicóptero; voy a buscarle. Por causa de ella tengo que

hacer dos viajes.

Al pasar por su lado, la miró de soslayo.

—¿Por qué parece odiarme, Dorn? —murmuró Ezve.

—Porque está celoso —respondió Dorn—. Hemos sido amigos de siempre; lo hacíamos todo juntos, y ahora te tengo a ti.

—No quisiera interponerme entre vosotros —dijo ella algo afligida.

—No te preocupes, querida. Ya se le pasará. Ahora tenemos que pensar en cosas mucho más importantes.

Los conjurados enmascarados esperaban y hablaban nerviosamente en voz baja. El tiempo iba pasando. Galef no regresaba con Arcil. Empezaron a impacientarse.

Al final, quien llegó no fue Arcil... Era la POI. la Patrulla de Orden Interior.

Ezve, con su fino oído, captó antes que nadie el zumbido de los helicópteros. Se dirigió a Dorn con la mirada, haciéndole con la mano la señal especial convenida. Era demasiado tarde para avisar a los demás. Sigilosamente cruzaron la puerta y pasaron a otra habitación, en el preciso momento en que los helicópteros se posaban en la terraza.

—¿Dónde nos escondemos? —preguntó quedamente Dorn.

—Allí —dijo Ezve señalando una habitación vacía que había al final del pasillo. Allí tenía que haber un vertedero automático. Ninguno de los dos pensaba en los otros ni atinaba a explicarse cómo podía haberse producido la traición.

Una vez más sus cuerpos se juntaron en un saliente del vertedero.

Los gritos que se oían eran horribles. Ante un desastre, todo el grupo estaba adiestrado para permanecer en silencio; no obstante, los hombres de la patrulla hacían un ruido infernal. Dorn y Ezve pudieron escuchar cómo empujaban a todos los detenidos por la rampa del helipuerto. Se oían chillidos y golpes de porras. Un grito fue rápidamente ahogado. Dorn apretaba sus dientes.

Esperaba oír nombres, y al final los oyó.

—Aquí había más gente —exclamó un oficial de la patrulla y se detuvo como si estuviera recordando—: ¿Dorn? ¿Alguna mujer? ¿Por qué no Galef?

Nadie respondió.

—¡Ya los atraparemos! —dijo el hombre de la POI.

Dorn se disponía a trepar para salir afuera, pero Ezve le detuvo:

—¡No! —dijo rápidamente—. No podemos ayudarles, y ésta es la única oportunidad que tenemos para seguir adelante con el plan.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró—. Necesitamos a los demás. —Sin embargo, permaneció quieto.

Finalmente todo quedó en silencio. Ya habían terminado las clases en la Universidad y el edificio parecía estar desierto. Pronto saldrían los robots de la limpieza, pero esto no les preocupaba. Cualquier persona en estos instantes habría sentido temor por lo sucedido. Sin embargo, Dorn salió del vertedero y ayudó a Ezve a subir y salir a su vez.

—Dame tu máscara —dijo el muchacho—. Estarán buscando éstas —dijo echándolas al fondo del tubo, donde el triturador las tragó en el acto.

—Tendrán guardias apostados arriba y al pie de cada escalera —le recordó ella.

El muchacho asintió, diciendo:

—Sólo hay un lugar donde no nos buscarán: la sala de conferencias de Arcil. Afortunadamente ni él ni Galef han regresado todavía. Podemos escondernos allí hasta ver lo que pasa; luego ya decidiremos lo que hemos de hacer.

—Siempre y cuando la sala no esté bajo la vigilancia del rayo detector.

No lo estaba. Recorrieron la habitación y se consideraron seguros.

—Está oscuro —advirtió Ezve. Dorn observó la señal horaria que lucía en el techo al igual que en las demás estancias:

—Son casi las nueve de la noche; ha sido un día larguísimo.

—Y lo que nos queda..., aún no ha terminado —dijo Ezve al tiempo que se sentaba en una silla—. Por favor, no hables ahora, quiero descansar.

Dorn también se sentía demasiado fatigado para tener ganas de hablar. Se echó al lado de la muchacha y le cogió la mano. En medio de la oscuridad y el silencio, estuvo a punto de dormirse.

Ezve tenía los oídos más atentos que él. De pronto le puso la mano en el hombro... El también había captado las suaves pisadas: alguien se acercaba.

—Si fueran Arcil y Galef vendrían en helicópteros —dijo con aprensión.

—¡Pronto, en aquella puerta!

—Creo que es un retrete. Quizá podamos escondernos...

Pero antes de que consiguieran llegar al lugar, se abrió la puerta y se encendieron las luces.

Era Arcil; venía solo.

—¡Ah, estáis aquí! Pensé que os encontraría en la misma sala de conferencias; así se lo dije a ellos. Era el lugar más lógico.

Sonrió irónicamente.

Dorn comprendió en seguida cuál era la situación y se dirigió bruscamente a Arcil:

—¡Tú, tú nos has traicionado! —gritó—. ¡Tú, nuestro líder!

—Naturalmente. Es el único modo de descubrir una subversión: primero proponerla y luego saber quiénes aceptan.

—¿También Galef? —La voz de Dorn era dura.

—No, el pobre Galef se afectó al enterarse de lo ocurrido. Lo dejé demasiado atolondrado para que pudiera traerme hasta aquí. Desde luego, no sospecha de mí, que soy su tío y su padre adoptivo. En definitiva, jovencita, él se inclina por acusarte a ti.

—¡Yo!

—Bueno, la primera palabra que pronunció después de conocer las noticias difundidas por la Agencia Tridimensional fue: «¡Ezve!» —La sonrisa de Arcil se alargó a través de su barba—. Intentó disuadirme de venir, para evitar que también me detuvieran —añadió.

La voz de Dorn se estremeció de desprecio:

—¡Me extraña que te hayas tomado la molestia de venir a capturarnos! ¿Cómo podías renunciar a contemplar la tortura de los otros? Eso es lo que están haciendo con ellos, ¿verdad?

—Los preparan —contestó—. Pero, queridos, la función no sería completa sin vuestra presencia. —Y Arcil alzó la voz—: Entrad, muchachos.

En seguida asomaron seis hombres armados y prestos a disparar. Arcil contempló cómo se llevaban a Ezve y Dorn sin oponer resistencia.

Suspiró profundamente, oprimiendo el botón del comunicador.

Galef esperaba sentado en el departamento que compartía con su tío. Estaba en extremo emocionado. Cuando había ido con el helicóptero a recoger a Arcil para llevarle a la reunión de los conjurados, éste le había revelado la cruda verdad y, sin darle tiempo a que pudiera contestarle, se había marchado, posiblemente en busca de un taxi aéreo, dado que no pilotaba el suyo. Galef se dio cuenta de que su buena fe y su lealtad habían sido cínicamente traicionadas. Había comprometido a aquellos hombres y mujeres, incluso a su más íntimo amigo, confiando en las palabras de Arcil. ¿Acaso no había sido éste quien le había atraído a la causa dándole toda clase de detalles del complot? Y ahora, Arcil se presentaba como un agente provocador, como un traidor. Arcil le había hecho de padre al fallecer los suyos cuando era un niño; le quería y había procurado imitarle en su juventud. Todo se derrumbaba ahora con la mentira proferida por Arcil acusando a Ezve.

¡Ezve! ¡Ni él ni nadie podía imaginar la verdadera causa que la había hecho decidir unirse a ellos! Ahora le atormentaba la idea de lo que ella y los demás estarían sufriendo. Si entregándose él mismo a la POI pudiera ayudarles en algo, lo haría en seguida. Pero ahora tenía que permanecer a la expectativa.

De pronto, recordó el día en que Ezve les enseñó, a él y a Dorn, el lugar donde guardaba un papel que simplemente calificó de «su legado». No sabían de qué se trataba, pero ella le asignó un gran valor. Tenía, pues, que intentar recuperarlo antes de que cayera en manos de los hombres de la POI. Ese documento quizá podría salvar la vida de Ezve y la de Dom.

Galef salió corriendo hacia el helipuerto.

Dorn intentaba reflexionar en la celda desnuda donde se encontraba. Al ser de reciente reclutamiento, no conocía mucho a la mayoría de los conspiradores. ¿Cuántos hablarían, convirtiéndose en traidores, bajo la presión de sus torturadores? ¿Cuántos habían traicionado ya como su líder?

¿Dónde se encontraría Ezve? ¿Qué le estarían haciendo? Sabía muy bien que Ezve no se doblegaría ni hablaría jamás. Con amargura se arrepintió de haber decidido participar en el complot imponiendo la condición de que ella interviniera en el mismo.

La puerta de la celda se abrió repentinamente. Entraron dos agentes de la POI y, sin pronunciar una palabra, le empujaron por el pasillo, abriendo y cerrando gruesas puertas, y le trasladaron a un ascensor aspirador, hasta que por último se encontró en el despacho de un hombre que parecía estar bastante cansado.

El hombre hizo un ademán y ambos agentes se retiraron; Dorn se quedó a solas con aquel extraño personaje.

—¿Dorn? —preguntó el hombre.

Dorn se enderezó. No podía decir su nombre hasta enterarse bien de cómo andaban las cosas. Involuntariamente, miró a su alrededor, tratando de averiguar si existían instrumentos de tortura. En la habitación sólo había un escritorio y encima del mismo un multicomunicador; además, una silla en la cual estaba sentado el hombre. Dorn pensó para sus adentros que aquello no dejaba de ser infantil; las personas de tanta importancia no solían intervenir en operaciones secundarias. En primer lugar, debía celebrarse la sesión para tratar de conseguir la mayor información posible, después tenía que ser entregado a los torturadores. Dorn permaneció en silencio y firme ante el escritorio de aquel personaje.

Ante su asombro, el hombre empezó a reír:

—Parece usted inteligente —dijo—. ¿Cree realmente en las monstruosas historias sobre el futuro de quienes caen prisioneros de la POI?

Dorn no respondió. El hombre continuó:

—¿Sabe quién soy yo?

No obtuvo respuesta.

—Creo que me llaman la Autoridad —dijo enfáticamente.

Por unos instantes, Dorn quedó paralizado de terror. Siempre había sentido aversión a ese hombre. Incluso algunas veces había pensado en matarle, pero jamás había imaginado que llegaría a hablar con él. Nunca nadie había visto de cerca a la Autoridad, ni le habían escuchado

directamente. La emoción rompió su mutismo.

—Si en verdad es usted la Autoridad —dijo hoscamente—, entonces ¿por qué su sistema nos tiene en la esclavitud y por qué usted lo permite? Dígame por qué cuando los hombres de la POI detienen a alguien no se sabe más de él. ¿Adónde los llevan? ¿Qué se les hace? ¿Qué hacen con ellos sino torturarles hasta la muerte? Señor —añadió involuntariamente, sorprendido, mientras en la cara del pequeño hombre aparecía una mueca de altivo desagrado—, contésteme.

—Sí, se lo diré, Dorn. Pero le advierto que cuando haya terminado de hablarle, su futuro dependerá de usted mismo.

Dom aguardaba. La Autoridad le miró fijamente y en silencio mientras él callaba, hasta que, en contra de su voluntad, asintió con la cabeza.

—Bien, empecemos. Sí. Su grupo revolucionario fue una trampa. Sí. Tengo agentes y Arcil es uno de ellos. Su misión consiste en fomentar la rebelión, ya que es difícil evitarla. Después, cuando se conoce a las personas que se ponen de acuerdo para derrocar nuestro sistema y asesinarme, se las detiene.

Dorn quedó pasmado. La Autoridad sonrió:

—¿Quién cree usted que proyecta todos los planes para un supuesto complot? No los presuntos autores del mismo, ni tampoco mis agentes, Arcil en este caso concreto, sino yo mismo.

—Pero, ¿por qué? —balbuceó Dorn.

—Porque nuestra sociedad y yo necesitamos a la mayoría de esa gente. Porque todavía no estamos preparados para un gobierno democrático en este diezmado planeta, y ellos son los únicos que pueden conseguirlo. En, tiempos, cada miembro de la POI ha sido un revolucionario como usted.

—¿Quiere decir que...?

—Sí. Los detenidos en una rebelión son ocultados científicamente. A aquellos a quienes se considera mejor preparados, como usted, por ejemplo, se les trae a mi presencia, y yo les proporciono la posibilidad de alistarse en la POI. Pero los que forman parte de la misma no están todo el tiempo persiguiendo a personas o siguiéndoles la pista. Por fortuna, no nos encontramos en una situación que así lo precise. Ellos constituyen una élite a

la que se educa y adiestra para formar en su día una sociedad donde puedan gobernarse por sí mismos. Confío firmemente en que ello tendrá lugar durante mi existencia, en beneficio propio, de mi pueblo y del mundo. Pues ésta es una carga pesada y estoy cansado.

—No obstante, ¿por qué se nos sigue y se nos espía en todas partes? ¿Por qué hay grabadoras y ese rayo, de tal modo que nadie se siente seguro en su vida privada?

—Porque no somos omniscientes, y es el único medio de que disponemos para controlar a todas las personas. No nos interesan ni utilizamos a los descontentos que no hacen más que protestar. Deseamos tener personas responsables de sí mismas y capaces de luchar, y que a la vez sean inteligentes.

La cabeza de Dorn era un verdadero torbellino, pero procuró ordenar sus ideas.

—Bien, supongamos que acepto en principio todo esto. Pero dígame: ¿qué pasa con los que se niegan a formar parte de la POI?

—No permitimos que regresen a sus lugares de procedencia para que divulguen todo esto. Mire, Dorn, ¿para qué cree que tenemos un inmenso territorio en Brasil totalmente prohibido? Allí contamos con una floreciente colonia, formada por personas que, salvo el hecho de no poder volver a sus hogares, están contentas. Muchos de ellos son líderes en potencia; y, por qué no decirlo, son descendientes-probetas míos. Algún día, ellos o sus hijos serán la base de una sociedad que se gobernará a sí misma. Por casualidad, ¿no será usted uno de mis hijos?

—No, pero mi...

La Autoridad le interrumpió:

—Usted me va a decir: bien, ¿y qué pasa con los disconformes y los cobardes que no son capaces de afrontar las dificultades? Son barridos; algunos se suicidan, otros sucumben a las pruebas. ¿Y los restantes, los que son atrapados en las batidas o redadas y ocultados, pero no son seleccionados para ser trasladados a su presencia y tener la posibilidad de elegir? ¿Qué les ocurre?

La Autoridad hizo una mueca de desagrado antes de proseguir:

—Todo momento tiene sus circunstancias, Dorn. No se les tortura; todo eso no son más que rumores y suposiciones. Se les adormece, sin sufrimiento. Para ellos no hay lugar en la colonia y jamás se les puede permitir que regresen a sus casas. Es triste, pero la vida o muerte de nuestro sistema está en juego... Ahora soy yo el que ha de preguntarle a usted, Dorn. ¿Está dispuesto a unirse a nosotros para formar parte de la POI, o he de ordenar que le vigilen hasta que salga un nuevo transporte aéreo para el Brasil?

Dorn miró fijamente a los ojos de la Autoridad y dijo con osadía:

—No estoy por entero de acuerdo, pero comprendo su punto de vista. Reconozco que, posiblemente, nuestra postura fue dura e irreflexiva, y que la suya sea mejor con miras al futuro. Ahora bien, al entrar en la conspiración advertí que no haría nada ni iría a ninguna parte sin la compañía de una mujer llamada Ezve. La metí en esto y ahora tengo que sacarla de este enredo. La detuvieron juntamente conmigo. Ordene que traigan a Ezve a su presencia, tal como lo ha hecho conmigo. Si ella acepta unirse a la POI, haré lo mismo. Si se niega o si... —por un momento no pudo continuar— si ella queda incluida entre los que usted ha dispuesto... —El muchacho no pudo decir más, sentía un nudo en su garganta.

La Autoridad se hundió en su silla, relajado, y sonriendo mientras pulsaba un botón.

—Traigan a Ezve —dijo al comunicador—. Que entre.

La puerta se abrió y entró una muchacha. Dorn la miró asombrado: era totalmente extraña para él. Jamás había visto a esa mujer.

Galef descendió en el helipuerto de Ezve. No obstante, sabía que sin tener el pase dactilar de Ezve le sería imposible entrar en su departamento a menos que ella estuviese dentro, lo cual, dadas las circunstancias, resultaba bastante improbable. Sin embargo, casi instintivamente pulsó la señal secreta del grupo. La puerta se abrió al momento.

Sin darle tiempo para reaccionar, un agente de la POI lo sujetó y lo introdujo en la habitación. El rayo y las grabadoras estaban conectados. De haberlo pensado, se habría dado cuenta de que, después de una redada, se

incautaban y registraban los departamentos de los presos.

Eran dos los agentes que allí se encontraban. El otro miembro de la POI acudió en ayuda de su compañero, y tras hacerle una doble llave arrastró a Galef hacia el centro de la estancia.

—¡Huy, huy! —dijo—. Es el sobrino del viejo. Dejémosle marchar.

—¿Qué es lo que está haciendo aquí? —gruñó el primer agente. Galef tuvo unos segundos para recobrase.

—Mi tío me envió por si necesitaban ustedes ayuda, ya que por fortuna conozco al conspirador que ocupa este departamento —dijo Galef tranquilamente.

—No necesitamos ninguna ayuda —soltó el primer agente, pero se contradijo él mismo—: Quizá usted sepa dónde está escondido lo que andamos buscando...

Galef aparentó sentirse a la vez confuso y agradecido. Si se presentase una oportunidad, la aprovecharía. Todavía era posible dar con el lugar donde estaba guardado el papel y hacerse con él. Simuló que estaba ayudándoles, dando toda clase de sugerencias a cual más inútil. Todo lo que precisaba era permanecer aunque sólo fuera unos minutos en el dormitorio de Ezve, para ir a su ropero. Pero no quedó solo ni un momento.

La puerta debía de haber quedado desconectada al entrar los de la POI, por cuanto se abrió lentamente al entrar Arcil.

—Es inútil —dijo cortésmente a su sobrino—. Haremos nuestra propia investigación para la Autoridad, no para tus amigos traidores.

Ezve permanecía tranquila en la celda donde se encontraba, después de haber realizado un vuelo muy agitado pensando en sus posibilidades de escapar. No había muebles, por lo que supuso que no estaría allí mucho tiempo. Los botones normales de servicio se hallaban en la pared posterior. Los fue probando uno a uno para ver si funcionaban. Comida: una señal luminosa decía: «La próxima comida a las 8p. Pronto hizo su aparición la señal de los servicios higiénicos. Agua potable: salió un vaso, y luego desapareció cuando oprimió otro botón; así pudo comprobar que la sed no

era, al menos por el momento, una de las torturas. Noticias: no funcionaba la señal respectiva.

La celda tenía aire acondicionado, pero, como las demás, carecía de ventanas; la luz procedía de focos luminosos empotrados en el techo. Sin embargo, era el primer techo que veía sin el habitual señalizador horario. Estaba bien claro que el tiempo no tenía interés para los presos.

Lo importante era conservar la calma, calcular la situación serenamente y no dejarse embargar por el pánico. No existía ninguna posibilidad de escapar de la celda, y por lo tanto no podía perder el tiempo en cosas superfluas. En especial, tenía que evitar pensar en la suerte que había corrido Dorn; no debía sumirse en un estado emocional, perjudicial para ambos.

Lo más seguro era que en cualquier instante alguien viniese a buscarla para someterla a un interrogatorio. De momento, tenía que prepararse y concentrarse en ello. Se dejó caer en un rincón, en el mismo suelo, y, apoyándose en la pared, cerró los ojos para descansar y pensar.

Cuando uno no ve la luz del día pierde la noción del tiempo; por eso Ezve no tenía idea alguna de cuántas horas llevaba en la celda hasta que por fin llegó una pareja de la POI y la hicieron salir. Había transcurrido el tiempo suficiente para saber cómo tenía que afrontar cualquier situación.

Lo que no pudo imaginar fue lo que había sucedido. Los guardias la empujaron llevándola entre ambos; a un paso acelerado, fueron recorriendo largos pasillos que parecían interminables, doblando esquinas y más esquinas, hasta que se encontraron ante una enorme puerta provista de grandes cerrojos electrónicos. Rápidamente aplicaron los pases con las huellas dactilares en cada uno de los cerrojos, y la gigantesca puerta se abrió. Empujaron a Ezve para que la cruzara, pero no la siguieron. Una vez hubo cruzado la muchacha observó que la puerta se cerraba tras ella, no saliendo de su asombro al percatarse de que se hallaba fuera de la cárcel, sin ningún guardia a la vista.

Su primer impulso fue echar a correr para buscar un sitio donde meterse y reflexionar sobre lo que tendría que hacer. La prudencia la retuvo; posiblemente querrían que echara a correr para así poder disparar sobre ella por intento de fuga. Casi podía notar los balazos en su temblorosa espalda.

Permaneció unos momentos inmóvil donde la habían dejado. Nada sucedió. Luego, con precaución, se dirigió hacia la sombra que proyectaba un alto edificio, tomando finalmente el único camino que parecía existir.

Al llegar a término, se encontró en el mismo centro de una ciudad desconocida y que podía hallarse en cualquier lugar de la Tierra. La gente llenaba las aceras mecánicas de la calle principal; a ambos lados se divisaban grandes edificios que daban la impresión de ser centros oficiales; el cielo estaba surcado por los superjets y los helicópteros particulares. Era pleno día.

Ezve recordó el momento en que ella y Dorn fueron sorprendidos por Arcil y detenidos por los hombres de la POI. Estaba convencida de que los habían introducido en un helicóptero oficial, pero a partir de ese instante no podía recordar más, puesto que quienes los detuvieron les vendaron los ojos y les esposaron. Seguramente antes de bajar a tierra fueron trasladados a otro aparato. ¿Se habían llevado a Dorn antes de que finalizase el día? No tenía la menor idea de dónde podía hallarse él.

Ezve no se encontraba ciertamente en su propia ciudad, pero pensó que quizá no estaba tan lejos de ella y que esto le permitiría buscar a alguno de los compañeros que no habían sido detenidos y refugiarse en su domicilio. Caminaba por una vía descendente; se detuvo a los pocos pasos y entro en el amplio vestíbulo, de un gran edificio del que salía y entraba mucha gente. Necesitaba ver algún escrito o bien escuchar una conversación para averiguar si la lengua del lugar era como la suya, o para saber en qué idioma se expresaban. En último caso, confiaba en que el idioma sería alguno de los varios que ella conocía; echó de menos su traductor portátil, que sin duda a estas horas estaría incautado con sus demás pertenencias. De una cosa estaba segura: de que no habrían hallado el documento que tanto buscaban.

Pronto se dio cuenta de la situación. Se encontraba en una ciudad de habla inglesa; ella hablaba y entendía ese idioma, así como sus diversos dialectos contemporáneos, pero no sabía con certeza cuál de ellos era; y la ciudad podía encontrarse desde la misma Inglaterra a Australia.

No había nada que llamara su atención, a pesar de que las lenguas antiguas se diferenciaban más; la gente vestía de la misma manera, y a causa de la mezcla de razas no podía identificarse un lugar por sus habitantes. En

ningún instante nadie se fijó en ella, pudiendo observar a su vez que mucha gente tenía su mismo color de piel.

El edificio resultó ser una biblioteca pública, y pronto averiguó que se encontraba en la ciudad de Nueva York. Entró en la sala de lectura, eligiendo una cinta al azar. Después empezó a formularse ella misma ciertas preguntas: ¿Por qué había sido puesta en libertad en una ciudad extraña y en un país desconocido, sin tener dinero para regresar a su patria? ¿Por qué Arcil había traicionado la conspiración? ¿Por qué, cuando Dora y ella le habían esquivado, regresó por ellos? ¿Qué pasaría con Dorn? Procuró desviar su pensamiento de él. Si quería salir bien de aquel embrollo, no tenía que dejarse dominar por la emoción.

Empezaba a tener hambre y se sentía débil; hacía casi veinticuatro horas que no había comido. Al dejarla abandonada, los hombres de la patrulla la habían despojado de todo cuanto llevaba menos de su bolso. Por eso empezó a buscar en él, encontrando en el mismo cheques de crédito internacional suficientes para poder comer. Ezve había comido pocas veces fuera de su departamento, y lo había hecho utilizando las máquinas automáticas; ella sabía que en todas las ciudades existían establecimientos públicos donde se podían conseguir alimentos por ese sistema.

Cambió uno de sus cheques de crédito por moneda local, acto seguido fue en busca de comida, y la llevó en una bandeja a una mesa. Mientras comía sólo pensó intencionadamente en cosas sin importancia. Una vez hubo terminado, descansó para reanimarse, disponiéndose a reflexionar de nuevo y aclarar todo aquel embrollo desde el instante en que Dorn le había hablado por vez primera de asesinar a la Autoridad.

Y lentamente, concentrándose en el proceso que iba de un episodio a otro, la parte pelageriana de su cerebro iba meditando y descubriendo la verdad...

Ezve suspiró profundamente al levantarse de la mesa. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer. Ante todo debía conseguir un medio de transporte para regresar a su patria. Con la peor intención había sido trasladada a un país lo suficiente lejano para que no causara problemas, pero podía y quería ser más audaz que todos ellos.

¿Cómo viajar sin tener dinero? No disponía de tiempo para intentar

ganarlo o pedirlo. Por otra parte, era muy arriesgado ir de polizón en un jet. ¿Dónde poder localizar en aquella ciudad el lugar de aparcamiento de los helicópteros particulares capaces de sobrevolar los océanos y los continentes, y aptos además para ser pilotados por ella?

Por salvar a Dorn estaba dispuesta a convertirse incluso en una delincuente. Confiaba en que no llegaría demasiado tarde.

Estaba amaneciendo cuando el helicóptero robado sobrevoló el aeropuerto de Ankara; tenía los tanques de combustibles totalmente agotados y tomó tierra cuando no estaba anunciada en la torre de control la llegada de ningún aparato. El piloto intentó ganar tiempo y pasar inadvertido. Una figura vestida de negro saltó perdiéndose en la oscuridad: era Ezve.

Muchos centinelas estaban apostados en las afueras del gran edificio donde residía la Autoridad. Uno de ellos detuvo inmediatamente a la intrusa.

Bajó su arma-parálisis al darse cuenta de que era una mujer quien se escondía detrás de aquella máscara. Ella se dirigió a él en seguida, entregándole una carta que extrajo de su vestido.

El centinela era un guarda raso, pero pronto demostró que pertenecía a las patrullas de la POI y formaba parte de la élite. Sabía muy bien que debía pensarlo antes de disparar. Mantuvo quieta el arma y dejó que ella se aproximara.

—Llame a alguien de confianza y que entregue esta carta rápidamente a la Autoridad —dijo Ezve en un tono que él interpretó casi como una orden—; esperaré aquí con usted mientras regresa el portador de la carta.

Dudó unos momentos, y luego hizo señas a uno de sus compañeros de guardia. Seguramente pensó que no podía haber nada perjudicial en un papel enrollado y una cinta; sin embargo, la apuntaría con el arma mientras aguardaba que el otro volviera. Más valía eso que cometer un error peligroso y quizá irreparable que bien podía comprometerle gravemente.

El otro guardia regresó al cabo de un rato; a continuación saludó y el que apuntaba bajó el arma.

—Yo mismo la llevaré a la Autoridad —dijo con voz imperativa.

Temprano como era, la Autoridad estaba sin embargo en su despacho. A veces pasaba allí toda la noche. Cuando Ezve entró, le señaló una silla que habían traído para ella. Ordenó al guardia que la registrara para ver si llevaba armas, y después le indicó que se marchara. Ezve observó que su carta estaba encima de la mesa. Cuando quedaron solos, él la miró durante unos segundos intensa y silenciosamente; luego sonrió.

—Bueno, hija —dijo casi al instante—, dime primero cómo supiste...

—Tarde o temprano tenía que saberlo —respondió Ezve tranquilamente. No había otra respuesta posible.

—Hablando con sinceridad, ¿cómo llegaste a esta conclusión?

—Supongo que no es difícil adivinarlo: llevo más sangre suya de lo que yo misma creía. Cuando lo supe me di cuenta de que usted y todos sus agentes podían ser pelagerianos encubiertos.

—Mi error —murmuró la Autoridad gravemente— fue no encontrarte y reclutarte antes de que te relacionases demasiado con mis súbditos. Me río al pensar que los terrestres están convencidos de que nuestras razas no pueden cruzarse, y así cada uno de mis millares de niños-probeta no es medio turco, sino medio pelageriano. Debería haberme dado cuenta yo mismo de que nuestros cromosomas son los predominantes y de que aquella cuarta parte recesiva que recibiste de tu madre era despreciable.

—Posiblemente. Pero no tan despreciable como para que me impidiera descubrirlo.

Cierto. Fue cuando sospeché que tu madre también tendría algo de pelageriana. Pero aparte de todo eso figúrate mi asombro cuando supe que el papel le fue entregado a ella y que tu madre te lo dio a ti sin haber podido ser descubierto por mis hombres. Entonces pensé que la medida más segura sería trasladarte a un lugar del que no pudieses volver hasta que lo hubieran hallado. Sin embargo, estás otra vez aquí. Sólo uno de los nuestros podía ser capaz de robar un helicóptero en Nueva York para regresar a Ankara. Y, sinceramente, el papel aún no se ha encontrado. Yo no soy infalible, ya lo ves.

—Si me entrega a Dorn, tendrá el papel.

—¡Ah, Dorn! ¿No podías haberte enamorado de uno de nuestra raza, por

ejemplo Galef?

—Me considero una mujer de la Tierra. Debería usted saber que una medio pelageriana no podía transformarse en la madre de uno de vuestros hijos.

La Autoridad se encogió de hombros:

—No lo sabía. Hace cuarenta y ocho años que dejaron a unos cuantos de nosotros para vengar sus muertos en esa estúpida y recalcitrante raza a la que pretendes pertenecer. Por de pronto, gracias a mí es de esperar que habrá tantos de los nuestros, con nuestra sangre, como para facilitar una completa invasión. Sin embargo, cuando tu madre nació, no existía esa posibilidad.

—Hábleme de Dorn —dijo Ezve, aliando el tono de su voz.

—Dime dónde está el papel. Ya sabes que no lo hemos encontrado; de lo contrario, ahora, en lugar de recibirte, te habría dado muerte. No debías haberlo tenido nunca. Fue un duro golpe para mí cuando me enteré, a través de uno de mis agentes secretos, de que faltaba una copia, la que tenía tu abuelo. Entonces descubrimos que se había rebajado a casarse directamente con una mujer de la Tierra. Y cuando me di cuenta de que eras nieta de él, sospeché que el papel lo tenías tú. Ordené a Arcil que te permitiera entrar en la conspiración por este motivo, aunque sin confiarle tu verdadera identidad. Mirándolo así, tú misma eres la responsable de que se haya reclutado a Dorn, como medio para llegar a ti.

Y la Autoridad prosiguió:

—Galef intentó encontrar el papel para salvarte, pero se lo impedimos. Iba muy decidido. Dije a Arcil que era una equivocación ocultarle su verdadera ascendencia, pero jamás tuvo confianza en él. La consecuencia es que se enamoró de ti.

Ezve se estremeció.

—¡Dios mío! —exclamó—. Y yo creía que me odiaba... Hábleme de Dorn.

La Autoridad sonrió.

—Tenías que haber visto la cara que puso Dorn cuando dije: «Entra, Ezve», y una muchacha completamente desconocida para él entró y se le acercó. Seguramente pensó que había perdido el juicio. Yo estaba

comprobando su reacción emocional.

—Admiro su sentido del humor... ¿Dónde está Dorn?

Por primera vez el dictador perdió la serenidad.

—Hija, no seas necia. Hay otros muchos problemas importantes que discutir antes que el de un joven aborigen.

—No para mí. No le daré el papel si no es a cambio de Dorn, sano y salvo.

—¡Tonterías! ¡Muchacha, sé juiciosa y date cuenta de la situación! Estamos casi al final. La mayoría de esos pobres idiotas están reducidos a la apatía; a los pocos que se rebelan los eliminamos con la muerte o el destierro, si bien la mayoría de sus cabecillas ingresan en nuestra leal guardia, la POI, convencidos de que son los elementos de una futura democracia. Sólo quedan pocos años para poder transmitir la señal y proceder a la Gran Invasión apoderándonos de todo el planeta para civilizarlo. ¿Harás que la suerte de un terrestre prevalezca sobre todo esto?

—Dorn —dijo ella, insistiendo.

La Autoridad respiró profundamente:

—Bien. Necesito ese papel. Dime dónde puedo hallarlo y tendrás a Dorn.

—Primero, Dom.

—Eres tan terca como él. Está preso en una celda, ha rechazado mi oferta para ser miembro de la POI hasta que no aceptes tú. Los demás de su grupo se hallan camino de Brasil y ya no puedo hacer nada por ellos. Vale más que sigan creyendo que marchan a una idílica colonia, como les hemos asegurado...

Se rió. Después miró fijamente a la muchacha, que no le perdía de vista:

—Te advierto, Ezve, que no permitiré que perjudiques nuestros planes. Si alguna vez dices a Dorn o a otra persona quiénes somos, me enteraré y moriréis inmediatamente. —Y añadió—: Si divulgases a alguien más de la Tierra el contenido de ese papel, lo creas o no, morirías en seguida y de una manera espantosa.

—Le prometo no decir nada. Ahora entrégueme a Dorn y le indicaré dónde puede encontrar el papel.

La Autoridad la volvió a mirar fijamente.

—¿Has hablado de este documento con alguien más?

—Nadie ha visto ese papel desde que yo lo tengo —dijo Ezve con seguridad—, y no he explicado a nadie ni su contenido ni sus cifras.

—¿Tienes alguna idea de lo que esa fórmula significa? ¿Cómo lograste conseguirla?

—Mi madre me la entregó cuando estaba moribunda. No entendía el contenido, pero su padre, mi abuelo pelageriano, se lo había dado a conocer a su vez al morir, diciéndole que tenía gran valor y que debía conservar aquel documento en lugar seguro para ser entregado de generación en generación, pues llegaría el día en que sería de una utilidad inestimable.

—Fue un perro traidor —exclamó bruscamente la Autoridad—. Tiene suerte de estar muerto. Tu abuela pudo ser una mujer fascinante, pero él fue un traidor.

Guardó silencio un momento, mientras movía una mano por encima del comunicador.

—No has contestado mi pregunta: ¿entiendes el papel?

—No lo comprendí durante mucho tiempo. Pero ahora sí lo entiendo. Estuve estudiándolo hasta descubrir que usted y sus agentes no son más que pelagerianos encubiertos.

—Tú lo eres, tú misma eres pelageriana. Hija mía, en realidad tendría que eliminarte porque sabes ya demasiado. Sin embargo, tú sola no puedes perjudicarnos; te he dado mi palabra y tú me has dado la tuya, y ningún otro pelageriano lo sabe. Además, confieso que siento cierta debilidad por mis hijos, a pesar de que jamás he visto a las madres que los han engendrado. Bien —pulsó un botón—. ¡Traigan al prisionero Dorn! —ordenó por el comunicador—. Estará aquí dentro de un momento. Ahora, dime: ¿dónde está el papel?

—Desconecte el rayo que se encuentra junto a la puerta, si es que aquí lo tiene. Se lo diré cuando vea entrar a Dorn, sano y salvo.

—Realmente eres hija mía —dijo la Autoridad hoscamente.

Los ojos de Ezve estaban clavados en la puerta, que se veía transparente gracias al rayo. Durante unos diez minutos estuvieron sentados en medio de un tenso silencio. Luego la muchacha suspiró, su rostro se puso radiante de

alegría y se levantó.

—Ah, sí, el papel —dijo apresuradamente—. Una vez, cuando estudiaba en la Universidad, leí un libro muy antiguo publicado antes de la aparición de la cinta. Se titulaba *La carta robada*. Decía cómo una carta bien oculta no podía ser hallada por quienes la buscaban aun teniéndola delante. Nuestro documento, mal enrollado y con la lista de una compra al dorso, está guardado en el espejo del ropero de mi departamento.

—Así —decía Ezve a Dorn a los dos meses de estar casados— no he faltado a mi palabra dada a la Autoridad, pues nunca le prometí no descubrirte la verdad acerca de él, de Arcil y el resto de sus agentes; mas, ¿quién se enterará de que tú sabes tal cosa si no lo cuentas a nadie mientras esté en el poder?

—Y, desde luego, no lo diré ni al mismo Galef.

—Y has de guardarte mucho de hacerlo, sobre todo, a Galef. ¡Pobre muchacho! Sería un duro golpe para él. ¿Sabes, Dorn, que la Autoridad me dijo que Galef estaba enamorado de mí? No puedo ni creerlo, siempre se ha mostrado tan descortés conmigo...

—Lo sospechaba, pero no me atrevía a decírtelo. Creo que no quería que te unieras a nosotros por el peligro que representaba para ti.

—Volviendo a la Autoridad —continuó Ezve—, todo cuanto le prometí fue que no revelaría el contenido del papel. Y cumpliré mi palabra. Desde luego, los agentes de la POI se lo entregaron tan pronto como lo hallaron. Pero lo retuve mucho tiempo en mi memoria antes de poder darme cuenta de su significado. Él está seguro de que lo averigüé, pero cree que no puedo perjudicarles. Por lo tanto —prosiguió—, aún quedan algunos de nuestro grupo que pueden integrarse en un núcleo mayor, hasta crear en todo el planeta un ejército adiestrado, o más bien una fuerza de vanguardia. Claro que la Autoridad los denominaría espías.

—Pero, ¿por qué? Después de nuestra tentativa, parece que la Autoridad ha ordenado a sus agentes que dejen de actuar. Desde entonces no se ha producido ningún levantamiento serio. Hay que reconocer que constituyen

una fuerza civilizada y que nos estamos beneficiando de su conocimiento superior. Aunque de mala gana, he llegado a la conclusión de que hemos sido unos necios y nos hemos dejado engañar. Creo que sólo desean tener la satisfacción de saber que gobiernan la Tierra.

—No, Dom. Quieren mucho más que eso. Recuerda, la Autoridad me dijo que estaban aquí para vengar las muertes que causamos a los pelagerianos. Su principal objetivo consiste en apoderarse totalmente de la Tierra. Se han percatado de que su primer método no dio resultado, pero puedes tener la seguridad de que están planeando otro. Entonces, los pelagerianos se convertirán realmente en nuestros gobernantes y nosotros seremos sus esclavos. Soy casi pelageriana, Dorn, pero lo suficientemente humana como para desear que nuestro planeta pertenezca a sus habitantes.

—Hermosa idea, Ezve. ¡Así pensamos todos! No obstante, ¿cómo podremos luchar contra ellos? Aun suponiendo que lográramos adiestrar a un ejército, ellos podrán seguir trayendo gente y más gente de Pelageria hasta acabar por someternos a todos. No olvides que supieron cómo encontrarnos, pero nosotros jamás conseguiremos descubrir de dónde vinieron.

La voz de Ezve se endureció.

—Podríamos adelantarnos a ellos si contáramos con un ejército y tuviéramos nuestras fuerzas espaciales para invadirles. Aunque no resultaran totalmente derrotados, sería suficiente, ya que sé muy bien cómo piensan. Son gente muy lógica y razonable; en realidad, no son belicosos. Dejaron a la Autoridad y a los demás para poder vengarse. Pero en medio siglo fueron apagándose los sentimientos de odio. Tenemos que demostrarles que no somos seres primitivos para someternos o esclavizarnos, sino una raza potencialmente como la suya en un mismo plano de igualdad. Entonces estoy convencida de que retirarían sus representantes y abandonarían su idea, esperando que la humanidad se restableciera de tan rudo golpe y progresara hasta conseguir el mismo nivel de ellos, con lo cual nuestros dos planetas podrían cooperar pacíficamente. Y la mejor demostración sería disponer de unas fuerzas bien adiestradas para invadirles, evitando luchar. Creo que gracias a sus propios esfuerzos, en este punto te doy la razón, ya hemos logrado ese grado de superación.

Dorn suspiró:

—Hermoso sueño, queridísima Ezve; y estaría completamente de acuerdo contigo si no existiese algo insuperable. Como te dije, ellos nos conocen perfectamente, mientras que nosotros no tenemos la menor idea de su procedencia.

—Dorn, Dorn, ¡querido Dorn!

Los ojos de Ezve resplandecían.

—¿No lo has adivinado aún? Yo conozco la fórmula de aquel papel. Yo puedo guiar a nuestro ejército. ¡Es la fórmula para establecer las comunicaciones espaciales con Pelageria!

ESTE MOMENTO DE LA TORMENTA

Roger Zelazny

¿Puede un hombre escapar al tiempo, a la venganza del tiempo, que es la memoria, como descubre el protagonista del presente relato?

Esta es la historia vívida y estremecedora de un hombre que viaja a través de los espacios interestelares, sumido en sueños de siglos, para descubrir, cada vez que despierta, fuera de su mundo y de su época, que se puede huir de todo, excepto de uno mismo, y que cada hombre es el compendio de todos sus instantes, el resumen viviente de todo lo que ha hecho o dejado de hacer.

De regreso a la Tierra, mi viejo profesor de Filosofía —posiblemente porque habría extraviado sus notas de clase— entró un día en el aula y miró inquisidoramente a sus dieciséis víctimas por espacio de medio minuto. Satisfecho con haber creado un adecuado ambiente, preguntó:

—¿Qué es un hombre?

Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Dispondría de hora y media para matar y once de los dieciséis eran alumnas de coeducación (nueve de ellas estudiantes de arte y las otras dos de materias específicas).

Una de estas dos últimas, que estudiaba ya un avanzado período de Medicina, procedió a dar una clasificación enteramente biológica.

El profesor (ahora que lo recuerdo, se llamaba McNitt) asintió con un movimiento de cabeza y preguntó:

—¿Eso es todo?

Y a continuación inició su hora y media de asesinatos, hasta terminarla.

Aprendí que el hombre es el animal razonador, que el hombre es el único que ríe, que el hombre es mucho más grande que las bestias, pero menor que los ángeles, que el hombre es el único que se contempla a sí mismo haciendo cosas que sabe que son absurdas (esto aprendido con una compañera de cama comparativa), que el hombre es el animal transmisor de cultura, que es el espíritu que aspira, afirma, ama, el que emplea herramientas, entierra a sus muertos, inventa religiones, y el que trata de definirse a sí mismo (esto último lo aprendí de Paul Schwartz, mi compañero de cuarto..., a quien, al primer golpe de vista, le consideré inteligente. Y ahora me pregunto qué habrá sido de Paul.)

De todas maneras a la mayor parte de estas cosas respondo «quizá» o «en

parte, pero...», o simplemente «nada de eso». Todavía creo que mi definición es la mejor porque tuve ocasión de probarla en la Tierra del Cisne...

Yo hubiera dicho: «El hombre es la suma total de todo cuanto ha hecho, de lo que desea, o no, hacer, de lo que deseó haber hecho o no».

Es preciso detenerse y pensar en esto durante un minuto. La definición es tan general como las otras, pero deja espacio para la biología, la risa, las aspiraciones, así como para la transmisión de la cultura, el amor y la habitación llena de espejos. Pero también es limitada. ¿Han hallado ustedes alguna vez una ostra a la que se puedan aplicar las frases finales?

Tierra del Cisne..., delicioso nombre.

Delicioso lugar también, para un rato.

Fue allí donde vi cómo las definiciones del hombre eran, una por una, borradas del enorme y negro encerado hasta que solamente quedó la mía.

Mi radio funcionaba con más ruidos parásitos que de costumbre. Eso era todo.

Durante varias horas no hubo otra indicación de lo que iba a suceder.

Mis ciento treinta ojos habían contemplado a Betty toda la mañana en aquel día claro y fresco de primavera con el Sol vertiendo su luz color miel sobre los campos ámbar, inundando las calles, invadiendo todas las fachadas de los almacenes, resquebrajando los bordillos de las aceras y alimentando los retoños que matizaban la corteza de los árboles en la carretera; y la luz que iluminaba el azul de la bandera del Ayuntamiento formaba espejos anaranjados sobre las ventanas, y retazos violeta y púrpura sobre Saint Stephen's Range a unos cincuenta kilómetros de distancia, cayendo luego a los pies del bosque como un loco con un millón de cubos de pintura... cada uno de ellos con una diferente tonalidad verde, amarilla, naranja, azul y rojo...

Por las mañanas el cielo es cobalto y a mediodía turquesa y a la puesta de sol es esmeralda y rubí, duro y esplendente. A las once era entre cobalto y verde mar cuando contemplé a Betty con mis ciento treinta ojos y no vi nada que estuviese a punto de suceder. Solamente existía en mi radio un extraño

ruido que acompañaba al piano y a los instrumentos de cuerda.

Es curioso cómo la mente personifica, engendra. Las barcas siempre son femeninas. Se dice: «Una vieja y buena bañera», o quizá: «Esta es más rápida», a la vez que se da una palmada sobre el maderamen de la embarcación; o se exclama: «¡A este pequeño y maldito Sam no hay quien lo arranque!», a la vez que se le da un puntapié al motor auxiliar en un vehículo de transporte interior; y los huracanes también reciben nombres femeninos, y las lunas y los mares. Sin embargo, las ciudades son cosa diferente. Generalmente son de género neutro. Nadie llama a San Francisco o a Nueva York «él» o «ella».

Algunas veces, sin embargo, llegan a adquirir los atributos del sexo. Esto ocurre con las ciudades pequeñas del Mediterráneo, allá en la Tierra. Quizá esto se debe a los nombres sensuales de los idiomas que prevalecen en aquella zona, en cuyo caso nos dicen más sobre los habitantes que sobre tales lugares. Pero tengo la impresión de que en todo ello hay algo más profundo.

Betty fue la Estación Beta durante diez años. Después de dos décadas era Betty oficialmente, por orden del Concejo de la Ciudad. ¿Por qué? Bien; supuse entonces (hace unos noventa años), y aún lo sigo suponiendo, que se debió a lo que ella era..., un lugar de descanso y de recuperación, de comidas hechas superficialmente y de nuevas voces, de paisajes, de clima y de luz natural de nuevo, después de aquel largo transporte a través de la gran noche. No es el hogar; rara vez es punto de destino; pero es como ambas cosas. Cuando se tropieza con la luz y el calor y la música, después de la oscuridad, el frío y el silencio, siempre es la mujer. Aquel antiguo marinero del Mediterráneo debió sentir lo mismo cuando avizoraba el puerto al final del viaje. Yo lo sentí cuando por vez primera vi la Estación Beta... Betty... y también cuando la vi por segunda vez.

Yo soy el polizón de su Infierno.

... Cuando seis o siete de mis ciento treinta ojos parpadearon, vi de nuevo, y la música súbitamente se desvaneció bajo una ola de ruidos parásitos; fue cuando comencé a sentirme incómodo.

Llamé a la Central del Tiempo solicitando un informe y la grabada voz femenina me dijo que se esperaban lluvias estacionales por la tarde o a

principios de la noche. Colgué y abrí un ojo desde la visión ventral a la dorsal.

Ni una sola nube. Solamente una pequeña formación de sapos celestes con alas verdes que se dirigía hacia el norte cruzó por el campo de las lentes.

Abrí de nuevo la ventral y contemplé el fluir del tráfico lento, sin congestión, a lo largo de las impecables y bien tendidas calles de Betty. Tres hombres dejaban el Banco y dos más entraban en él. Reconocí a los tres que lo abandonaban y en mi mente les saludé al pasar de largo. Todo estaba tranquilo en la Oficina de Correos, y había una normal actividad en las siderúrgicas, muelles, plantas de plástico sintético, aeropuerto, y superficies de todos los complejos comerciales; los vehículos iban y venían desde los garajes de la Inland Transport Vehicle, arrastrándose desde el bosque arco iris y desde más allá de las montañas como oscuros animalillos, dejando sus huellas atrás marcando sus idas y venidas a través del yermo; y los campos aún estaban amarillentos, y de color marrón oscuro con ocasionales retazos de verde y rosa; las casas de campo, simples construcciones en forma de A, ocupaban varias posiciones, con espiras y torres, cada una de ellas provista de enorme pararrayos y pintadas con muchos colores. Todo lo veía de un solo golpe, en ciento treinta cuadros diferentes, hasta que todos mis ojos se centraron en la gran muralla del Centro de Perturbaciones, en la parte superior de la torre de vigilancia del Ayuntamiento.

Las perturbaciones eléctricas atmosféricas iban y venían hasta que me vi obligado a apagar la radio. Los fragmentos de música son mucho peores que no escuchar música en absoluto.

Mis ojos, recorriendo líneas magnéticas, comenzaron a parpadear.

Entonces supe que debíamos esperar un poco.

Envié un ojo hacia Saint Stephen's a toda velocidad, lo que significaba una espera de veinte minutos, hasta que llegó a la parte superior. Envié otro hacia el cielo, lo que significaba quizá diez minutos para tomar la misma escena. Luego puse el autorregistrator a cargo de todas las operaciones y bajé a tomar una taza de café.

Entré en la oficina exterior del alcalde, le guiñé un ojo a Lottie, la recepcionista, y miré hacia la puerta interior.

—¿Está el alcalde? —pregunté.

Logré una ocasional sonrisa de Lottie, una muchacha ligeramente gruesa, pero bien construida, de indeterminada edad y acné intermitente, pero aquélla no era una buena ocasión.

—Sí —respondió volviendo a mirar los papeles que había sobre su mesa de despacho.

—¿Solo?

La muchacha asintió con un movimiento de cabeza y sonaron sus pendientes. Ojos negros y piel morena; podría estar más presentable si se peinase mejor y se maquillara un poco más. Bien...

Crucé la estancia hasta la puerta y llamé.

—¿Quién es? —preguntó el alcalde.

—Yo —respondí al mismo tiempo que abría—, Godfrey Justi Holmes. Basta con God. Necesito a alguien con quien tomar café y te he elegido a ti.

Ella dio media vuelta en su sillón giratorio, apartándose de la ventana por la que estaba mirando. Sus cabellos cortos, rubios, color ceniza, peinados con raya al medio se agitaron deliciosamente cuando se volvió.

Sonrió y dijo:

—Estoy ocupada.

Ojos verdes, barbilla pequeña, orejas pequeñas..., todo me gustaba.

—... Pero no demasiado ocupada como para no poder tomar café con God —añadió—. Toma asiento y prepararé un poco de café.

Así lo hice y ella también cumplió su promesa.

Mientras ella hacía el café, me recosté en el sillón, encendí un cigarrillo que tomé de una caja y observé:

—Parece que va a llover.

—Eso parece —murmuró ella.

—No se trata de simple conversación —le dije—. Está preparándose una mala tormenta en alguna parte..., creo que sobre Saint Stephen's. Pronto lo sabré.

—Sí, abuelo —dijo ella sirviéndome el café—; vosotros, los veteranos, con todos vuestros dolores y alifafes sois, a menudo, mucho más seguros que la Central del Tiempo; eso es verdad. No discutiré.

Sonrió, frunció el ceño, y volvió a sonreír otra vez.

Dejó mi taza en el borde de su mesa de trabajo.

—Espera y verás —dije—, si estalla sobre las montañas será una cosa antipática de alto voltaje. Ya está perjudicando la recepción.

Blusa blanca con lazo grande y falda negra alrededor de una figura bien conservada. Cumpliría los cuarenta a últimos de temporada, pero jamás había logrado dominar su gesticulación, lo cual me parecía un detalle atractivo. Poseía una espontaneidad de expresión que a veces se desvanecía muy pronto. Yo podía adivinar la clase de niña que había sido mirándola y escuchándola ahora. La idea de cumplir cuarenta años también le preocupaba, eso sí que podía yo asegurarlo. Siempre me toma el pelo con la edad cuando la edad le preocupa a ella.

Yo voy a cumplir los treinta y cinco años, cosa que me hace ser un poco más joven que ella, pero oyó hablar de mí a su abuelo cuando era una niña, antes de que yo hubiese regresado esta última vez. Yo me había encargado de hacer un informe sobre sus servicios cuando el primer alcalde de Betty-Beta, Wyeth, había muerto después de dos meses de mando. Yo nací hace quinientos noventa y siete años, en la Tierra, pero pasé quinientos sesenta y dos de esos años durmiendo, durante mis largas correrías entre las estrellas. Hice algunos viajes más que otros. Consecuentemente soy un anacronismo. Por supuesto soy realmente un viejo como aparento..., pero aun así la gente siempre parece creer que les engaño algo en este terreno, especialmente a las mujeres de mediana edad. Algunas veces la cosa resulta hasta desconcertante...

—Eleanor —dije—, terminarás tu mandato en el mes de noviembre. ¿Todavía piensas presentarte para otro mandato?

Se quitó sus estrechos y elegantes lentes y luego, con un dedo pulgar y un índice, curvó sus pestañas. A continuación sorbió un poco de café para decir:

—Aún no me he decidido.

—No pregunto con el propósito de comunicar algo a la Prensa —dije—, sino para mí.

—Realmente no lo he decidido —repitió—. No lo sé...

—Está bien, sólo deseaba saberlo. Pero si te decides, comunícamelo.

Bebí un poco más de café.

Al cabo de cierto tiempo preguntó:

—La cena del sábado, ¿cómo siempre?

—Sí, está bien.

—Te lo diré entonces.

—Magnífico.

Cuando miró hacia el café que contenía su taza vi a una muchachita que observaba fijamente el agua de un estanque, esperando a que ésta se aclarase para verse reflejada en ella; para ver su fondo, o quizá ambas cosas.

Sonrió, por alguna razón que sólo ella conocía, ante lo que finalmente debió ver.

—¿Una mala tormenta? —preguntó.

—Sí. La siento hasta en los huesos.

—¿Has tratado de alejarla?

—Lo he intentado, aunque no creo que lo consiga.

—Será mejor entonces cerrar algunas escotillas.

—No perjudicaría, y quizá hasta ayudaría.

—El satélite del tiempo estará sobre nosotros dentro de otra media hora.

¿Lograrás algo antes?

—Creo que sí. Probablemente dentro de unos minutos.

Terminé el café, y lavé la taza.

—Comunícame directamente si hay algo —dijo ella.

—Lo haré. Gracias por el café.

Arriba, una vez más, mi ojo más alto se hallaba entonces a suficiente altura. Seguí su campo de acción y obtuve una vista de la distancia: un gran conjunto de nubes hervía al otro lado de Saint Stephen's. La cadena montañosa parecía un muro de contención, un pantano, un enorme arrecife. Más allá, las aguas aparecían revueltas.

Mi otro ojo estaba casi en posición. Esperé el espacio de tiempo de medio cigarrillo, y a continuación vi algo más.

Gris, húmeda e impenetrable, se cernía una cortina sobre la campiña, esto

fue lo que vi.

... Y la cortina avanzaba.

Llamé a Eleanor.

—Va a llover mucho, niña —dije.

—¿Vale la pena colocar sacos terreros?

—Posiblemente.

Entonces será mejor prepararse. Está bien, gracias.

Reanudé mi vigilancia.

Tierra del Cisne..., maravilloso nombre. Se refiere al planeta y a su sólo continente.

¿Cómo describir el mundo en forma rápida y escueta? Bien; aproximadamente tiene el tamaño de la Tierra, en realidad un poco más pequeño y con más agua. En cuanto se refiere al continente sería igual, por ejemplo, que hacer girar a América del Sur para que ocupara una posición contraria a la actual, luego se le haría girar noventa grados hacia la derecha y se le empujaría hacia el hemisferio norte, ¿entendido? Bien. Ahora sería preciso cogerla por la cola y tirar de ella. Extenderla otras seiscientas o setecientas millas más y dejar que estas millas cruzasen el ecuador. Ahí tendríamos entonces a Cisne con su gran golfo parcialmente situado en los trópicos. Y ya, para más exactitud, habría que tomar a Australia para quebrarla en ocho pedazos y dejarlos caer al azar en el hemisferio sur denominándolos con las primeras ocho letras del alfabeto griego. Pongan ustedes un gran helado de vainilla en cada polo y no olviden inclinar el globo unos dieciocho grados antes de partir. Gracias.

Llamé a mis ojos que vagaban y dirigí unos cuantos más hacia Saint Stephen's hasta que el enorme banco de nubes llegó a tocar la cadena montañosa una hora más tarde. Por entonces, el satélite del tiempo ya había pasado y tomado datos del fenómeno. Informé sobre la presencia de una extensa nube sobre el otro lado. La tormenta se había formado rápidamente como ocurría normalmente allí en Cisne. Muy a menudo, también, se dispersaba con la misma rapidez con que se formaba, tras una hora o así, de intensa artillería. Pero también era preciso contar con las malas tormentas... Algunas veces duraban horas y horas, tormentas muy superiores en

intensidad a las de la Tierra.

Por otra parte, la posición de Betty es muchas veces precaria, aunque sus ventajas, en general, compensan sus riesgos. Estamos situados en el golfo, a unos treinta kilómetros al interior, y hay aproximadamente cinco kilómetros desde un río principal, el Noble; parte de Betty se extiende a lo largo de sus orillas, pero ésta es una parte más pequeña. Casi somos una ciudad con la configuración de estrecha faja que forma una zona de once kilómetros de longitud por tres kilómetros de anchura, extendiéndose hacia el interior y hacia el este, desde el río, en líneas paralela con la distante costa marítima. Alrededor del ochenta por ciento de sus 100.000 habitantes se concentra en el distrito comercial, a ocho kilómetros del río.

No somos la tierra más baja que hay por los alrededores, pero tampoco ocupamos la más alta. Ciertamente somos la que está más nivelada en toda la zona. Esta última característica, así como nuestra proximidad al ecuador, fue factor decisivo para el establecimiento de la Estación Beta. Estábamos también cerca de otras cosas, como el océano y un gran río. Hay otras nueve ciudades en el continente, todas ellas más pequeñas y más modernas, tres de ellas situadas no lejos de nosotros, río arriba. Somos la capital potencial de un país fuerte.

Formamos un lugar de aterrizaje fácil y suave para las naves que se lanzan desde vehículos interestelares que están en órbita, y disponemos de elementos importantes para un futuro desarrollo y coordinación para cuando llegue el momento de expansión a través del continente. Nuestra razón de ser, original, sin embargo, era servir de *Stopover*, es decir, de base, punto de reparación, depósito de suministro, lugar físico y psicológico de recuperación, y punto de partida para otros mundos más antiguos. Cisne fue descubierto mucho más tarde que otros puntos, y los demás comenzaron a desarrollarse mucho antes. De aquí que los demás atraigan a muchos más colonos. Todavía nos hallamos en estado muy primitivo. La autosuficiencia, con objeto de formar nuestra población a escala de la Tierra, exigía una sociedad parecida a la de mediados del siglo XIX en el sudoeste americano..., al menos para el propósito de comenzar un desarrollo. Incluso ahora, Cisne descansa todavía sobre un sistema natural de economía, aunque la Central de

la Tierra determina técnicamente la moneda del reino.

¿Por qué «base», si casi siempre, o la mayor parte del tiempo, uno duerme entre las estrellas?

Reflexionen durante un rato y más adelante les diré si tienen razón.

Sonaron los truenos en el este, enviando sus ecos aquí y allá, hasta que pareció, por las formaciones de nubes, que Saint Stephen's era un palco lleno de monstruos, que se inclinaban y alargaban sus cuellos sobre la barandilla con dirección al escenario, donde estábamos nosotros. Las nubes color pizarra se amontonaban, unas sobre otras, y a continuación la muralla, lentamente, comenzó a derribarse.

Oí los primeros crujidos de la tronada casi media hora después del almuerzo, y así supe que no se trataba de mi estómago.

A pesar de todos mis ojos, me acerqué hasta una ventana para mirar. Era como un enorme glaciar gris y aéreo que barriese el cielo.

En aquel momento hacía viento, pues vi cómo repentinamente se movían e inclinaban los árboles. Sería nuestra primera tormenta de la temporada. El color turquesa se desvaneció hasta que finalmente se ocultó el propio sol. Luego cayeron gotas en las ventanas, y muy pronto se formaron finos regueros de agua sobre los cristales.

En la distancia se destacaron los más altos picos de Saint Stephen's entre brillantes relámpagos. Al cabo de un momento hubo un terrible estallido y los finos regueros sobre los cristales de cuarzo de las ventanas se convirtieron en torrenteras de agua.

Regresé a mi galería para sonreír ante el espectáculo que ofrecían docenas de personas que corrían en busca de refugio. Unas cuantas llevaban paraguas e impermeables. El resto corría desesperadamente. La gente nunca presta atención a los informes meteorológicos. Esto, creo yo, es un constante factor en la psicología humana, debido quizá al desagrado atávico hacia el hechicero. Siempre se anhela que los informes sean erróneos. Si son correctos, este detalle resulta aún más incómodo que mojarse.

Recordé entonces que había olvidado mi impermeable, mi paraguas y mis chanclos. Pero «había» sido una mañana muy bella y la Central del Tiempo «podía» haberse equivocado...

Bien; encendí otro cigarrillo y me recosté en mi gran sillón. Ninguna tormenta del mundo podría apartar mis ojos del cielo.

Encendí los filtros, y allí sentado, me dispuse a contemplar cómo llovía.

Cinco horas más tarde, aún estaba lloviendo, seguían retumbando los truenos y todo estaba muy oscuro.

Tenía la esperanza de que la tormenta cesara al terminar mi servicio, pero cuando llegó Chuck Fuller, el cuadro no había cambiado en absoluto. Chuck era mi relevo de aquella noche, el Polizonte Nocturno del Infierno.

Tomó asiento junto a mi mesa.

—Llegas pronto —dije—. No te pagarán por una hora más de trabajo.

—Demasiada humedad para hacer otra cosa que no sea sentarse. Prefiero hacerlo aquí que en casa.

—¿Tejado con goteras?

Chuck movió la cabeza afirmativamente.

—La suegra. Otra visita.

Asentí con la cabeza y dije luego:

—Otra de las desventajas de un mundo pequeño.

Chuck enlazó ambas manos detrás de la nuca y se recostó en su sillón mirando hacia la ventana. Yo presentía uno de sus estallidos.

—¿Sabes qué edad tengo? —preguntó al cabo de un rato.

—No —dije, aun cuando no era cierto.

Tenía veintinueve años.

—Veintisiete —me dijo— y pronto tendré los veintiocho. ¿Sabes dónde estuve?

—No.

—¡En ninguna parte! ¡Ahí es donde estuve! Nací y me crié en este piojoso mundo. Y me casé y me establecí aquí..., ¡y jamás he salido de aquí para nada! Nunca pude permitírmelo cuando era joven. Ahora tengo una familia...

Se inclinó de nuevo hacia delante y apoyó ambos codos en las rodillas, como un niño. Chuck tendría aspecto de niño cuando alcanzara los cincuenta

años..., cabellos rubios muy cortos, nariz pequeña, y tez que se tostaba muy pronto por el sol. Era probable que a los cincuenta años actuase también como un niño. Nunca lo sabré.

No dije nada porque nada tenía que decir.

Chuck permaneció en calma durante un largo rato. Luego dijo:

—Tú has viajado mucho.

Tras otro minuto de silencio continuó:

—Naciste en la Tierra. ¡La Tierra! Y visitaste otros mundos incluso antes de haber nacido yo. La Tierra sólo es para mí un nombre. Y fotografías. Y todos los demás... ¡son lo mismo! Fotografías. Nombres...

Aguardé, y luego cansado de esperar dije:

—Miniver Cheevy, hijo de desprecio...

—¿Qué significa eso?

—Es el comienzo de un antiguo poema. Ahora es antiguo, pero no cuando yo era un muchacho. Soy viejo. Tuve amigos, parientes, parientes políticos, sí; también los tuve yo en otro tiempo. Ya ni siquiera son huesos. Son polvo. Verdadero polvo y no metafórico. Los últimos quince años me parecen quince años a mí, igual que a ti, pero no es igual. Son ya muchos capítulos de historia en los libros. Siempre que viajas entre las estrellas automáticamente entierras el tiempo. Si alguna vez regresas al mundo que dejas, lo encuentras lleno de seres desconocidos... o de caricaturas de tus amigos, de tus parientes, incluso de ti mismo. No es una gran hazaña ser abuelo a los sesenta años y bisabuelo a los setenta y cinco u ochenta..., pero auséntate por trescientos años y te encontrarás al regreso con un miembro de doce o trece generaciones posteriores, supernieto tuyo que resulta tiene ya cincuenta años, y te asombras cuando le ves. Eso te demuestra entonces lo solo que estás. No eres simplemente un hombre sin país o sin mundo. Eres un hombre sin tiempo, sin época. Tú y los siglos no os pertenecéis mutuamente. Eres como una de esas partículas que derivan entre las estrellas.

—Valdría la pena —dijo Chuck.

Me eché a reír. Había tenido que escuchar sus quejas cada uno o dos meses durante año y medio. Antes nunca me había molestado mucho; así, pues, creo que fue cierto efecto acumulativo de aquel día..., la lluvia, la

próxima noche del sábado y mis recientes visitas a la biblioteca, y «sus quejas» las que me pusieron de mal humor.

Su último comentario había sido demasiado: «Valdría la pena». ¿Qué podía yo responder a aquello?

Me eché a reír nuevamente.

Chuck enrojeció hasta las orejas.

—¡Te estás riendo de mí! —exclamó.

Se puso en pie y me miró con ojos brillantes.

—No, nada de eso —dije—. Me río de mí mismo. No debía haberme molestado lo que has dicho, pero me molesté. Eso me recuerda algo gracioso sobre mí.

—¿De qué se trata?

—Que me estoy volviendo sentimental a mi edad, y eso me hace gracia.

—¡Oh!

Me volvió la espalda y luego se acercó a la ventana para mirar hacia el exterior. Metió ambas manos en los bolsillos y se volvió para mirarme y preguntarme:

—¿No eres feliz? Te lo pregunto en serio. Tienes dinero y ningún problema, ni lazos que te aten. Si quisieras podrías partir en el próximo I-V que pasará por aquí.

—Seguro que soy feliz —dije. Mi café estaba frío—. Olvídalo.

—¡Oh! —exclamó nuevamente.

Se volvió hacia la ventana justamente a tiempo de recibir en pleno rostro el vivísimo resplandor de un rayo y para tener que competir con el trueno para que se escucharan sus palabras.

—Lo siento —le oí decir a distancia—, me parece que deberías ser uno de los seres más felices que andan por ahí.

—Lo soy. Pero hoy hace mal tiempo y esto influye en mí; hace hablar mucho a la gente, incluso a ti.

—Sí, tienes razón —dijo—. Mira esa lluvia, ¿qué te parece? Como si no hubiese llovido durante meses...

—La han estado ahorrando para hoy.

Chuck carraspeó y luego dijo:

—Bajaré a tomar una taza de café y un bocadillo antes de firmar.
¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias.

—Está bien. Te veré dentro de un rato.

Salió silbando. Nunca permanecía deprimido por mucho tiempo. Poseía el humor y temperamento de un niño, con eternos altibajos... Y es Polizonte Nocturno del Infierno. Probablemente el peor trabajo para él, teniendo que centrar su atención en un lugar durante tanto tiempo. Dicen que la denominación del trabajo procede del nombre de un antiguo aparato volador..., una especie de máquina volante cuyo nombre era parecido. Nosotros enviamos nuestros ojos sobre los puntos señalados y pueden escrutarlo todo como lo hacían aquellas viejas máquinas. Patrullamos la ciudad y la cercana campiña. En Cisne el hacer cumplir las leyes no es ningún problema. Nunca atisbamos por una ventana o enviamos un ojo aun edificio sin invitación, para hacerlo. Nuestro testimonio es lícito y admisible ante un tribunal... o si somos lo suficientemente rápidos para oprimir un par de botones, la cinta que grabamos realiza un trabajo mucho mejor todavía... y podemos despachar policías robot o vivos a toda prisa, dependiendo esto de cuál de los dos haga un trabajo mejor.

Sin embargo, no se cometen muchos delitos en Cisne, a pesar del hecho de que todo el mundo lleva un arma al costado, un arma de alguna clase, incluso los chicos. Todo el mundo conoce bien a sus vecinos, y no hay muchos lugares a donde poder huir. Principalmente somos polizontes aéreos dedicados a vigilar con un ojo la vida animal de la localidad (razón de todas las armas al costado).

La Sociedad para la Prevención de la Crueldad, contra nosotros, o lo que es igual, la SPCU, también es la razón de que cada uno de mis ciento treinta ojos tenga pestañas del calibre cuarenta y cinco.

Hay cosas como el pequeño y listo panda... ¡Oh!, solamente mide un metro de altura, cuando se sienta sobre sus cuartos traseros como si fuese un osezn. Tiene orejas grandes, cuadradas y sedosas, piel pintada y ojos grandes, castaños y límpidos, lengua rosada, hocico chato y dientes blancos y agudos más venenosos que los de una víbora.

Luego está un *snapper* que tiene aspecto atemorizador; se trata de un reptil con plumas y tres cuernos en su blindada cabeza... uno bajo cada ojo, como un jabalí, y otro que se curva hacia arriba partiendo de la parte superior de su nariz. Patas de unos sesenta centímetros de longitud, y cola de más de un metro de largo que se alza en el aire cuando corre velozmente, y una boca llena de dientes muy agudos.

También hay río arriba, en algunas ocasiones, cosas anfibias que provienen del océano. Prefiero no hablar de ellas. Son algo feo y maligno.

De todas maneras, éstas son algunas de las razones por las que hay Polizontes del Infierno..., no solamente en Cisne, sino en muchos mundos fronterizos. Como tal estuve empleado en varios de ellos, y he averiguado que un experimentado polizonte de tal clase siempre puede encontrar empleo aquí.

Chuck tardó en regresar más de lo que yo creía. Mi servicio había terminado hacía un rato ya, pero como me sentía feliz no dije nada. En el cuello de su camisa había un par de manchas de carmín, y en su rostro una celestial sonrisa, y así me despedí deseándole un buen servicio, tomé mi bastón, y partí con dirección a la gran máquina lavadora.

Se me estaba haciendo cada vez más difícil ir a pie hasta donde se hallaba mi coche, aparcado a dos bloques de distancia.

Llamé a un taxi y esperé otros quince minutos. Eleanor había decidido respetar las horas de un auténtico alcalde y se había ido poco después de almorzar; y casi todo el personal se había retirado también una hora antes a causa del tiempo. Consecuentemente, el Ayuntamiento estaba lleno de ecos y de oscuros despachos. Esperé en el vestíbulo, tras la puerta principal, escuchando el batir de la lluvia y su gorgoteo al deslizarse en busca de los desagües. El agua barría toda la calle, sacudía los vidrios de las ventanas y hacía que éstas se sintieran frías al tacto.

Yo tenía proyectado pasar la tarde en la biblioteca, pero cambié mis planes cuando comprobé el tiempo que hacía..., iría a la biblioteca al día siguiente o al otro. La tarde era mucho mejor para hacer una buena cena, tomar un baño caliente, disfrutar con mis propios libros, tomar a pequeños sorbos una copa de brandy y luego, temprano, a la cama. Al menos el tiempo

era maravilloso para dormir. Se detuvo un taxi frente al Ayuntamiento e hizo sonar el claxon.

Eché a correr hacia él.

Al día siguiente la lluvia se detuvo durante, quizá una hora, por la mañana. Luego comenzó nuevamente a lloviznar. Y ya no se detuvo.

Continuó lloviendo fuertemente durante toda la tarde.

El día siguiente era viernes, mi día libre, y me alegré de que así fuese.

Firmé con mis iniciales el informe sobre el tiempo del jueves. Pero ya era viernes.

Sin embargo, decidí hacer algo.

Yo vivía en el centro, en aquella sección de la ciudad, cerca del río. El Noble estaba «hinchado» y las lluvias aumentaban su nivel. Los desagües comenzaron a atascarse y a rechazar el agua que ya corría por las calles. Continuó lloviendo y creciendo el agua de los charcos y pequeños lagos de las calzadas, y la lluvia estaba acompañada por los solos de tambor del cielo y la caída de esplendentes tridentes y sierras. Los sapos de verdosas alas eran arrastrados por el agua hacia las alcantarillas como si fuesen fuegos artificiales quemados. Una bola de fuego cruzó por encima de la plaza de la ciudad; el Fuego de San Telmo se ciñó al asta de la bandera de la torre de vigilancia, y la enorme estatua de Wyeth aún trataba de mantener su aspecto heroico.

Me dirigí hacia la biblioteca avanzando lentamente con el coche a través de espesas cortinas de agua. Aquellos mozos de mudanzas del cielo evidentemente no estaban sindicados porque no hacían ningún alto para tomar café. Finalmente encontré un aparcamiento, abrí mi paraguas y me encaminé hacia la biblioteca, donde entré.

Desde hace pocos años me he convertido en una especie de bibliófilo. No es que yo sea un hambriento o sediento del saber, pero sí me muero de hambre por las noticias.

Todo esto se remonta a mi empleo en la gran mezcladora maestra. Admitido; hay algunas cosas más rápidas que la luz, como las velocidades fase de las ondas de radio en el plasma iónico o los rayos de luz de Duckbill modulados por iones, pero estos casos son muy pocos y sin ninguna

aplicación al paso de naves de viajeros y objetos entre las estrellas. No se puede pasar de la velocidad de la luz cuando se trata del movimiento de la materia. Puede uno llegar hasta el mismo borde, pero nada más.

Pero la vida puede suspenderse, esto es fácil..., puede reanudarse y volver a detenerse sin la menor dificultad. Esta es la razón de que yo haya durado tanto. Si no podemos aumentar la velocidad de las naves, podemos reducir el ritmo de la gente, reducir su ritmo de vida hasta detenerse... y dejar que la nave, avanzando a una velocidad, casi como la de la luz, tarde medio siglo o más si necesita tal tiempo para llevar a los pasajeros a su punto de destino. Por eso estoy tan solo. Cada pequeña muerte significa la resurrección en otra tierra y en otra época. Yo he tenido varias y ésta es la razón por la que me he convertido en bibliófilo: las noticias viajan lentamente, tan lentamente como los buques y la gente. Si se compra un periódico antes de subir a bordo de una nave seguirá siendo periódico cuando uno alcance su destino..., pero allí donde se compró será considerado como un documento histórico. Si se envía una carta a la Tierra el nieto puede responder al biznieto si ambas personas viven lo suficiente.

Todas las bibliotecas de aquí están llenas de libros raros... primeras ediciones de *best sellers* que la gente recoge antes de partir para otro lugar cualquiera y que generalmente regalan cuando los han leído. Suponemos que estos libros ya son de propiedad pública cuando llegan aquí y nosotros los reproducimos en nuestras propias ediciones. Jamás ningún autor ha presentado reclamación alguna, ni tampoco ningún editor ha sido denunciado por representantes, agente literarios, o herederos de derechos.

Somos completamente autónomos y siempre nos encontramos atrasados porque hay una enorme laguna de tiempo-tránsito que no se puede superar. Por lo tanto, la Central de la Tierra ejerce el mismo control sobre nosotros que un muchacho sobre su cometa tras haberse roto el hilo que la sujetaba.

Quizá Yeats pensaba en algo parecido a esto cuando escribió aquellas líneas finales: «Las cosas se deshacen; el centro no se sostiene». Yo lo dudo, pero aún tengo que ir a la biblioteca para enterarme de muchas noticias más.

El día se fundía a mi alrededor.

Las palabras fluían a través de la pantalla en mi cabina al leer periódicos y revistas no tocadas por manos humanas, y las aguas fluían también a través de los ocres de Betty, descendiendo en aquellos momentos desde las montañas, lavando los suelos del bosque, destrozando nuestros campos, inundando sótanos, arrastrándolo todo, y llenando las calles de barro.

Entré en la cafetería de la biblioteca para almorzar, y allí supe, por una muchacha ataviada con delantal verde y falda amarilla, que siseaba agradablemente, que las cuadrillas de los sacos terreros estaban trabajando duramente y que no había tráfico hacia el este, más allá de la plaza de la Ciudad.

Después de almorzar me puse el impermeable y las botas y me dirigí hacia allí.

Efectivamente, el muro de sacos terreros cruzaba ya la calle principal alcanzando una altura que llegaba a la cintura de un hombre; pero el agua también llegaba a cubrir los tobillos y a cada minuto que transcurría parecía aumentar más y más.

Miré hacia arriba para contemplar la estatua de Wyeth. Su halo había desaparecido ya, lo cual era de esperar. Había sido una honesta equivocación de la que me di cuenta al cabo de un breve momento de reflexión.

Sostenía un par de gafas en su mano izquierda y parecía mirarme extrañamente desde allí arriba, un poco aprensivamente, preguntándose quizá, en el interior de aquel bronce, si yo tendría acaso algo que decirle que arruinara su duro, verdense, y húmedo esplendor. ¿Decirle algo...? Sospecho que yo era el único que quedaba que realmente recordase al hombre. Había deseado ser el padre de este gran país nuevo, y lo había intentado con todas sus fuerzas. Tres meses de mandato y había tenido yo que completar el resto del mismo que era de dos años. El certificado de defunción había mencionado «detención del corazón», pero no hablaba del trozo de plomo que había ayudado a que las cosas cambiasen de rumbo. Todas las personas implicadas en aquel asunto habían desaparecido: el iracundo esposo, la atemorizada

esposa, el médico forense... Todos excepto yo. Y no se lo diré a nadie si no lo desea la estatua de Wyeth, porque ahora él es un héroe, y aquí ahora necesitamos las estatuas de héroes mucho más que hacerlos. Wyeth había inventado un sistema de trabajo durante las inundaciones Butler Township y bien podía ser recordado por aquello.

Guiñé un ojo a mi antiguo patrón, y la lluvia resbalando por su nariz formó un pequeño charco a mis pies.

Regresé a la biblioteca a través de mucho ruido y brillantes relámpagos, escuchando las maldiciones y las fuertes pisadas de las cuadrillas de trabajo que iniciaban el bloqueo de otra calle. Negro, pasó un ojo por encima de nuestras cabezas. Saludé alzando una mano y el filtro se obturó y cerró, respondiendo a mi saludo. Creo que H. C. John Keams estaba atendiendo el taller aquella tarde, pero no estoy seguro.

Súbitamente se abrieron los cielos y aquello fue como hallarse bajo una catarata de agua.

Traté de alcanzar una pared, pero no había ninguna, resbalé y me las arreglé para mantener el equilibrio con ayuda del bastón. Encontré el umbral de una puerta y allí me refugié.

Siguieron diez minutos de relámpagos y truenos. Luego, después de que pasó lo que podía calificarse de ceguera y sordera, y la lluvia cedió un poco, vi que la calle, Segunda Avenida, se había convertido en un río. El agua arrastraba toda clase de desperdicios, papeles, sombreros, maderos, barro, gorgoteando con desagradable ruido. Me pareció que el agua alcanzaría una altura superior a mis botas, y en consecuencia esperé a que bajara su nivel.

No lo hizo.

El agua llegó hasta donde yo me encontraba y comenzó a meterse en mis botas.

Entonces el tiempo llegó a parecerme tan bueno como otro día cualquiera. Las cosas ciertamente no estaban mejorando.

Intenté echar a correr, pero con las botas llenas de agua lo mejor que se puede hacer es tratar de vadear el arroyo rápidamente, pero cuando di tres pasos ya tenía las botas completamente llenas de agua.

Aquello inició la tarde. ¿Cómo es posible que uno se concentre sobre algo

con los pies mojados? Regresé al aparcamiento y a continuación emprendí el camino hacia casa con la sensación de un capitán de buque fluvial que en realidad deseara ser un camellero.

Parecía más noche que tarde cuando penetré en mi húmedo garaje, todavía sin inundar por las aguas. Y parecía más noche que tarde, también, en el callejón. No. había visto el sol desde hacía días y resulta curioso darse cuenta de lo mucho que se le echa de menos en vacaciones. El cielo era una cúpula de arena y los altos muros de ladrillo del callejón estaban mucho más limpios que nunca, o al menos así los veía yo a pesar de la oscuridad.

Me arrimé bastante al muro de la izquierda para evadirme de la lluvia. Al conducir a lo largo del río me había dado cuenta de que el nivel del agua ya había pasado de las marcas fijadas a ambos lados de los muelles. En aquellos instantes el Noble era una enorme salchicha podrida cuya piel iba a reventar en cualquier instante. La viva luz de un relámpago me mostró todo el callejón y yo reduje la marcha para evitar los charcos de agua.

Avancé pensando en calcetines secos y en martinis, también secos, volví a la derecha de una esquina y recibí una sorpresa: un org.

La mitad de su segmentado cuerpo se hallaba en ángulo de cuarenta y cinco grados sobre el pavimento, lo que situaba su ancha cabeza a más de un metro de altura sobre el suelo y a la altura de los ojos de tráfico que señalaban un stop. Rodó lentamente hacia mí sobre sus pequeñas patas pálidas orientando su mortecina boca hacia la mitad de mi cuerpo.

Me detengo en mi narrativa para una larga digresión relacionada con mi niñez a cuyo recuerdo debo siempre reaccionar normalmente en tales circunstancias.

Nacido, criado y educado en la Tierra, había trabajado yo durante dos veranos en un corral de ganado mientras, a la vez, acudía al colegio. Todavía recuerdo los olores y ruidos de las reses; solía sacar a los animales de sus recintos y acompañarlos hasta el matadero, acompañarlos durante el último paseo como solíamos comentar. Y recuerdo también los olores y ruidos de la Universidad: el formaldehído en los laboratorios de biología, los sonidos de los novatos destrozando los verbos franceses, el abrumador aroma del café mezclado con el de los cigarrillos en la Unión de Estudiantes, el chapuzón del

nuevo miembro de la hermandad cuando sus hermanos le arrojaban al lago que había frente al museo de arte, los sonidos de ignoradas campanillas de capilla y campanillas de clase, el olor del césped tras su primera siega del año (con aquel enorme negro llamado Andy sujeto a su pequeña segadora, con la gorra de base-ball calada hasta los ojos y el cigarrillo eternamente colgado de los labios sin que milagrosamente quemase nunca su mejilla izquierda) y el eterno pisar con fuerza sobre la plataforma de madera para cruzar las armas.

Yo no había deseado cursar Educación General Física, pero se precisaban cuatro semestres y la única manera de eludirla era estudiar un curso de algún deporte especial. Elegí la esgrima porque el tenis, el basket-ball, el judo, la lucha y el boxeo me parecían demasiado agotadores, y no me decidí por el golf porque no podía permitirme el lujo de comprarme un juego de bastones. Poco sospechaba yo lo que ocurriría a continuación. La esgrima era tan agotadora como los demás deportes y probablemente algo más que algunos. Pero me gustaba.

Así formé parte del equipo en mi segundo año y llegué a representar tres veces a la Universidad en el equipo de espada hasta mi último año. Lo que demuestra una cosa: que el ganado que persevera en buscar una fácil salida, todavía se agita en el matadero, pero puede disfrutar del viaje un poco más.

Cuando llegué aquí, a la salvaje frontera donde toda la gente lleva armas, me hice construir un bastón. Combina las mejores características de la espada y de la aguijada del ganado. Su única característica, como tal aguijada, es que si se fuese a emplear con el ganado éste no volvería a moverse jamás.

Se liberan más de ochocientos voltios cuando su punta toca algo, si se oprime adecuadamente un pequeño botón que hay en el mango...

Mi brazo salió disparado hacia delante y hacia arriba y mis dedos oprimieron adecuadamente el botón del mango.

Fue suficiente para el org.

Surgió un extraño ruido de entre las hileras de afiladas cuchillas que formaban su dentadura cuando la punta de mi bastón penetró en su bajo vientre y a la vez moví el brazo hacia un lado..., el ruido se podía calificar de fuerte respiración y de quejido, pero fue suficiente para el org (abreviatura de «organismo con largo nombre que no recuerdo»).

Apagué mi bastón y di un rodeo para no tropezar con el inmóvil cuerpo. Era una de aquellas cosas que, de vez en cuando, salían del río. Recuerdo que miré hacia atrás tres veces, luego «encendí» de nuevo el bastón hasta su potencia máxima y continué con él así hasta que estuve en el interior de mi apartamento con la puerta cerrada y todas las luces encendidas.

Luego me permití temblar y al cabo de un rato me cambié de calcetines y preparé una bebida.

¡Ojalá todos los callejones sean bien seguros para ustedes!

Sábado.

Más lluvia.

Humedad por todas partes.

Toda la parte este había sido bloqueada con sacos terreros. En algunos lugares solamente servían para crear cataratas arenosas donde el agua hubiese podido fluir más niveladamente y quizá un poco más clara. En otros lugares contenían el agua durante un rato.

Por entonces ya se habían registrado seis muertos como resultado directo de la lluvia.

Y también habían estallado ya incendios producidos por chispas eléctricas, accidentes causados por el agua, enfermedades súbitamente agravadas por la humedad, y por el frío.

Por entonces, comenzaron a acrecentarse los daños causados a la propiedad privada.

Todo el mundo estaba cansado, encolerizado, deprimido y empapado, por entonces. Y entre éstos me incluía yo.

Aunque era sábado me fui a trabajar. Lo hice en el despacho de Eleanor, en su compañía. Extendimos el gran mapa en relieve sobre la mesa y seis pantallas móviles se alineaban en una de las paredes. Seis ojos se hallaban sobre los puntos de emergencia y nos tenían al corriente de las acciones que allí se llevaban a cabo. Sobre la mesa de despacho había seis nuevos teléfonos y un gran aparato de radio. Cinco ceniceros parecían desear que alguien los vaciara y la cafetera goteaba con cínica risa ante la actividad

humana.

El Noble casi había alcanzado ya su nivel máximo. Por supuesto no éramos el único centro de tormenta aislada. Más arriba del río, Butler Township estaba sufriendo lo suyo, Swan's Nest se estaba inundando, Laurie lloraba sobre el río, y el yermo que había en medio, quedaba sacudido por las aguas.

Aunque estábamos en contacto directo, salimos aquella mañana por tres veces para observar sobre el terreno lo que estaba sucediendo. La primera salida fue cuando se derrumbó el puente norte-sur sobre el río Lance y las aguas lo arrastraron hacia el Noble, hasta la curva donde se hallaba la siderurgia Mack; la segunda salida fue cuando el cementerio Wildwood, situado sobre una colina, hacia el este, quedó profundamente «arado» por las aguas, se abrieron las tumbas y varios ataúdes fueron arrastrados por el agua; y finalmente también realizamos otra salida cuando asimismo en el este tres casas llenas de gente se derrumbaron. El pequeño avión de Eleanor era juguete del viento cuando nos dirigimos a todos estos lugares para realizar una supervisión sobre el terreno; yo navegué confiando casi totalmente en los instrumentos. En ciertos puntos del centro se estaba dando alojamiento a los evacuados. Aquella mañana me duché tres veces y me cambié de ropa dos.

Por la tarde las cosas mejoraron un poco, incluso llovió menos. La espesa cubierta de nubes no se rompió, pero hubo una suave llovizna que nos permitió ganar un poco de terreno sobre las aguas. Se reforzaron los muros de contención, se alimentó a los evacuados, y se limpiaron muchos lugares llenos de escombros. Cuatro de los seis ojos se devolvieron a sus patrullas, porque cuatro de los puntos de emergencia ya habían dejado de serlo... y necesitábamos todos los ojos para la patrulla contra los org.

Los habitantes del inundado bosque también se habían puesto en movimiento. Siete *snappers* y una horda de pandas fueron muertos a tiros en aquel día, así como unas cuantas cosas que salían arrastrándose del Noble... sin mencionar varias clases de serpientes, enormes murciélagos provistos de largo aguijón, anguilas de tierra y otros diversos animales.

A las siete parecía haberse logrado un alto. Eleanor y yo subimos a su aparato y nos lanzamos hacia el cielo.

Continuamos ascendiendo. Finalmente hubo un siseo y la cabina comenzó a ser presionada. Nos rodeaba la noche por todas partes. El rostro de Eleanor, bajo la luz del panel de instrumentos, parecía una máscara de cansancio. Alzó ambas manos hasta sus sienes como si deseara desembarazarse de él, y luego cuando miré de nuevo hacia atrás me pareció que lo acababa de conseguir. Sus labios esbozaron una débil sonrisa y brillaron sus ojos. Un mechón de cabellos caía sobre una de sus cejas.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Arriba —respondí—, sobre la tormenta.

—¿Por qué?

—Han pasado muchos días... —dije, indicando que hacía tiempo que no veía un cielo despejado.

—Cierto —respondió Eleanor.

Cuando se inclinó para encender un cigarrillo noté que parte de sus cabellos estaban despeinados. Sentí ganas de extender una mano y alisárselos, pero no lo hice.

A continuación penetramos en un mar de nubes.

El cielo estaba oscuro, sin Luna. Las estrellas titilaban con brillo de diamantes rotos. Las nubes eran un pavimento de lava.

Derivamos. Miramos hacia los cielos. «Anclé» el aparato con su ojo de observación, y también encendí un cigarrillo.

—Eres más viejo que yo —dijo Eleanor finalmente—, ¿sabes?

—No.

—Hay cierta sabiduría; cierta fuerza, algo parecido a la esencia del tiempo que pasa..., que penetra en un hombre cuando duerme entre las estrellas. Lo sé porque lo siento cuando estoy a tu lado.

—No —repliqué.

—Entonces, quizá la gente espera que tú tengas la fuerza de siglos que te proporciona algo parecido. Quizá...

—No.

Eleanor carraspeó.

—Tampoco es exactamente una especie de cosa positiva.

Me eché a reír.

—Me preguntaste si pensaba presentarme de nuevo para el cargo a final de temporada. La respuesta es no. Pienso retirarme. Quiero establecerme.

—¿Con alguien en especial?

—Sí, muy especial, Juss —dijo ella sonriéndome.

La besé, pero sólo durante breves segundos porque la ceniza de su cigarrillo estaba a punto de caer sobre mi cuello.

Así, apagamos ambos cigarrillos y continuamos derivando sobre la invisible ciudad, bajo un cielo sin Luna.

Mencioné anteriormente que les contaría algo sobre los Stopovers. Si recorren ustedes una distancia de ciento cuarenta años luz y utilizan para ello unos ciento cincuenta años reales, ¿por qué pararse para estirar las piernas?

Bien; ante todo y principalmente: casi nadie duerme durante todo el viaje. Hay muchos pequeños dispositivos que necesitan gobierno humano en todo momento. No es posible que nadie esté allí sentado todo el tiempo atendiendo por sí mismo tales aparatos. Así, todo el mundo hace uno o dos turnos, incluyendo a los pasajeros. Se les instruye sobre lo que tienen que hacer hasta que llegue el doctor, a quien tienen que despertar y lo que han de hacer también si surge alguna dificultad. Entonces todo el mundo hace un turno de vigilancia durante un mes o así en compañía de otras personas. Siempre hay a bordo cientos de personas que colaboran en el trabajo.

Toda clase de agentes mecánicos les protegen, y la mayor parte del público ignora su presencia (en el supuesto de que a bordo puedan suceder cosas, como, por ejemplo, abrir una ventana, secuestrar la nave para hacerla cambiar de rumbo, asesinato de pasajeros y problemas por el estilo) y la gente está bien acoplada para que funcione tan bien como la maquinaria. Todo esto es la razón de que tanto la gente como la maquinaria precisen de vigilancia.

Tras varios turnos de guardia en la nave, entre intervalos de sueño frío, uno tiende a sentir claustrofobia, y cierta depresión de ánimo. De aquí que cuando se encuentra un Stopover se utilice para restaurar el equilibrio mental. También sirve para el propósito de enriquecer la vida y la economía del

propio mundo Stopover, mediante toda la información o actividad que uno le pueda proporcionar.

El Stopover, por lo tanto, se ha convertido en una vacación tradicional en muchos mundos, caracterizada por festivales y celebraciones en algunos de los más pequeños y a menudo mediante desfiles o entrevistas radiadas al mundo entero, así como conferencias de Prensa que se celebran allí donde las poblaciones son más numerosas. Entiendo que ahora sucede lo mismo en la Tierra siempre que allí se detienen visitantes coloniales. De hecho, hubo una joven *starlet* de poco éxito llamada Marilyn Austin que hizo un largo viaje, estuvo fuera unos pocos meses, y regresó en la siguiente nave que hacia escala. Tras aparecer un par de veces en las pantallas tridimensionales, hablando sobre cultura interestelar y tras haber mostrado unas cuantas veces sus blanquísimos dientes, logró un buen contrato, un tercer marido, y su primer gran papel en cintas. Todo lo cual demuestra palpablemente el valor de los Stopovers.

Aterricé sobre la parte superior de Helix, el complejo de apartamentos más grande de Betty, donde Eleanor tenía su *suíte* de doble balcón, haciendo esquina, desde el que se divisaba el distante Noble y las luces de Posh Valley, sección residencial de Betty.

Eleanor preparó unos filetes con patatas cocidas, maíz cocido, cerveza..., todo lo que a mí me gustaba. Me sentía muy feliz y estuve allí sentado hasta aproximadamente la medianoche, haciendo planes para nuestro futuro. Más tarde tomé un taxi hasta la plaza de la Ciudad, donde aparqué.

Cuando llegué, pensé que debía acercarme hasta el Centro de Perturbaciones para ver cómo iban las cosas. Así, entré en el vestíbulo, golpeé con ambos pies sobre el pavimento para sacudir el agua, colgué el abrigo, y atravesé el desierto vestíbulo de camino al ascensor.

El ascensor estaba excesivamente tranquilo. Siempre se supone que han de chirriar algo, ¿verdad? Pero no deben sonar en absoluto y las puertas han de abrirse y cerrarse sin el menor ruido. A continuación doblé una esquina para dirigirme al Centro de Perturbaciones.

Fue un cuadro con el que seguramente hubiese trabajado Rodin. Y todo cuanto puedo decir es que fue una buena cosa que se me ocurriera detenerme allí cuando lo hice, en lugar de hacerlo cinco o diez minutos más tarde.

Chuck Fuller y Lottie, la secretaria de Eleanor, estaban practicando la reanimación boca a boca y practicando asimismo todas las técnicas de calentamiento de la víctima en el diván situado en la pequeña estancia que había junto a la gran puerta del CP.

Chuck me daba la espalda en aquellos momentos, pero Lottie me vislumbró por encima de su hombro. Se abrieron mucho sus ojos y la muchacha apartó al hombre. Chuck volvió la cabeza rápidamente.

—Juss... —murmuró.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Pasaba por aquí —añadió— y pensé detenerme para saludarte y echar una mirada a esos ojos.

—¡Ufff...! todo va bien —dijo Chuck retrocediendo hasta el vestíbulo—. Están ahora mismo en automático y yo..., bien, acabo de hacer un alto en el servicio para tomar café. Lottie está de servicio esta noche y vino a verme... para comprobar si había que pasar a máquina algún informe. Sufrió un ligero mareo y así vinimos a ese diván...

—Sí, la muchacha parece estar un poco... mareada —dije—. Hay sales y aspirinas en el botiquín.

Continué caminando hasta entrar en el Centro, sintiéndome un poco violento.

Chuck me siguió al cabo de un par de minutos. Yo estaba observando las pantallas cuando se colocó a mi lado. Parecía que se estaban normalizando las cosas, aunque la lluvia aún humedecía las ciento treinta vistas de Betty.

—¡Uf...! Juss —dijo Chuck—. No sabía que vendrías...

—Evidentemente.

—Lo que quiero decir es... que no me levantarás expediente, ¿verdad?

—No; no lo haré.

—Y no se lo dirás a Cynthia, ¿verdad?

—Tus actividades extralaborales son asunto exclusivamente tuyo —dije—; como amigo te sugiero que las realices en su propio momento y en un

lugar más adecuado. Pero creo que el asunto está esfumándose en mi mente, hasta el punto de que dentro de otro minuto más, estoy seguro que lo habré olvidado.

—Gracias, Juss —dijo.

Asentí con otro movimiento de cabeza.

—¿Qué es lo que nos dice estos días la Central del Tiempo? —pregunté alzando el auricular.

Chuck se encogió de hombros y así yo marqué en el dial y escuché.

—Malo —dije, colgando—. Vendrá más agua.

—¡Maldita sea! —exclamó Chuck encendiendo un cigarrillo—, este tiempo está destrozándome los nervios.

—Y a mí también —dije yo—. Y ahora me voy corriendo porque quiero estar en casa antes de que las cosas se pongan mal nuevamente. Probablemente vendré por aquí mañana. Hasta la vista.

—Buenas noches.

Bajé en el ascensor, cogí mi abrigo, y partí. No vi por ninguna parte a Lottie, pero probablemente la muchacha estaría esperando a que yo me fuese.

Cogí mi coche; y me hallaba a mitad de camino de casa, cuando se abrieron nuevamente las fauces del cielo. El firmamento se abría mediante sucesivos relámpagos y una nube enorme y muy negra vagaba sobre la ciudad como un arácnido de patas muy largas que Al avanzar lentamente fuese dejando fuego a su paso. Logré llegar a casa al cabo de otros quince minutos; y el fenómeno atmosférico aún progresaba, cuando entré en el garaje. Al caminar por el callejón blandiendo mi bastón oí los lejanos gruñidos; y los constantes relámpagos continuaban iluminando los espacios abiertos entre los edificios.

Dentro de casa oí nuevamente los truenos y el sonar de la fuerte lluvia. Luego contemplé desde una ventana el apocalipsis que tenía lugar en la distancia.

Delirio de la ciudad bajo la tormenta...

Los edificios aparecían constantemente iluminados bajo el pulso del fenómeno. Apagué todas las lámparas de mi apartamento para poder contemplar mejor el espectáculo. Todas las sombras aparecían increíblemente

negras situadas junto a escaleras, balaustradas, alféizares y balcones; y todo cuanto quedaba iluminado parecía arder con luz interna.

Más arriba, en el aire cargado de electricidad se divisaba un ojo con halo azulado que se movía sobre los edificios cercanos. Los incendios continuaban y las nubes ardían como las colinas del infierno. Los truenos retumbaban con ruido ensordecedor y la lluvia blanca parecía taladrar la calzada, que de repente se había convertido en hirviente arroyo de espuma. Entonces un *snapper* de tres cuernos, con sus plumas empapadas de agua, con sus facciones demoníacas, verdoso, y con su cola enhiesta, dobló una esquina, y un momento después oí un sonido que creí formaba parte de un trueno. La criatura corría a increíble velocidad sobre el resbaladizo pavimento. El ojo lo siguió de cerca añadiendo un halo de plomo a las gotas de lluvia que caían. Ambos desaparecieron en otra calle. El espectáculo sólo había durado un instante, pero en aquel instante yo había decidido mentalmente quién debía pintar aquel cuadro. Ni el Greco, ni Blake, no; sino el Bosco. Sin la menor duda, el Bosco... con sus visiones de pesadilla de las calles del infierno. Sería el único que podría retratar con justeza este momento de la tormenta.

Contemplé el cielo hasta que la negra nube recogió sus largas patas y quedó colgando como un ardiente capullo de oruga. Después murió como una brasa entre las cenizas. Súbitamente, se hizo muy oscuro y solamente quedó la lluvia.

El domingo fue día de caos.

Ardían las velas, ardían las iglesias, mucha gente ahogada, las bestias corrían desesperadamente por las calles (o nadaban), las casas habían sido arrancadas de cuajo y flotaban como embarcaciones de papel sobre las enfurecidas aguas, el fuerte viento sopló sobre nosotros, y tras él estalló la locura.

No pude conducir el coche hasta el Ayuntamiento, y por eso Eleanor me envió su avión.

El sótano de la casa estaba lleno de agua y la planta baja parecía la sala de espera de Neptuno. Las aguas habían sobrepasado ya todos los niveles anteriores.

Nos encontrábamos en medio de la peor tormenta sufrida por Betty en

toda su historia.

Las operaciones se habían trasladado a la tercera planta del edificio. En aquellos momentos no había forma de detener las cosas. Era cuestión de aguantar y prestar toda la ayuda que pudiésemos. Tomé asiento ante mi galería para contemplar el espectáculo.

Llovía a cántaros, llovían remolinos de agua, llovían ríos y mares de agua. Por un momento tuve la impresión de que sobre nosotros estaban volcándose océanos. Esto era parcialmente a causa del viento que procedía del golfo y hacía que la lluvia azotara de lado con toda la fuerza por las terribles rachas de viento. Comenzó hacia el mediodía y al cabo de pocas horas desapareció. Pero cuando se fue dejó nuestra ciudad rota y sangrante. Wyeth yacía sobre uno de sus costados de bronce, el asta de la bandera se había esfumado, no había ni un solo edificio sin ventanas destrozadas y agua en su interior, estábamos padeciendo interrupciones en el servicio de corriente eléctrica, y uno de mis ojos me mostró a tres cachorros panda devorando a un niño. Lanzando una maldición los maté a través de la distancia y de la lluvia. Eleanor lloraba a mi lado. Más tarde se recibió un informe sobre una mujer embarazada que solamente podía dar a luz mediante una operación cesárea por hallarse atrapada con su familia en la cumbre de una colina y en pleno parto. Todavía estábamos tratando de llegar hasta ella con un avión especial, pero los vientos... Vi arder edificios y vi los cadáveres de personas y animales. Veía coches medio enterrados y casas derrumbadas. Veía cataratas donde antes nunca habían existido. Hice muchos disparos en aquel día y no solamente contra las bestias de los bosques. Dieciséis de mis ojos habían disparado contra gente que se dedicaba al pillaje. Espero no ver jamás algunas de las películas que filmé en aquella jornada.

Cuando se inició la peor noche de domingo de toda mi vida, y vi que las lluvias no cesaban, supe lo que significaba la desesperación por tercera vez en mi existencia.

Eleanor y yo estábamos en el Centro de Perturbaciones. Las luces se habían apagado por octava vez. El resto del personal se hallaba en la tercera planta. Nos sentamos allí en la oscuridad sin movernos, sin ser capaces de hacer nada para detener el curso de aquel caos. Ni siquiera podíamos

contemplantarlo hasta que volviese la corriente.

Y así, charlamos.

En realidad no sé si lo hicimos durante cinco minutos o una hora. Aunque recuerdo haberle contado algo sobre la muchacha enterrada en otro mundo y cuya muerte me había hecho huir de aquellos lugares. Dos viajes a dos mundos y había roto mis lazos con los tiempos. Pero cien años de viaje no producen un siglo de olvido; no, cuando se engaña al tiempo con la pequeña muerte del sueño frío. La venganza del tiempo es la memoria, y, aunque durante toda una larga época uno silencie ojos y oídos, cuando se despierta, el pasado todavía le acompaña a uno. La peor cosa que entonces se puede hacer es ir a visitar la tumba sin nombre de la esposa en una tierra ya cambiada, para regresar luego como extranjero al país que uno ha convertido en hogar. Entonces se vuelve a huir, y al cabo del tiempo se olvida algo porque también es preciso que pase para uno cierta cantidad de tiempo real. Pero por entonces uno ya está solo, completamente solo. Aquella fue la primera vez en mi vida que conocí el auténtico significado de la desesperación. Leí, trabajé, bebí, frecuenté el trato con las prostitutas, pero llegaba la mañana siguiente y siempre era yo, siempre estaba allí yo mismo. Salté de un mundo a otro esperando que las cosas fuesen diferentes, pero con cada cambio me alejaba cada vez más de todas las cosas que había conocido. Nada más.

Entonces, otro sentimiento, fue apoderándose de mí gradualmente. Era un sentimiento realmente terrible: tenía que haber un lugar y un tiempo perfectamente adecuados para cada persona que viviese. Tras haber pasado lo peor de mi pena y haber hecho las paces con mi esfumado pasado, me pregunté dónde estaría aquel tiempo y lugar para un hombre. ¿Dónde y cuándo, en el cosmos, podría vivir el resto de mis días...? Vivir con todas mis fuerzas. El pasado estaba muerto, pero quizá esperaba un mejor tiempo en algún mundo aún no descubierto, en un momento de su historia aún no registrado. ¿Cómo podría yo saberlo? ¿Cómo podría estar seguro de que mi Edad de Oro no se hallaba en otro mundo distante y que yo quizá estaba luchando en una Era de Oscuridad mientras el Renacimiento de mis días podía traducirse en un billete de viaje, en un visado, y en una página vuelta de mi diario? Aquella fue mi segunda desesperación. No conocí la respuesta

hasta que llegué a la Tierra del Cisne. No sé por qué te amé, Eleanor, pero lo hice, y ésa fue mi respuesta. Entonces llegaron las lluvias.

Cuando se encendieron las luces seguimos allí sentados y fumamos. Ella me había contado algo sobre su esposo, que había tenido la muerte de un héroe justamente a tiempo de salvarse del *delirium tremens* que hubiese acabado con sus días. Había muerto de la forma más valiente..., sin saber por qué..., a causa de un reflejo, que, después de todo, había formado parte de él, un reflejo que le había impulsado a lanzarse en medio de un grupo de criaturas, parecidas a los lobos, que atacaban en aquellos momentos al grupo de exploración al que él acompañaba, cerca del bosque, al pie de Saint Stephen's..., para luchar contra aquellos seres, armado solamente con un machete, para ser destrozado, mientras sus compañeros huían al campo donde se hicieron fuertes y se salvaron. Tal es la esencia del valor: un impensado momento, una chispa que se enciende a lo largo de los nervios espinales, predeterminada por la suma total de todo cuanto uno haya hecho, deseado o no hacer, o no haber hecho, y luego llega el dolor.

Contemplamos la galería de la pared. El hombre es el animal que razona. ¿Más grande que las bestias, pero menor que los ángeles? No el asesino sobre el que disparé aquella noche. Ni siquiera era el que usa herramientas o entierra a sus muertos. ¿Ríe, tiene aspiraciones, afirma? Yo no vi suceder ninguna de estas cosas. Se ve a sí mismo, ¿se contempla a sí mismo como ser que hace lo que sabe que es absurdo? Demasiado sofisticado. Hacía lo absurdo sin darse cuenta, sin contemplarse a sí mismo. Como regresar corriendo al interior de una casa incendiada en busca de su pipa y bote de tabaco... ¿Inventa religiones? Vi a la gente rezar, pero no inventar. Estaban haciendo los últimos esfuerzos por salvarse, tras haberse agotado haciendo todo lo que sabían hacer. Reflejos.

¿La criatura que ama?

Quizá sea esto lo único que no me atrevería a contradecir.

Vi a una madre sosteniendo a su hija sobre los hombros cuando el agua le llegaba ya a las axilas, y a la niña que sostenía por encima de su cabeza a una muñeca. Pero, ¿no es eso... el amor... parte del, total? ¿De todas las cosas que se han hecho o deseado? ¿Positivas o negativas? Yo sé que eso fue lo que

me impulsó a abandonar mi puesto, corriendo, y lo que me impulsó también a subir al aparato de Eleanor, y lo que me hizo abrirme paso entre la tormenta para llegar a, contemplar aquella escena particular.

No llegué a tiempo.

Nunca olvidaré lo contento que me puse al comprobar que alguien lo había hecho en mi lugar. Johnny Keams parpadeó con sus luces sobre mí al ascender, y radió:

—Todo va bien. Están bien. Incluso la muñeca.

—Muy bien —respondí, al regresar.

Cuando deposité la pequeña nave sobre su plataforma de aterrizaje se acercó a mí una figura. Cuando bajé los escalones apareció una pistola en manos de Chuck.

—No sería capaz de matarte, Juss —comenzó a decir—, pero sí que sería capaz de herirte. Ponte de cara a esa pared. Me llevo el aparato.

—¿Te has vuelto loco? —pregunté.

—Sé lo que hago. Lo necesito, Juss.

—Bien; si lo necesitas, ahí está. No tienes que apuntarme con un arma. Yo lo necesité también y acabo de terminar. Puedes tomarlo.

—Lo necesitamos Lottie y yo —dijo—. ¡Date la vuelta!

Me volví de cara a la pared.

—¿Qué quieres decir con eso? —interrogué.

—Nos vamos de aquí... juntos... ¡ahora mismo!

—Estás loco —dije—. Este no es el momento...

—¡Vamos, Lottie! —llamó.

A mis espaldas escuché un ruido de pies y oí cómo se abría la puerta del aparato.

—¡Chuck! —dije—. ¡Te necesitamos ahora! Puedes arreglar esto pacíficamente en una semana, en un mes, cuando las cosas se hayan ordenado un poco. Ya sabes que hay algo que se llama divorcio.

—Eso no me sacará de este mundo, Juss.

—¿Y cómo piensas...?

Me volví y vi que Chuck cargaba sobre su hombro una bolsa de lona, como Santa Claus.

—¡Date la vuelta! No quiero disparar sobre ti —advirtió.

Inmediatamente sospeché algo feo.

—Chuck, ¿has estado saqueando? —le pregunté.

—¡Date la vuelta!

—Está bien. Lo haré. ¿Crees que llegarás muy lejos?

—Lo suficiente —respondió—, lo suficiente para que nadie nos encuentre... y cuando llegue el momento abandonaremos este mundo.

—No —dije—. No creo que lo hagas, porque te conozco.

—Lo veremos.

Esta última afirmación sonó a más distancia.

Oí tres rápidos pasos y un fuerte portazo.

Entonces me volví a tiempo para ver cómo el aparato se alzaba desde el balcón.

Le vi partir. Jamás he vuelto a verles de nuevo.

En el interior había dos hombres inconscientes sobre el suelo. No estaban seriamente heridos. Tras dar órdenes para que les atendiesen me reuní con Eleanor en la torre.

Deprimidos esperamos toda aquella noche a que llegase la mañana.

Por fin llegó.

Permanecimos sentados contemplando cómo la luz atravesaba la lluvia. Todo había sucedido rápidamente. Demasiadas cosas habían ocurrido; tantas, durante la última semana, que no estábamos preparados para aquella mañana. Una mañana que puso fin a las lluvias.

Sopló un maravilloso viento del norte y luchó con las nubes como En-ki con la serpiente Tiamat. Súbitamente se presentó un desfiladero de cobalto.

Hubo una sacudida en las nubes y la luz se abrió paso a través de su oscuro panorama.

Las nubes se separaban rápidamente.

Sonaron vítores y yo me uní a ellos al mismo tiempo que hacía su aparición el sol.

El sol, caliente, bueno, acariciador, iluminó el pico más alto de Saint Stephen's y besó sus dos mejillas.

Había un grupo de personas ante cada ventana y me uní a uno de ellos

quizá durante diez minutos.

Cuando uno despierta de una pesadilla no encuentra, normalmente, sus ruinas y restos sembrados por el dormitorio. Esta es una forma de distinguir si algo fue o no un mal sueño o si uno está o no realmente despierto.

Caminamos por las calles con botas altas. Había barro por todas partes. Estaba en los sótanos, en la maquinaria, en las cloacas, y hasta en los armarios de las salas de estar... Se hallaba en los edificios, en los coches, y en las personas así como en las ramas de los árboles. Enjambres de sapos voladores se alzaron en el aire, cuando nos aproximamos, volando como dragones, regresando más tarde para continuar asolando los almacenes de alimentos. Los insectos también estaban teniendo su día de fiesta. Sería preciso limpiar bien a Betty. Había infinidad de cosas boca abajo, caídas, y medio enterradas en el barro de las calles. Aún no se había contado los muertos. El agua todavía corría, pero lenta e inofensivamente. En toda la ciudad comenzaba a sentirse un olor nauseabundo. Había vidrios rotos por todas partes, puentes caídos, y socavones en las calles..., pero, ¿para qué seguir? Si en estos momentos uno no es capaz de imaginar el cuadro, no lo hará nunca. Era la mañana que había seguido a la borrachera de los dioses. Es la tarea del hombre mortal: limpiar su porquería o ser enterrado bajo ella.

Y así iniciamos la limpieza; pero al mediodía, Eleanor ya no podía sostenerse en pie. La llevé a casa conmigo porque estábamos trabajando cerca de la sección portuaria y mi alojamiento se hallaba cerca.

Esta es casi toda la historia... luz, oscuridad, y luz... excepto el final que realmente no conozco. Aunque les contaré su principio...

La dejé en la entrada del callejón y caminé hacia mi apartamento mientras yo aparcaba el coche. ¿Por qué no la retuve conmigo? No lo sé. A menos que fuese porque el sol de la mañana parecía iluminar un mundo en paz, a pesar de su suciedad. A menos que fuese porque yo estaba enamorado y se había acabado la oscuridad y partido definitivamente el espíritu de la noche.

Aparqué el coche y penetré en el callejón. Me encontraba a medio camino de la esquina donde me había tropezado con el org, cuando oí gritar a Eleanor.

Corrí. El temor aceleró mis piernas. Llegué a la esquina y la doblé.

El hombre llevaba una bolsa de lona no muy diferente a la que había cargado Chuck sobre sus hombros. La bolsa se hallaba junto al charco de agua que pisaba el hombre. Estaba examinando el bolso de Eleanor y ella se hallaba tendida en el suelo... ¡tan inmóvil!... y había sangre en una de sus sienes.

Maldije al individuo y corrí hacia él al mismo tiempo que «encendía» mi bastón. El hombre se volvió, dejó caer el bolso al suelo y extrajo una pistola de su cintura.

Nos hallábamos a unos treinta pies de distancia y así le arrojé mi bastón.

El hombre alzó en aquel momento el arma apuntándome y en este preciso instante mi bastón cayó sobre el charco de agua que él pisaba.

En una décima de segundo, quizá, hubo un coro de ángeles que cantaron implorando su eterno descanso.

Eleanor todavía respiraba y a continuación la llevé al interior de la casa y avisé a un doctor. No sé cómo lo hice, al menos no lo recuerdo con claridad... y esperé y esperé.

Vivió durante doce horas más y luego murió. Recuperó el conocimiento por dos veces antes de que la operasen, pero no después. No dijo nada. Me sonrió una vez y quedó dormida nuevamente.

No lo sé.

Cualquier cosa.

De nuevo me convertí en el alcalde de Betty y trabajé en la reconstrucción de la ciudad, trabajé desesperadamente hasta dejarla limpia y brillante, cómo la había encontrado. Creo que hubiese ganado las elecciones de haberme presentado para el cargo de alcalde en aquel año, pero yo no lo deseaba.

El concejo de la ciudad ignoró todas mis objeciones y votó para erigir una estatua a Godfrey Justin Holmes al lado de la estatua de Eleanor Schirrer, y las dos se alzarían en la plaza de la Ciudad frente a la ya limpia de Wyeth.

Sospecho que todavía estarán allí.

Dije que jamás regresaría, pero ¿quién sabe? Puede que dentro de un par de años, cuando se haya hecho más historia, vuelva a visitar Betty y la vea llena de personas extrañas, aunque nada más sea que para depositar una corona al pie de una sola de aquellas estatuas.

¿Quién sabe si para entonces todo el continente no estará invadido por la automoción y lleno de gente de un extremo a otro?

Hubo un *Stopover* el final del año, me despedí, subí a bordo y me fui.

A cualquier parte.

Subí a bordo y partí, a dormir de nuevo el frío sueño.

Delirio de nave entre estrellas...

Los años han pasado, supongo yo. Ya no los he vuelto a contar más. Pero pienso muy a menudo en esto: quizá haya una Edad de Oro en alguna parte, un Renacimiento para mí en algún momento, una hora especial en algún sitio, algún lugar que no sea un billete de viaje, ni un visado, ni el volver la página de un diario.

No sé dónde ni cuándo. ¿Quién lo sabe? ¿Dónde están todas las lluvias de ayer?

¿En la invisible ciudad?

¿En mi interior?

Hace frío y hay paz en el exterior. El horizonte es infinito. No hay sensación de movimiento.

No hay luna y brillan las estrellas. Brillan todas como diamantes quebrados.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<

[2] El rey hace tamborear - El rey hizo tamborear. <<

[3] Para ver a todas las damas - Y la primera que vio. <<

[4] Su alma le robó - ¡Rataplán! ¡Rataplán! - ¡Rataplán-plan-plan-plan! <<

[5] —Dime, Marqués, ¿acaso la conoces? - Dime, Marqués, ¿acaso la conoces? - ¿Quién es esa linda dama? - Y el marqués le contesta: —Señor rey, es mi esposa - ¡Rataplán! ¡Rataplán! ¡Rataplán-plán-plán-plán! <<

[6] La reina mandó hacer un ramo - De hermosas flores de lis - Y el olor de
aquel ramo - A la marquesa mató. <<

[7] Adiós, querida mía, adiós, corazón mío - Adiós, querida mía, adiós, corazón mío - Adiós, mi esperanza. <<

[8] Rojo amanecer, rojo amanecer - ¿Se marchitará tu luz sobre mi muerte? - Pronto sonarán las trompetas - Entonces hacia la muerte iremos - Junto con muchos fieles amigos. <<

[9] *Fear*, en inglés, significa miedo (N. del A.) <<